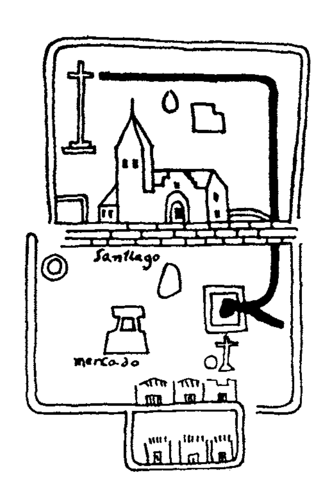
HISTORIA MEXICANA

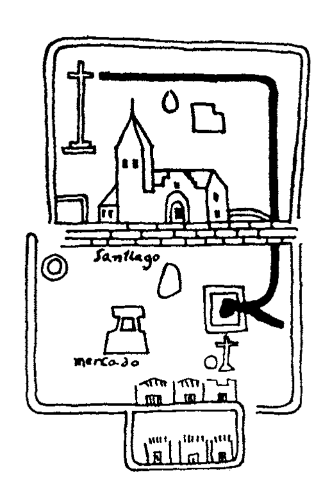
86



EL COLEGIO DE MÉXICO

HISTORIA MEXICANA

86



EL COLEGIO DE MÉXICO

HISTORIA MEXICANA

REVISTA TRIMESTRAL PUBLICADA POR EL COLEGIO DE MÉXICO

Fundador: Daniel Cosío Villegas

Director: Enrique Florescano

VOL. XXII OCTUBRE-DICIEMBRE 1972 NÚM. 2

SUMARIO

ARTÍCULOS

TESTIMONIOS

EXAMEN DE LIBROS

La responsabilidad por los artículos y las reseñas es estrictamente personal de sus autores. Son ajenos a ella, en consecuencia, la Revista, El Colegio y las instituciones a que estén asociados los autores.

HISTORIA MEXICANA aparece los días 1º de julio, octubre, enero y abril de cada año. El número suelto vale en el interior del país $ 15.00 y en el extranjero Dls. 1.50; la suscripción anual, respectivamente, $ 50.00 y Dls. 5.50.

GUANAJUATO 125
MÉXICO 7, D. F.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

por

Fuentes Impresores, S. A., Centeno, 4-B, México 13, D. F.

EL DESARROLLO URBANO DE MÉXICO-TENOCHTITLAN

Sonia Lombardo de Ruiz
Departamento de Investigaciones Históricas, INAH

Todavía es difícil intentar ofrecer un panorama completo del desarrollo de la ciudad de Tenochtitlan desde sus orígenes hasta la llegada de los españoles. Casi todos los datos con que contamos provienen de fuentes históricas y ya sabemos que los informes que proporcionan los cronistas muchas veces son parciales, sobrevaloran algunos elementos secundarios en sus descripciones e ignoran muchos otros que son fundamentales. Las fuentes históricas, en este sentido, deben ser sometidas a rigurosos juicios críticos y comparativos, antes de ser aprovechadas. Sin embargo, la mayor limitación con que nos encontramos para poder estudiar el desarrollo urbano de Tenochtitlan es la falta de estudios arqueológicos. En una ciudad viva, las excavaciones que pueden realizarse se hacen sin ninguna planeación, sólo como excavaciones "de rescate" —con pocos medios y en circunstancias de premura— aprovechando la construcción de edificios, drenajes, viaductos o el Metro. Por ello el material arqueológico que puede manejarse es pobre y aparece segregado del contexto más amplio al que originalmente se encontraba integrado.

Es por ello que este trabajo sólo pretende delinear, a base de datos históricos y arqueológicos dispersos, la secuencia del desarrollo urbano de la ciudad de Tenochtitlan.

Tal desarrollo debe estudiarse dentro de la perspectiva más amplia de la historia de la urbanización del valle de México. El papel que jugó la ciudad de México-Tenochtitlan en ese proceso ha podido vislumbrarse con mayor claridad después del establecimiento de algunos conceptos teóricos generales. En ese sentido, el enfoque que busca establecer una

relación causal entre la utilización del regadío en agricultura y el surgimiento de las sociedades urbanas, ha contribuido más que ningún otro a dar coherencia explicativa al proceso de urbanización del valle.

Wittfogel (1955) inició estudios sobre este problema en las culturas del viejo mundo y Armillas (1955), Palerm (1955) y Wolf (1961), trabajaron intensamente sobre esa misma idea, tratando de comprobarla en Mesoamérica. A pesar de que no se ha llevado a cabo una exploración arqueológica sistemática que corrobore totalmente la teoría, parece haber indicios suficientes —en lo que respecta al valle de México— para considerarla como evidente.[1]

Según establece Palerm,[2] a fines del *período formativo* hubo un cambio climático en el valle de México que lo hizo más seco. Fue entonces cuando la población del valle se vio en la necesidad de valerse de la agricultura de regadío para sobrevivir (el cultivo de chinampas se considera agricultura de riego). La utilización del riego en agricultura provocó un aumento de la productividad, permitiendo así la especialización del trabajo y todos los otros rasgos concomitantes a una sociedad urbana. Por primera vez surgieron poblaciones con centros ceremoniales tan importantes como el de Cuicuilco.[3]

1 Tenemos información verbal de que el Prof. Armillas ha realizado exploraciones arqueológicas en la zona de Chalco y Xochimilco y ha localizado sistemas de regadío desde el Horizonte Formativo (Preclásico Superior de la cerámica). Se encontró que la construcción de chinampas se inicia en esa época y aumenta progresivamente hasta culminar cubriendo casi en su totalidad ambos lagos, en el momento de la caída de Tenochtitlan.

2 Ángel Palerm y Eric Wolf, "La agricultura y el desarrollo de la civilización en Mesoamérica". *Revista Interamericana de Ciencias Sociales,* 2ª época, vol. I, núm. 2, Washington, Unión Panamericana, 1961.

3 Aquí se considera que Cuicuilco es un inicio que no alcanzó el grado de densidad de población que caracterizó a las poblaciones urbanas, según el criterio de Sanders y Price (1968) para determinar el grado de urbanismo. Éste se logró en el valle de México hasta la fase Miccaotli de Teotihuacan (150-200 d.C.) esto es, ya entrado el periodo clásico. Antes de esta fase, las poblaciones fueron aldeas con "centroceremonialismo", no con "urbanismo".

Algunos grupos humanos del *horizonte clásico,* y más tarde los toltecas y los tecpanecas de Azcapotzalco, desarrollaron ampliamente la técnica del riego agrícola, uno de los elementos que hicieron posible la formación de urbes metropolitanas.

Para explicarnos mejor ese proceso en lo que respecta a la ciudad de Tenochtitlan, tenemos que hacer algunas reflexiones previas sobre la situación cultural de los mexicas.

El Aztlán originario de los aztecas, se representa en *códices Aubin* y *tira de la peregrinación,* como una isla, que fue abandonada por mandato divino "para venir a ser señores desta tierra" según el *códice Ramírez.*[4]

Algunas fuentes que registran las tradiciones de los pueblos que habitaban el valle de México, se refieren a los aztecas como un pueblo bárbaro, "chichimeca", trashumante; sin embargo, hay indicios que muestran que ese nomadismo era solamente temporal.

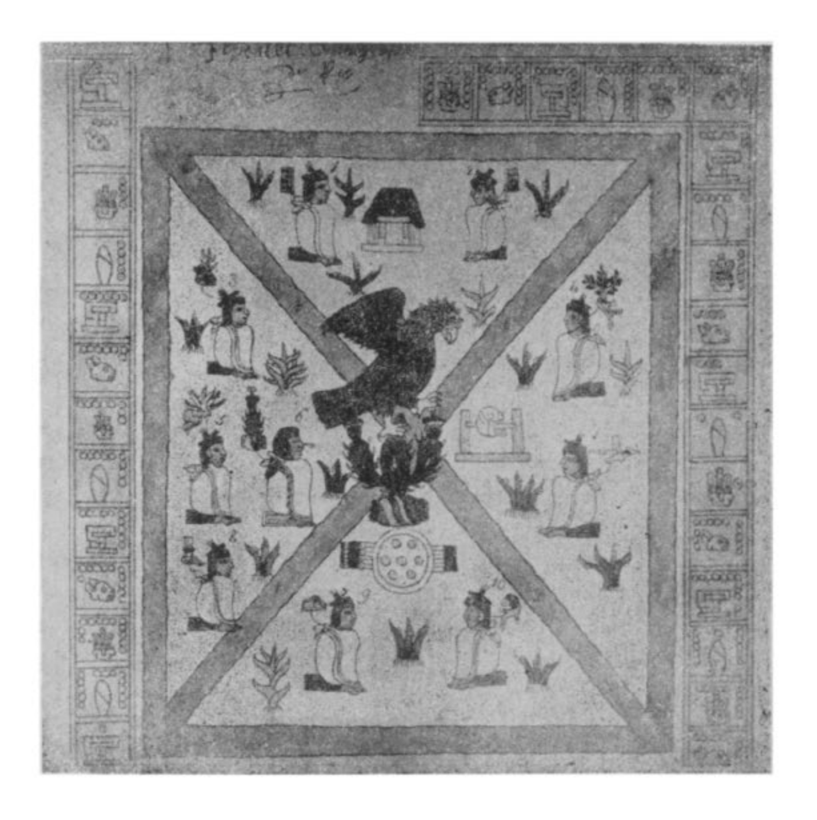
Otras fuentes nos dicen que durante el trayecto de su peregrinación, los mexicas iban poblando en los buenos sitios que encontraban, construían templos a su dios Huitzilopochtli e "iban sembrando". Esto indicaría que los aztecas pertenecían desde su origen a una cultura sedentaria, que practicaban la agricultura, y que antes de establecerse en Tenochtitlan tenían muchos rasgos de cultura urbana. Es posible que estos rasgos no les fueran conocidos en Aztlán, y que los hubieran adquirido durante el trayecto. En ese sentido, Tula y Azcapotzalco debieron haber tenido una influencia decisiva, ya que fueron las dos grandes metrópolis con las que los mexicas tuvieron contacto directo.

La larga peregrinación de los aztecas culmina con la fundación de México-Tenochtitlan sobre un pequeño islote, entre tulares y juncales. Ese islote pertenecía al señorío tepaneca del poderoso Tezozómoc.

Conocemos míticas descripciones de ese hecho, cargadas

[4] *Códice Ramírez. Relación del origen de los indios que habitan esta Nueva España, según sus historias.* Edición anotada por Orozco y Berra, México, José M. Vigil, 1878.

CÓDICE MENDOCINO, FUNDACIÓN DE MÉXICO



de poesía y simbolismo. Todas hablan de la alegría de los tenochca al descubrir a Huitzilopochtli que había tomado forma de águila blanca y les indicaba que ésa era la tierra prometida, de la cual serían señores y en donde gozarían de toda clase de privilegios y riquezas. Se cumplían las predicciones según las cuales el dios que los iría conduciendo por el camino, al llegar al lugar señalado para establecerse, se posaría como un águila blanca. En ese lugar debía levantarse el adoratorio y alrededor de él se asentaría el pueblo.[5]

Según la tradición, el mandato fue obedecido, pues al día siguiente de su llegada al islote los sacerdotes aconsejaron iniciar la construcción de un adoratorio para su dios. Como sólo contaban con los materiales que les proporcionaba el lago y no tenían piedra, ese adoratorio fue sumamente modesto, hecho de lodo y carrizo, esto es, no muy diferente de los jacales acostumbrados.[6]

A este adoratorio, siguieron otras construcciones. Se levantó un juego de pelota [7] y también se mandó labrar en madera una figura de Quetzalcóatl.[8] En el aspecto defensivo, aunque sabían construir fortificaciones, no tuvieron necesidad de hacerlas, pues la propia situación del islote, rodeado de agua, les mantenía a salvo del peligro y los tulares y carrizales permitían emboscarse en caso de guerra.

Durante los primeros años de su establecimiento en el islote los mexicanos vivieron únicamente de la pesca y de la recolección de productos que obtenían de la laguna. Con ellos comenzaron a establecer lazos de comercio en los mercados

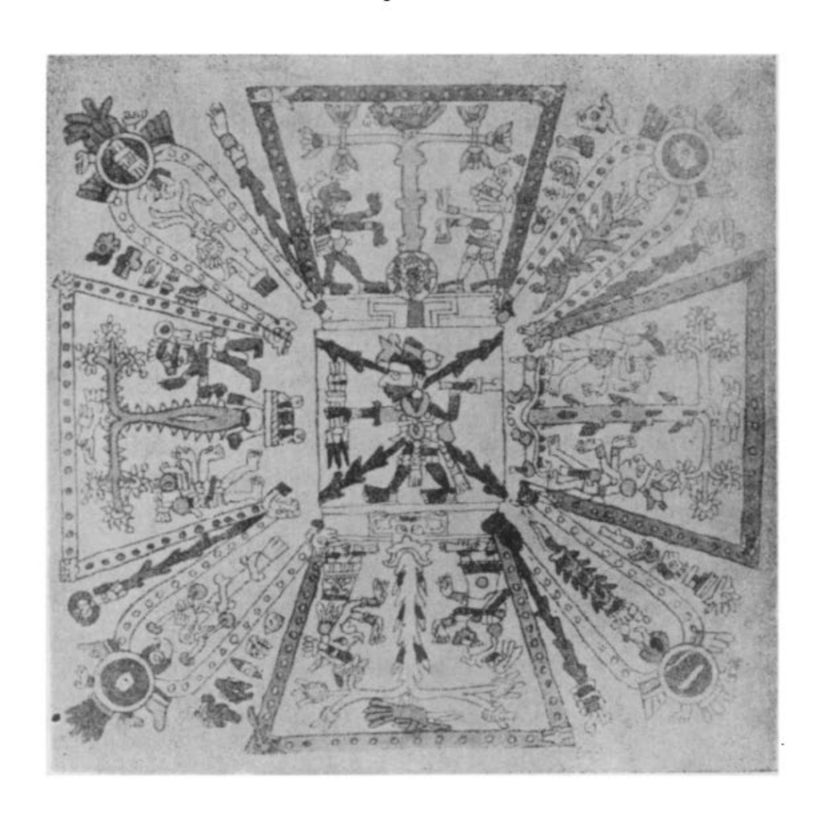
[5] Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme,* introducción y notas de Ángel Ma. Garibay. México, Ed. Porrúa, 1967; "Historia de los mexicanos por sus pinturas", *Nueva colección de Documentos para la Historia de México,* México, Ed. Salvador Chávez Hayhoe, 1941, y el *Códice Ramírez,* ya citado.

[6] *Códice Ramírez, op. cit.,* lámina I.

[7] Hernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica Mexicayotl,* traducida del náhuatl por Adrián León. México, Imprenta Universitaria, 1949, pp. 66-68.

[8] Hernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica Mexicana,* con notas de M. Orozco y Berra. México, Ed. Leyenda, 1944, XL, pp. 170-71.

CÓDICE FEJERRARY-MAYER



de los pueblos vecinos y con el producto de esas ventas compraban materiales para construcciones más sólidas: piedra, madera y cal.

Según las crónicas, al año siguiente de su establecimiento los aztecas estuvieron ya en posibilidad de construir el templo de Huitzilopochtli con materiales más duraderos,[9] aunque de dimensiones muy pequeñas, aprovechando madera delgada y piedra también pequeña.

Aquí nos encontramos con el primer hecho trascendental para la formación urbana. Como ya ha hecho notar Justino Fernández,[10] siendo Huitzilopochtli una deidad solar, es lógico que el primer templo se orientara de este a oeste, lo cual condicionaría la orientación de las construcciones posteriores y de la ciudad en general.[11]

Una vez establecido el templo, los mexicas se dedicaron a resolver el gran problema que significó que el sitio escogido para establecerse fuera un pequeño islote: se ven obligados a iniciar la construcción de chinampas. Como ha señalado Ángel Palerm, en un principio se utilizó ese sistema de construcción de suelo para aumentar los solares y no para aprovecharlos en agricultura.[12] Esto indicaría la gravedad del problema

9 "Historia de los mexicanos por sus pinturas". *Op. cit.*, XX, p. 227.

10 Manuel Toussaint, Federico Gómez de Orozco y Justino Fernández, *Planos de la ciudad de México, Siglos XVI y XVII.* México, UNAM. Instituto de Investigaciones Estéticas, 1938.

11 El sitio donde fue edificado el primer templo según algunos cronistas, estaba en el lugar que ocupa la Catedral. Así lo creía Orozco y Berra, pues cuando él escribió no se conocían los restos arqueológicos del Templo Mayor. Es posible pensar que el lugar original de la fundación, es decir, donde se construyó el primer adoratorio, fue donde ahora se localiza la gran pirámide (Guatemala y Seminario), ya que ninguna fuente menciona que alguna vez se haya cambiado de lugar. El cambio de lugar hubiera sido contrario al mandato del dios y las fuentes sólo indican que se hicieron reconstrucciones.

12 Encontramos primero a los tenochcas establecidos en su isla, utilizando técnicas de chinampa para aumentar el suelo disponible al igual que los tlatelolcas. Es dudoso que estas "chinampas" al principio fueran utilizadas además de solares, como terreno de cultivo. Tenochtitlan, con toda la sección occidental del lago, estaba sometida a las inundaciones de

demográfico que afrontaron los tenochcas y que probablemente fue uno de los factores que posteriormente coadyuvó para la explosiva secuencia de conquistas.

Las chinampas se extendieron sobre el agua del lago dulce; de ahí que el crecimiento de la ciudad fuera mucho más acentuado en el sentido sur y oriente, que presentaba las condiciones más favorables.

La lectura de las fuentes históricas nos muestra cómo el desarrollo de la ciudad aparece siempre ligado a una estructura político-religiosa en formación.

Cuando México había dado los primeros pasos hacia su desarrollo urbano, volvió a manifestarse la presencia de Huitzilopochtli. Las fuentes indican que apenas había crecido la ciudad, el dios ordenó a los mexicanos dividirse en cuatro barrios principales, tomando como centro el adoratorio ya levantado. Una vez hecha esta división, ordenó que cada barrio se dividiría en una serie de barrios menores, que se repartirían entre los dioses para que a todos se les rindiera culto.[13]

La importancia que tienen los cuatro puntos cardinales en la cosmogonía y religión azteca, influye en todas las expresiones artísticas de este pueblo. Se puede considerar que la base fundamental con la que se trazó Tenochtitlan, fue la de una estructura religiosa, con un concepto definido del orden cósmico. Para comprobar lo anterior y ver cómo el concepto del orden de la ciudad era semejante al orden que concebían

agua salada. La vida económica de los tenochcas bajo sus primeros reyes (Acamapichtli, Huitzilihuitl y Chimalpopoca) no sugiere cultivo agrícola (aunque lo habían practicado antes, fuera del lago). Torquemada dice que vivían pobre y miserablemente comiendo mariscos y raíces; puede haber en él algo de exageración. Sus ocupaciones principales eran la pesca, la caza, la fabricación de canoas y la guerra. Los tributos a Azcapotzalco consistían "de aquellas cosas que se crian en esta Laguna" (Torquemada). Tezozomoc nos presenta un cuadro semejante. Cuando tuvieron un conflicto con Azcapotzalco, los señores Tepanecas remarcaban: "Veamos de donde les vendrá la leña que allá queman y legumbres que van de nuestra tierra para México-Tenochtitlan, con que se sustentan." Ángel Palerm y Eric Wolf, "La agricultura y el desarrollo..." *Op. cit.*, pp. 277-78.

13 *Códice Ramírez, op. cit.*

en el mundo, basta ver la similitud que presentan en su estructura la lámina I del *códice Mendocino* y la lámina del *códice Féjervary Mayer* en la que aparecen las cinco regiones del universo.

Habiendo dado ya los sacerdotes este orden general a la ciudad, permitieron que los distintos clanes se distribuyeran en barrios o "calpullis", dentro de las cuatro parcialidades. Tezozómoc[14] menciona que se establecieron quince barrios y a cada uno le señalaron su dios para que lo reverenciasen.

Nos encontramos nuevamente que quien señala los dioses correspondientes a cada barrio menor es el sacerdote, por orden divina. Los criterios que siguieron tanto en la distribución de los dioses como en la ubicación de los templos del barrio, correspondían a una concepción religiosa. Para nosotros es imposible conocer ese ordenamiento, pero debió estar basado en las jerarquías y relaciones que guardaban los dioses entre sí, dentro de su idea de la estructura cósmica.

La etapa siguiente que puede señalarse en esta secuencia del desarrollo de la ciudad, corresponde a la de afirmar una situación política que enfrentó a los tenochca con otros pueblos de la cuenca de México. Esta etapa refleja las dificultades internas y externas que tuvo que vencer este pueblo antes de lograr su independencia. Tenochtitlan tardaría todavía algún tiempo en tener su libertad.

Los problemas internos se reflejan en una serie de rupturas y enfrentamientos. Según las fuentes históricas, la inconformidad por el reparto de tierras provocó la separación de un grupo que fue a establecerse a un islote cercano, situado al norte de México, conocido como Xatiltolli. Ese sitio se llamaría después Tlatelolco. A partir de entonces, Tlatelolco y Tenochtitlan tributarios de Azcapotzalco, llevaron algún tiempo una vida independiente y paralela. Ambos fueron mercenarios de Tezozómoc y contribuyeron en buena parte a la formación de su ambicioso imperio. El gran tirano, en reconocimiento a sus hazañas, les concedió el rango de señoríos.

[14] *Crónica Mexicayotl.*

Los mexicanos eligieron a su primer rey, Acamapichtli, y bajo su reinado la ciudad comenzó a mejorarse y la población a crecer, gozando de relativa quietud y teniendo relaciones con los pueblos vecinos.[15]

Durante este periodo, debieron establecerse los edificios más importantes de la ciudad, pues la sociedad tenochca tenía ya funciones claramente definidas. Todos, salvo el adoratorio, debieron estar construidos con carrizos y lodo; así, por ejemplo, los *Anales de México-Azcapotzalco*,[16] mencionan que el Calmecac (colegio), en tiempos de Chimalpopoca era todavía una construcción de zacate.

Huitzilíhuitl, sucesor de Acamapichtli, se distinguió en los servicios guerreros prestados a Tezozómoc, y logró persuadirlo de que disminuyera los tributos impuestos a México, por Azcapotzalco. La disminución de las cargas tributarias contribuyó al crecimiento de la población.

Pero ese crecimiento no venía sin problemas. Pronto se vio que la escasez de agua potable frenaba cualquier desarrollo. Fue durante el corto reinado de Tezozómoc cuando los mexicanos solicitaron el permiso a Azcapotzalco para construir un caño que condujera el agua pura de Chapultepec. Se hizo un caño con estacas, carrizos y barro, pero la poca resistencia de los materiales ocasionó que el caño se derrumbara frecuentemente con el peso mismo del agua, persistiendo el problema del agua potable.[17]

Bajo el reinado de Itzcóatl, los mexicanos intentan obtener su libertad. Aliados con Netzahualcóyotl, el derrocado señor de Texcoco y con el señor de Tacuba, vencen a Azcapotzalco —la capital tepaneca— e inmediatamente después a Coyoacán, Xochimilco y Tetzcoco, que formaban parte de aquel gran señorío.

Estas conquistas, además de aportarles tierras productivas,

15 *Códice Ramírez*.

16 "Anales de México Azcapotzalco", 1426-1589, en *Anales del Museo Nacional*, 1ª época, T. VII, México, 1903, pp. 49-74.

17 *Códice Ramírez*.

significaron el afianzamiento de Tenochtitlan, al resolver el problema de la conducción libre del agua potable. Además, al controlar las principales ciudades ribereñas, pudieron diseñar el sistema complejo de retención del agua salada del lago de Tetzcoco, que al inundar las tierras las hacía cada vez más salitrosas e incultivables. Esto, a pesar de que los mexicanos habían desarrollado un proceso de lavado de tierra que, por otra parte, dificultaba la incipiente agricultura de chinampas en la ciudad azteca.

La zona agrícola más rica de la cuenca era indudablemente la de Chalco y Xochimilco. En ella la construcción de chinampas se había iniciado desde el *horizonte formativo* (preclásico superior) y debió ser esa la zona que primero utilizaron los aztecas para el abastecimiento de su ciudad. Al construir Xochimilco, el primer tributo que Itzcóatl impuso a los vencidos fue la construcción de una calzada desde su pueblo hasta la ciudad de México.[18]

Con esta primera obra, como ha señalado Palerm,[19] se obtenía un medio terrestre de comunicación y a la vez un dique para retener el agua salada, que protegía la productiva zona de Xochimilco. Basta ver un mapa para comprender cómo las calzadas, con su doble función de camino y presa, forman compartimentos para contener las inundaciones.

Respecto a la escasez de agua potable, Tezozómoc[20] dice que al ser vencidos los de Coyoacán, ofrecieron entre otras cosas, labrar sus casas, sus tierras y hacer un caño en el que fuera a México agua limpia para beber.

A Itzcóatl se debe también la primera edificación en piedra del templo de Huitzilopochtli, en el lugar que ocupara el primer adoratorio. Fue un basamento piramidal truncado, con cuatro cuerpos superpuestos con talud, y una doble escalinata con anchas alfardas sobresaliendo al poniente, que conducía a los dos templos que debieron existir en la cúspide. En

[18] Durán, *op. cit.*

[19] Palerm y Wolf, *op. cit.*

[20] *Crónica Mexicana, op. cit.*

sus lineamientos seguía la tradición de los grupos llamados chichimecas, que antecedieron a los aztecas en su llegada a la cuenca México.

Así, la ciudad se va agrandando. El sistema de chinampas se desarrolla aumentando su extensión, y es al final del reinado de Itzcóatl cuando se hace necesario deslindar el territorio y límites de las aguas de la laguna; así podrían pescar los tenochcas y los tlatelolcas sin tener rivalidades.

Los linderos convenidos forman una franja al este de Tlatelolco, y se conservan en un plano que se dice fue mandado copiar del original por Cuauhtémoc, en 1523;[21] uno de los extremos es el lugar llamado Coyoco, en el cerro de Tepeyac, y el otro es el cerro de Tepetzinco o Peñón de los Baños.

El reinado de Moctezuma I es para México una época de auge económico, producido por la conquista de nuevas provincias. La aportación de material y mano de obra de los sojuzgados permitió la realización de importantes obras de ingeniería.

El agua salada continuaba invadiendo a la ciudad. Se dispuso por consejo de Nezahualcóyotl, de Tetzcoco, la construcción de una albarrada que detuviera el ímpetu de las aguas, evitando así nuevas inundaciones.[22]

También, bajo la dirección del mismo Nezahualcóyotl, se edificó un acueducto de cal y canto para conducir el agua potable desde Chapultepec. Para cruzar la laguna se construyó una calzada semejante a la de Xochimilco, que además de comunicar con tierra firme hacia el pueblo de Tacuba, servía de sostén al caño.[23]

[21] Ver Silvia Rendón, "Paleografía, traducción y noticia introductoria de la ordenanza del señor Cuauhtémoc", *Philological and Documentary Studies*, vol. II, núm. 2, Tulane, 1952, y Antonieta Espejo y Robert H. Barlow, "El plano más antiguo de Tlatelolco", *Tlatelolco a través de los tiempos*. México, Imp. Aldina Robredo y Rosell, 1944, t. I, pp. 43-47, 2 láms.

[22] Juan de Torquemada, *Los veintiun libros rituales y monarchia indiana*. Madrid, 1723.

[23] Chimalpahin, *Sixieme et Septieme Relations*. Paris, Maisonneuve et

El periodo de Moctezuma I es la gran época de construcción de Tenochtitlan, presentando los primeros rasgos de ciudad imperial. En él adquiere gran parte de la fisonomía que tenía cuando la conquista, pues los monarcas sucesores ampliaron y remozaron los edificios, pero sólo excepcionalmente cambiaron su ubicación.

La afluencia de tributos hizo posible la reconstrucción de todos los edificios de la ciudad, sustituyendo los primitivos de lodo y carrizo por construcciones más duraderas.

Desde luego, la obra más importante fue la del templo mayor, que se sobrepuso al viejo templo de la época de Itzcóatl, aunque siguiendo sus mismos lineamientos y aumentando sus dimensiones y la riqueza de su decorado. Se trazaron sus patios y se rodeó de un gran cerco de mampostería, el "coatepantli" [24] que limitó el recinto sagrado en una forma similar al "temeno" de los templos griegos.

En este tiempo se construyeron las casas reales, de acuerdo con unas ordenanzas dictadas por Moctezuma [25] y es probable que también date de esta época la gran plaza del mercado, que más tarde dio origen a la plaza mayor (hoy plaza de la Constitución). Las ordenanzas mencionadas reglamentaban también la construcción de viviendas, tendiendo a diferenciar la clase social de los habitantes por la forma exterior de las habitaciones.

La conmemoración de hechos importantes, en grandes monolitos, se inicia también en tiempos de Moctezuma I, aunque es probable que ya existiera la costumbre de registrarlos en objetos de madera.[26]

Se labró un cuauhxicalli, en una enorme piedra circular, con relieves que narraban la victoria de los mexica sobre los huastecos,[27] y una piedra que registra la terrible inundación

Leclerc, 1889; *Anales de Cuauhtitlan,* trad. Feliciano Velázquez, México, UNAM, 1945.

[24] *Crónica Mexicana.*

[25] Diego Durán, *op. cit.*

[26] *Crónica Mexicana.*

[27] *Ibid.*

acaecida en 1458.[28] Pero lo más sobresaliente fueron los relieves que ordenó Moctezuma que se hicieran en Chapultepec, reproduciendo su efigie para perpetuación de su memoria.[29]

A partir de entonces, la decisión de Moctezuma quedó establecida como costumbre y todos sus sucesores excepto Tizoc, se hicieron esculpir en Chapultepec.

Durante el reinado de Axayácatl, las relaciones entre México y Tlatelolco, que se habían venido sosteniendo con dificultades durante varias generaciones, llegaron a su punto álgido. Se inició una cruenta guerra, por la cual los tenochcas se apoderarían de Tlatelolco cuando el propio Axayácatl hizo caer a Moquihuix del templo, último reducto de la defensa de su ciudad.

A partir de entonces (1473), Tlatelolco se incorporó a la ciudad de México como una parcialidad más, con gobernantes impuestos por los mexicanos. Con ello, la extensión territorial de Tenochtitlan, al igual que otras muchas ciudades, partiendo originalmente de dos núcleos, se convirtió en una sola unidad urbana.

La ciudad siguió su vida sin grandes cambios, con base en las formas establecidas por Moctezuma el Viejo: prosiguió la expansión del imperio, lo que cada vez traía más riqueza a México, como fruto de botines de guerra, tributos, comercio, etcétera.

En 1470 se hizo una reconstrucción del templo mayor bajo los lineamientos establecidos por los reyes anteriores y se continuaron levantando monumentos conmemorativos. El más importante de esta época, es la gran piedra del sol llamada "calendario azteca", que se labró el año 13 acatl (1479), para conmemorar el nacimiento del *quinto sol*.[30] Durán relata cómo

[28] Alfredo Chavero, "Ensayo arqueológico, descripción de un monumento azteca". *El Renacimiento,* t. II, núms. 20-24. México, 1869.

[29] *Crónica Mexicana, op. cit.*

[30] Herman Bayer, *El llamado "Calendario Azteca",* Verband Deutcher Reichsange höriger, México, 1921, y Wigberto Jiménez Moreno, José Miranda y María Teresa Fernández, *Historia de México,* México, Porrúa, 1965.

Axayácatl, al fin de su reinado, ya viejo y enfermo, quiso que se hiciera en Chapultepec un relieve suyo y murió a los pocos días de verlo realizado.

A su muerte, subió al trono Tizoc, que era de temperamento "pusilánime" según los cronistas, y no mostraba el brío para promover grandes conquistas como sus antecesores. Sin embargo, realizó algunas guerras y dejó un monumento en el que todas ellas fueron registradas. Se trata de un gran "cuauhxicalli" circular en el que se describen en bajo relieve escenas históricas en las que el propio Tizoc y los "cuacuauhtin", o caballeros del sol, sostenían con sus manos, del pelo, a varios personajes que representaban a los pueblos sojuzgados. Según Orozco y Berra, este cuauhxicalli (piedra de Tizoc) estaba colocado en la cúspide del templo del sol, frente a la piedra del sol (calendario azteca).

En el año tres conejo (1482) se derrumbó el templo que Moctezuma I hizo a Huitzilopochtli.[31] Tizoc, por insistencia de Tlacaélel, inició en 1485, la reconstrucción y agrandamiento del templo.

Sin embargo, como Tizoc no había respondido a las ambiciones expansionistas de los mexicas, fue envenenado, y la obra quedó inconclusa. Su sucesor, Ahuizotl, terminó la obra en 1487. Una lápida que se conserva en el Museo Nacional conmemora este hecho y en ella aparecen los dos reyes sacrificándose ante el templo ya terminado.

La obra que recibió mayor atención durante el reinado de Ahuizotl, fue la restauración del nivel del agua de la laguna, que había comenzado a descender.[32] Para ello se ideó traer agua por un acueducto, desde los manantiales de Coyoacán y Huitzilopochco, para distribuirla por medio de atarjeas en diferentes barrios de la zona sur.

Al llegar al agua a México, comenzó a subir el nivel del lago. Este aumento del caudal pronto resultó incontenible e inundó completamente la ciudad, con resultados catastróficos.

[31] Anales de México Azcapotzalco, *op. cit.*

[32] Diego Durán, *op. cit.*

Se hizo preciso cegar nuevamente los manantiales con cal y canto para contener la invasión de las aguas.[33]

Pasada la inundación, fue necesario hacer una restauración total de la ciudad, y se reconstruyeron nuevamente el Templo Mayor, los palacios, los edificios y templos de los barrios y las acequias. Esa sería la ciudad que encontrarían los conquistadores, pues, como se verá, Moctezuma II no hizo obras públicas de importancia.

La obra del último *tlatoani,* se circunscribió a cambiar su residencia (casas viejas de Moctezuma), a un nuevo palacio que hizo construir, con las dependencias necesarias, para una reorganización de las funciones administrativas que había dispuesto en su corte.[34] Se rodeó de un ambiente sibarita colmado de riqueza, y formó bellísimos jardines para su recreo.

También hizo algunas modificaciones dentro del recinto sagrado, como la construcción del templo para los diversos dioses, "coateocalli",[35] la reforma del templo del sol [36] y la renovación de la piedra de los sacrificios. Parece ser que tuvo la intención de reconstruir el templo mayor,[37] pero no llegó a realizarlo.

Hasta aquí hemos expuesto en una reseña breve los hechos más importantes que se han guardado en la memoria, sobre el crecimiento urbano de México-Tenochtitlan. Ahora veremos cómo era la ciudad a la llegada de los españoles, según las narraciones de testigos presenciales, de historiadores y antropólogos y de lo que se puede ver de ella a través de la ciudad colonial.

Como se dijo al hablar de la fundación, la estructura formal de la ciudad consistía en un esquema central, cuyo núcleo

[33] Las obras ya citadas de Torquemada, Códice Ramírez, Diego Durán, "Historia de los mexicanos por sus pinturas", registran el hecho.

[34] Códice Ramírez.

[35] Durán, *op. cit.*

[36] Ignacio Alcocer, "Piedra encontrada en la esquina sudoeste del Palacio Nacional". *Anales del Museo Nacional de Arqueología e Historia y Etnografía.* México, 1927.

[37] *Anales de Cuauhtitlan, op. cit.*

era el templo mayor. De él partían, con simetría radial, hacia los cuatro puntos cardinales, las cuatro principales calzadas que limitaban los cuatro "campan" o parcialidades, o sea, los cuarteles originales en que se distribuyó la población. A su vez, estas parcialidades estaban divididas en unidades más pequeñas, los barrios (calpullis), que se constituían por "tlaxilacallis", que eran la unidad comunal más pequeña, formada por agrupaciones de lotes a lo largo de porciones de calles, a manera de manzanas. Las calles seguían la orientación impuesta por las calzadas, así que formaban una retícula con líneas de norte a sur y de este a oeste.

Así era abstractamente la estructura formal de México-Tenochtitlan, pero en realidad su trazo no era tan puro. En primer lugar, su plano era asimétrico porque, como se dijo, la situación del islote, limitado al noreste por el agua salada, obligó a que el crecimiento de las chinampas fuera hacia las zonas del sureste, sur y suroeste, confiriéndole a la ciudad la forma aproximada de un triángulo, con su vértice en el norte y su base en el sur. Además, la existencia de innumerables acequias, que corrían de poniente a oriente, pero de manera irrgular, hacía que muchas veces la forma de lotificación no fuera tan nítidamente reticulada y en muchos casos, daba origen a bordos o calzadas que corrían diagonalmente.

El acceso a la ciudad se hacía en gran parte por agua, pero había varias calzadas que la comunicaban con tierra firme: la del norte, que iba al Tepeyac, y tenía una bifurcación hacia el rumbo a Tlatelolco; la del noroeste, que iba a Azcapotzalco; la del oeste que iba a Tacuba; la del sur, que llegaba a Ixtapalapa y se bifurcaba hacia Huitzilopochco (Churubusco) y Coyoacán. En el caso de las dos últimas, las calzadas servían a la vez como acueductos, pues tenían una canal a cada lado por donde pasaba el agua.

Tenía México, para el control del paso, baluartes que consistían de dos torres almenadas, colocadas media legua antes de llegar a la ciudad;[38] las torres funcionaban como garitas y

[38] Ángel Palerm, "La base agrícola de la civilización urbana en Meso-

a la vez como fuertes. Sabemos también de la función defensiva que tenían los puentes de madera que cruzaban las cortaduras de las calzadas, pues en caso de guerra se levantaban para impedir el tránsito.

Además de las anchas calzadas de 15 a 20 m.[39] que comunicaban con la ribera del lago, había otras importantes, como la que llevaba al embarcadero de Tetzcoco, en el extremo este de la isla, y la que se extendía desde la calzada de Tacuba al mercado de Tlatelolco, cerca de los límites de la ciudad por el oeste.

Había otras calles secundarias, de tierra, de agua (acequias) y muchas veces mixtas, en las que corría, al lado del camino un canal.

La ciudad presentaba en su aspecto físico, según la calidad de las construcciones, un núcleo central, jerárquicamente más importante, constituido por el centro ceremonial religioso, el gran espacio del mercado y las "casas nuevas" de Moctezuma.

A la vez había otros núcleos sobresalientes, como eran los de Tlatelolco y Tocititlan. El primero tenía también centro ceremonial, plaza y a su alrededor los palacios de los nobles y comerciantes tlatelolcas. Sin embargo, al ser tomado Tlatelolco por los mexicanos, se les impidió celebrar culto en su templo, obligándolos a acudir al templo mayor de México,[40] y con esto perdió importancia como centro religioso. En cambio, los mercaderes que tradicionalmente estaban allí establecidos, hicieron que Tlatelolco se convirtiera en el barrio comercial más grande de Tenochtitlan y que su mercado fuera el más activo.

Tocititlan, por el contrario, sí se desarrolló como un santuario; en exploraciones recientes,[41] se ha visto que fue un con-

américa", *Symposium sobre las civilizaciones de regadío.* Washington, Unión Panamericana, 1955.

39 González Rul y Mooser, "La Calzada de Ixtapalapa", *Anales del Instituto de Antropología e Historia,* t. XIV, México, 1961.

40 Diego Durán, *op. cit.*

41 Jorge Gussinger, "Hallazgo de estructuras prehispánicas en el Metro", *Boletín del INAH,* núms. 34 y 36, México, 1961.

junto de tamaño considerable, que incluía el templo de la diosa Toci, basamentos menores, un templete de Ehécatl, adoratorios y habitaciones. Estaba localizado en la zona que rodea al cruce de las actuales calles de Izazaga y Pino Suárez.

Dentro de lo que hemos llamado "núcleo central de México", destacaba en primer lugar el conjunto de templos que formaban el centro ceremonial, dentro de un cuadrángulo circundado por la gran muralla; el *coatepantli* (de 500 m. por lado), que tenía tres puertas hacia las calzadas, del oeste, del norte y del sur.[42] En el interior del recinto sagrado, entre patios y plazas pavimentadas, resaltaban por su altura, emplazados sobre el vigoroso basamento, los templos de Tláloc y Huitzilopochtli, deidades agrícola y guerrera que dominaban el panteón azteca. Frontero a ellos, y creando una plaza entre sí, estaba el templo de Quetzalcóatl con su peculiar forma redonda. El juego de pelota, el *huey tzompantli,* el templo del sol, y otros muchos, encontraban ahí albergue, para dar cabida a los innumerables rituales que regían la vida religiosa de los aztecas. En segundo lugar, colindando con el lado sur del *coatepantli,* estaban las "casas nuevas" de Moctezuma y el espacio abierto del mercado, teniendo todas una extensión que correspondía a la cuarta parte de la superficie ocupada por el recinto sagrado.

Rodeaban este núcleo, las casas de la nobleza mexicana: frente al lado oeste del *coatepantli,* se encontraban las "casas viejas" de Moctezuma o palacio de Axayácatl y, frente al mercado, por el lado sur, cruzando la acequia que lo limitaba,

[42] Para la localización de los edificios del templo mayor se ha utilizado el estupendo trabajo del Arq. Marquina, *El Templo Mayor de México,* México, Edimex, 1960. La localización de los elementos urbanos fuera del templo mayor se basa principalmente en las aportaciones de Alcocer, "Apuntes sobre la Antigua México Tenochtitlan", México, 1935; Batres, *Cartilla Histórica de la Ciudad de México,* 1893; Carrera Stampa, "Los barrios indígenas de Tlatelolco", *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda,* núm. 253, México, 1962; Alfonso Caso, "Los barrios antiguos de Tenochtitlan y Tlatelolco", *Memorias de la Academia Mexicana de Historia,* tomo XV, México, 1956; y la obra ya citada de Toussaint, Gómez de Orozco y Justino Fernández.

el palacio del *cihuacóatl,* que era la segunda autoridad del imperio. También fronteras al mercado, en la misma acera, estaban ubicadas unas casas de gente noble, probablemente las del *tlacochcácatl,* o del *tlacatécatl,* o del *ezhuahuácatl,* o del *tlillancalqui,* que eran las cuatro dignidades más altas, dentro de la sociedad tenochca, después del *cihuacóatl.* Se sabe además que la casa de Cuauhtémoc estaba situada sobre la calzada que iba al Tepeyac. Es posible que los familiares de la nobleza hayan construido sus residencias sobre las principales vías, cerca del núcleo central. Todos estos palacios estaban construidos con piedra y tenían dos pisos o se levantaban sobre una plataforma, un privilegio de la nobleza,[43] lo que les hacía resaltar sobre el resto de las habitaciones. Seguían en la jerarquía de las construcciones, las casas de artesanos y las de comerciantes, que eran de cal y canto y por último, las casas del pueblo, los macehuales, que se hacían de adobe o de carrizo según las posibilidades. Se ha visto que el patrón de asentamiento era bastante variable y había casas unifamiliares y casas multifamiliares.[44]

Hablemos ahora de las parcialidades. Como ya dijimos, eran cuatro: Tecpan al S.E., Moyotlan al S.O., Cuepopan al N.O., y Atzacoalco al N.E.; al ser conquistado, Tlatelolco quedó incorporado como otra parcialidad.

Cada uno de estos cuarteles tenía un núcleo comunal, de menor importancia que el del centro de México, pero que tenía su templo con escuela, su palacio y muy probablemente su plaza, correspondiendo a las funciones religiosas, civiles y comerciales locales de la sección. A ella acudían normalmente todos los barrios que formaban el "campan", y sólo en casos excepcionales, o por alguna festividad general, se iba a Tlatelolco, o al templo mayor o a las casas reales.

Por último, en cada barrio debió haber también un centro similar, aunque de menor escala, en que se reunían únicamen-

[43] Diego Durán, *op. cit.*

[44] Edward E. Calnek, "Urban Settlement and Residence pattern at Tenochtitlan", mecanografiado.

te los integrantes del calpulli a tratar sus asuntos y a dar culto a su dios tutelar.

Un aspecto urbanístico también importante, es la distribución de las zonas verdes, especialmente en Tenochtitlan, donde había un gusto muy desarrollado por el cultivo de jardines.[45]

Los jardines de las "casas nuevas" de Moctezuma, así como los de la *casa de las aves* y la *casa de las fieras,* cautivaron por su belleza a los conquistadores y ocupaban una gran superficie dentro del centro de México. La mayoría de las casas dentro de la ciudad se hacían en torno a patios, en los que se cultivaban infinidad de plantas; hacia la periferia, el patrón de asentamiento se hacía más rural, emplazándose las chozas en medio de chinampas, en las que se tenían huertas, hortalizas o pequeñas milpas, que en su conjunto debieron hacer de la ciudad un sitio muy fresco y agradable.

Con esto hemos delineado a grandes rasgos lo que fue la distribución urbana de México-Tenochtitlan, completando así la imagen de su desarrollo urbano; éste fue truncado violentamente por la Conquista, pero condicionó en muchos aspectos a la ciudad colonial.

[45] Zelia Nuttal, "Los jardines del antiguo México", *Memorias de la Sociedad Científica Antonio Alzate,* t. 37, núms. 4-6, México, 1920, pp. 193-213.

LAS CIUDADES MEXICANAS: PERSPECTIVAS DE ESTUDIO EN EL SIGLO XIX

Richard E. Boyer
Universidad de Connecticut

Debido a la dificultad que existe para reunir estadísticas relativamente fidedignas anteriores a la época de los censos regulares, la estructura urbana del México del siglo XIX no ha recibido el análisis que merece. Últimamente se han completado series estadísticas de población y una evaluación sistemática de fuentes, que prometen ser una contribución útil a la recopilación y al perfeccionamiento de este tipo de datos.[1] Indudablemente dicha información adolece de un margen de error mayor que las estadísticas del censo, con las que prefiere trabajar la mayoría de los estudiosos de las ciencias sociales. Sin embargo, este tipo de datos unido a las tendencias económicas y sociales, puede utilizarse en forma sugestiva con el fin de enriquecer labores de síntesis, tarea que resulta especialmente atractiva para los historiadores.

C. A. Vapnarsky ha analizado la distribución de las ciudades en relación con su tamaño y ha sugerido que un "enfoque ecológico" podría ayudar a resolver las contradicciones aparentes que existen entre la "ley de la ciudad primaria o ley

1 Keith A. Davies, "Tendencias demográficas urbanas durante el siglo XIX, en México", *Historia Mexicana,* vol. XXI, núm. 83, México, El Colegio de México, enero-marzo, 1972, pp. 481-525. El artículo de Davies forma parte de un trabajo más voluminoso, de Boyer y Davies, que habrá de publicar la University of California, Los Angeles, tentativamente titulado *Urbanization in Nineteenth Century Latin America: Statistics and Sources.* Este estudio se refiere principalmente a la Argentina, Brasil, México y el Perú y habrá de ser el primero de un grupo de trabajos similares sobre otros países.

de primacía urbana" y la "regla del rango tamaño" *(rank-size rule)*.[2] Vapnarsky sugiere que el grado de "integración" *(closure)*[3] de un sistema de ciudades (es decir, en realidad, todas las ciudades de un país, puesto que "un país es típicamente un sistema ecológico bien definido"),[4] o de ciertas ciudades dentro de un sistema (según diversos grados de inter-

[2] Caesar A. Vapnarsky, "On Rank-Size Distributions of Cities: An Ecological Approach", *Economic Development and Cultural Change,* vol. 17, núm. 4, julio 1969, pp. 584-595. Véase Mark Jefferson, "The Law of the Primate City", *Geographical Review,* vol. 29, abril 1939, pp. 226-232. Jefferson señala en este artículo el hecho de que la ciudad más grande de una nación puede ser, en muchos casos, "desproporcionadamente grande" y "especialmente representativa de la capacidad y el sentimiento nacionales" (p. 231). En la obra de Benjamin Ward, "City Structure and Interdependence", *Papers and Proceedings of the Regional Science Association,* vol. 10, 1963, pp. 2, 7, 221, puede encontrarse un análisis de la distribución "rango-tamaño" en las ciudades. Tal regla utiliza a Estados Unidos como norma de la distribución de tamaño e interdependencia, de modo tal que, según la regla, el tamaño de cualquier ciudad multiplicado por el rango de la misma, debe aproximarse al total de la ciudad más grande. En otras palabras, si $S =$ la población de la ciudad más grande, la segunda igualará $1/2\ S$, la tercera $1/3\ S$, etc. En la literatura sobre el tema encontramos varios esfuerzos de correlacionar las estructuras de tipo "rango-tamaño" (es decir, sistemas urbanos que cuentan con ciudades grandes, medianas y pequeñas integradas de un modo equilibrado, como es el caso de E. U. y algunos países de Europa Occidental), con el desarrollo económico. En contraste, se ha pretendido encontrar un síntoma de subdesarrollo, o un resultado de éste, en las estructuras de ciudades que responden al modelo de "primacía urbana" (es decir, sistemas en los que existe una ciudad abrumadoramente grande y todas las demás son, sin gradaciones, mucho más pequeñas, como es el caso de México). Un enfoque más preciso en torno a este problema puede encontrarse en Bert F. Hoselitz, *Sociological Aspects os Economic Growth,* Nueva York, The Free Press, 1960. Véase especialmente el capítulo 7: "The Role of Cities in the Economic Growth of Underdeveloped Countries", pp. 159-184.

[3] La definición de "integración" *(closure)* utilizada por Vapnarsky, es la de Allen H. Feld: "Integración es la proporción de todas las interacciones existentes que comienzan o terminan dentro de un sistema particular y que se completan, también, dentro del mismo sistema." Vapnarsky, *op. cit.*, p. 594.

[4] *Ibid.*, p. 585.

acción e interdependencia que tengan entre sí), puede determinar la estructura de tamaño de las ciudades de una nación. Así, una marcada dependencia de importaciones y mercados extranjeros (baja "integración"), conduce al fenómeno de la "primacía urbana"; por el contrario, un alto grado de interacción da por resultado la especialización funcional de las ciudades, la interdependencia y una distribución de los centros urbanos que los aproxima a la regla del "rango-tamaño". Sin embargo, ambas situaciones pueden coexistir: un alto grado de primacía y un alto grado de interdependencia acercan a la distribución tipo "rango-tamaño" a todas las ciudades, con excepción de la principal. De acuerdo con Vapnarsky, éste es el caso de la Argentina contemporánea.[5]

En el caso de México, parece haber sido mucho más marcado el fenómeno de la primacía urbana, que el de fuertes ligas con el mundo externo.[6] A través de la historia, la ciudad de México ha ejercido numerosas funciones ya que simultáneamente ha sido la sede del imperio político y religioso, el centro de distribución y consumo de una gran variedad de productos y el centro cultural patrono de las artes. Desde la Independencia se le han sumado otras funciones, tales como la tendencia a concentrar la producción industrial en sus alrededores y al mismo tiempo la de haberse convertido en foco del sentimiento nacional.

Un punto de vista más aplicable a la ciudad de México

[5] *Ibid.*

[6] Véase George A. Kubler, "Cities and Culture in the Colonial Period in Latin America", *Diogenes,* núm. 47, otoño 1964, pp. 58-59. En la América Latina colonial, Kubler ha podido identificar ocho metrópolis, definiéndolas como "los verdaderos centros regionales de los acontecimientos, en donde se toman decisiones que, dada la fuerte concentración del poder... tienen efecto sobre grandes zonas de población"; el "equipo físico" de estos centros es "costoso, complicado y sirve de ejemplo", en oposición a las características provincianas que resultan "imitativas, derivadas y simplemente típicas". Estas ocho metrópolis han disminuido a tres desde la Independencia, de acuerdo con Kubler, a saber: México, Distrito Federal, Buenos Aires y Río de Janeiro, que continúan siendo grandes centros de influencia metropolitana.

podría ser considerarla como modelo de metrópoli-interior *(hiterlands)*. En una situación de este tipo la ciudad principal maneja los recursos de una zona interior mucho más grande que la ciudad. Una élite política, económica e intelectual, localizada en la metrópoli, maneja la política nacional para hacer óptimo el aumento de la riqueza. La primera etapa dentro de este proceso es la construcción de redes de transporte que penetran y convierten en "satélites" las áreas alejadas que no tienen "ninguna estructura propia de ciudades económicamente vigorosas" y este proceso atrae a la ciudad, siempre en números mayores, a los "proletarios rurales empobrecidos".[7]

Este punto de vista coincide con lo escrito por André Gunder Frank y otros en cuanto a la colonización interna, caso que se da cuando la metrópoli ejerce una hegemonía explotadora sobre el campo y las otras ciudades más pequeñas.[8] En las actividades que se refieren a la producción, distribución, mercadeo y consumo de la riqueza producida por los demás, a la ciudad le corresponde una proporción desmedida de dicha riqueza, ya que la ciudad controla el aparato económico y político de donde surgen las decisiones.

De acuerdo con Jefferson, el tamaño posee una atracción que le es propia de tal modo que, "cuando una ciudad es mayor que cualquiera otra en su país, por este solo hecho tiene

[7] Richard M. Morse, "Some Characteristics of Latin American Urban History", *American Historical Review*, vol. 67, núm. 2, enero 1962, p. 335. Un caso contemporáneo de este tipo de desarrollo urbano es el anillo de ciudades que rodea la ciudad de México; cada una de esas ciudades se orienta hacia la metrópoli ignorándose entre sí. Unickel y Necochea mencionan, en este contexto, a Puebla, Toluca, Querétaro, Pachuca, Cuernavaca y Acapulco, a pesar de la mayor distancia de esta última. En escala menor, señalan que "Orizaba y Jalapa tienden a su vez a gravitar sobre Veracruz, sin tener mayores relaciones con el resto del sistema ni entre sí". Luis Unikel y Andrés Necochea, "Jerarquía y sistema de ciudades en México", *Demografía y Economía*, vol. V, núm. 1 [13], México, El Colegio de México, 1971, pp. 38 y 39.

[8] Ver, por ejemplo, André Gunder Frank, *Capitalism and Underdevelopment in Latin America: Historical studies of Chile and Brazil*, New York, 1967.

una tendencia a crecer".[9] Sin embargo, el "tamaño en sí" resulta una categoría que oscurece el proceso dinámico que deseamos analizar. Puesto que las ciudades son concentraciones de poder, riqueza, cultura y producción (a diferencia del campo que muchas veces es una región pobre), resulta natural que los campesinos sean atraídos a la escena del banquete esperando recibir mejores y mayores migajas.

En cuanto al tamaño, las tres ciudades más pobladas de México al comenzar el siglo XIX daban la impresión de una distribución tamaño-rango más que una dominación de tipo "primacía urbana". La tabla 1 indica los tamaños de las ciudades, tomando la población de México como 100 y otorgando a las ciudades segunda y tercera, los porcentajes que le corresponden según esa norma. Los índices de 1803 y de 1852 sugieren que hasta ese momento, la ciudad de México había conservado sus características coloniales de punto centrífugo desde el cual se explotaban la tierra y el campo.[10]

Los índices de 1869 a 1900 señalan un cambio básico en la naturaleza de la ciudad de México que se convierte en un punto mercantil centrípeto al orientarse a una mayor cantidad de zonas del interior, dejando muy atrás a las ciudades que le seguían en cuanto a importancia y como centros de atracción.[11]

Desde luego, sería deseable hacer una correlación entre el crecimiento demográfico de la ciudad de México, su tendencia a la primacía entre 1852 y 1879, y algunos de los grandes sacudimientos de la época. Un estudio reciente sugiere la existencia de tal relación para la década 1910-1921, cuando "la

[9] Jefferson, "Primate City", p. 227. Ver también Floyd Dotson y Lillian Ota Dotson, "Urban Centralization and Decentralization in Mexico", *Rural Sociology*, vol. 21, núm. 1, marzo, 1956, pp. 41-49. Jefferson, desde luego, habla en términos generales, pero los Dotson llegaron a una conclusión similar después de hacer un estudio de las ciudades de México en el siglo XX: "En general las ciudades han tenido la tendencia de crecer en proporción a su tamaño, con una parte, siempre en aumento, de la población, que se iba concentrando en las ciudades mayores" (p. 44).

[10] Morse, "Some Characteristics", pp. 334 *ss.*

[11] Richard M. Morse, "The Heritage of Latin America", in Louis Hartz, ed., *The Founding of New Societies*, New York, 1964, pp. 123-177.

Tabla 1

Año	*Índice*			*Población en millares*
	Cd. de México	*2a.*	*3a.*	
1803	100	49	30	México 137, Puebla 68, Guanajuato 41
1852	100	42	37	México 170, Puebla 72, Guadalajara 63
1869	100	28	28	México 230, Puebla 65, Guadalajara 65
1884	100	27	25	México 300, Guadalajara 80, Puebla 75
1900	100	29	27	México 345, Guadalajara 101, Puebla 94 [12]

ciudad de México se constituyó en el principal centro de refugio de la población campesina y, especialmente, de la proveniente de ciudades de menor tamaño que emigró hacia la capital".[13] Este tipo de correlación iluminaría mucho las décadas medias del siglo XIX, cuando la República sufrió la invasión de los Estados Unidos, la intervención francesa y la guerra civil entre imperialistas y republicanos. Durante ese periodo la capital fue ocupada por tropas extranjeras en dos ocasiones (1847 y 1863), además de ser escenario de violentas luchas entre distintas facciones (por ejemplo en 1840 y 1867). Sin embargo, los beligerantes generalmente fueron moderados, en cuanto al daño que causaron a la ciudad y a sus habitantes. A pesar de lo dicho, un historiador ha señalado que entre abril de 1863 y junio de 1867 "ocurrieron 1 020 batallas y encuentros armados en los cuales quedaron fuera de combate 73 547 republicanos y 12 209 imperialistas mexicanos".[14] Así, México puede haber atraído a muchos emigrantes que pensaban que

[12] Todos los índices y datos de población del presente cuadro se basan en los materiales de Davies, a menos que se diga lo contrario. Él utilizó un gran número de fuentes evaluando cifras contradictorias para lograr datos coherentes. Ver nota 1.

[13] El Colegio de México, Centro de Estudios Económicos y Demográficos, *Dinámica de la población de México*, México, 1970, p. 123.

[14] Hubert Howe Bancroft, *History of Mexico*, New York, 1914, p. 508.

una ciudad capital ocasionalmente ocupada, resultaba preferible al terror de la guerra en el campo.

Otro aspecto de este cuadro que merece comentario, es el crecimiento total de las tres ciudades mayores y de la nación durante el siglo XIX. La tabla 2 toma como norma la población de las tres ciudades principales en 1803, a escala de 100 cada una, para comparar los aumentos de población. Los índices en este caso resultan algo desconcertantes y sugieren la conveniencia de una investigación más minuciosa.

Tabla 2

	Índice			*Población en millares*		
	1803	*1869*	*1900*	*1803*	*1869*	*1900*
México	100	166	251	138	230	345
Guadalajara	100	325	505	20	65	101
Puebla	100	96	138	68	65	94
República Mexicana	100	162	236	5 764	9 390	13 605

Durante todo el siglo XIX, Guadalajara, que en 1803 tenía una población siete veces menor que la ciudad de México, mantiene un ritmo de crecimiento que duplica el de esta última. Parece lógico suponer que Guadalajara, y en mucha menor proporción la ciudad de México, recibieron influjos migratorios. Puebla presenta el caso inverso de un fenómeno de emigración a otras zonas.[15]

15 Un examen cuidadoso del índice de natalidad en las ciudades, relacionado con un examen de las condiciones rurales y de los perfiles demográficos de las ciudades más pequeñas de la región, daría una nueva perspectiva a este asunto. Un fragmento inquietante de ese examen nos dice que en 1841 la relación de nacimientos y muertes en Guadalajara era de 117 a 100. Durante este mismo tiempo (promedio para 1839-1845) esta relación en la ciudad de México era de 121 a 100. Esto parece indicar mayor movimiento migratorio hacia Guadalajara, pero muchos otros factores deben estudiarse para aclarar este cuadro (p. ej. el hecho que la ciudad de México tuvo 2 827 muertes por epidemia de viruela en 1840 y 9 619 muertes por cólera en 1850). Manuel Orozco y Berra, "Guadalajara", *Diccio-*

Pueden aclararse más todavía los índices de crecimiento observando la tabla 3, que trata las ciudades de segundo rango.

Tabla 3

	Índice			*Población (miles)*		
	1803	*1869*	*1900*	*1803*	*1869*	*1900*
Chihuahua	100	103	262	11.6	12	30.4
Durango	100	100	258	12	12	31.1
Guanajuato	100	90	101	41	36.6	41.5
Mérida	100	300	436	10	30	43.6
Morelia	100	139	207	18	25	37.3
Oaxaca	100	104	146	24	25	35
Veracruz	100	63	182	16	10	29.2
Zacatecas	100	47	100	33	15.4	32.9

Esta tabla sugiere que existía un sistema de ciudades bastante bien desarrollado en 1803; en términos generales este sistema se estanca hasta el porfiriato, para después recuperarse rápidamente. Por ejemplo, Chihuahua y Durango tienen índices casi idénticos. Su recurso económico principal, la minería, vino a menos en el periodo de independencia y no se recuperó sino hasta el último cuarto del siglo cuando se establecieron relaciones económicas con los Estados Unidos durante el porfiriato. Es de notarse, sin embargo, que el crecimiento total de estas ciudades durante el siglo sobrepasa ligeramente el de la ciudad de México.[16] Zacatecas y Guanajuato no recuperaron su importancia de antaño. Ambas experimentaron situaciones críticas en el sector minero durante el siglo XIX, junto con varios desastres de otro tipo. Gilliam, en 1846, fue informado por "un caballero mexicano... de que la condición general de los ciudadanos nunca se había recuperado del saqueo de la ciudad

nario Universal de Historia y de Geografía, 10 vols. México, 1853-56, III, p. 702; J. M. Lafragua, "Ciudad de México", *Ibid.,* V, pp. 779-80.

16 La población de Monterrey creció aún más rápidamente; aumentó más de 5 veces entre 1869 (14 000) y 1900 (62 266). Davies, *op. cit.*

de 1833 por Santana".[17] Este mismo juicio podría darse sobre Guanajuato después del levantamiento de Hidalgo. Morelia estaba suficientemente cerca de los mercados de la ciudad de México, para sostener un crecimiento modesto como punto de concentración de los productos agrícolas y la carne que iban a la capital.

Oaxaca y Mérida estaban más aisladas del sistema principal de ciudades y parecen haber gozado de un dominio regional semiautónomo. La primera en calidad de centro de mercados; la segunda, como foco de la bonanza henequenera. La península, en su totalidad, sufrió un desajuste económico de grandes proporciones y también un descenso de población, como resultado de la guerra de castas de 1847; pero al mismo tiempo, Mérida crecía a expensas de Campeche.[18] Este movimiento demográfico se mantiene a lo largo de todo el siglo; las regiones de Yucatán de mayor intensidad productiva de henequén, fueron los partidos de Mérida y Acanceh.[19] La tabla 4 indica el aumento de producción que tuvo lugar en la segunda mitad del siglo XIX. El aumento más importante se dio en relación con la cuatriplicación de precios registrada entre 1850 y 1869. El dinamismo de este sector de exportación de la región puede verse en el hecho de que la recaudación aduanera de Sisal se multiplicó por doce entre 1868 y 1870, al mismo tiempo que la población de Mérida aumentaba aproximadamente un 30% entre 1868 y 1874 (de 23 000 a 30 000). En 1871, Progreso sustituyó a Sisal como puerto principal de la península y fue unido a Mérida por dos líneas de ferrocarril. Al año siguiente el henequén fue un renglón de exportación que ocupó las tres

17 Albert M. Gilliam, *Travels over the Table Lands and Cordilleras of Mexico*. Phil., 1846, p. 225.

18 La disminución de la población en la península, entre 1846 y 1857, fluctúa entre 205 000 y 165 000. Moisés González Navarro, *Raza y Tierra: La guerra de castas y el henequén*. México, El Colegio de México, 1970, p. 173.

19 Por ejemplo, en 1873, estos dos partidos dieron la mitad de la producción henequenera total de la península. M. González Navarro, *op. cit.*, p. 185.

Tabla 4

Año	*Mecates de henequén sembrados*
1844	102 081
1860	65 000
1869	400 000
1883	1 002 905

Fuente: Moisés González Navarro, *Raza y Tierra: La guerra de castas y el henequén.* México, El Colegio de México, 1970, pp. 182, 185.

cuartas partes del valor de las exportaciones de la península. La bonanza henequenera continuó al elevarse once veces la producción entre los años de 1877 a 1910. Durante el año fiscal 1890-1891 el tonelaje total que entraba y salía de Progreso era más de las dos terceras partes que el registrado en Veracruz (690 000 y 928 000 toneladas respectivamente). Durante el mismo año, Progreso fue el puerto principal en cuanto a comercio interno, ya que cuatriplicaba el volumen de Veracruz y duplicaba el de Mazatlán, que era el segundo puerto en este renglón.[20] Este dinamismo económico parece haber intensificado el crecimiento de Mérida, ciudad que únicamente fue superada por Guadalajara, en crecimiento, durante el siglo XIX.

A modo de contraste, puede señalarse que las ciudades argentinas del siglo XIX se desarrollaron de manera diferente. En el Río de la Plata apenas existía una estructura urbana en 1800. Las ciudades más grandes ofrecían provisiones y tierras de pastoreo en los puntos intermedios de la ruta que iba de Buenos Aires al Alto Perú, donde existían empresas mineras.

[20] El tonelaje de Progreso, Mazatlán y Veracruz era de 532 000, 215 000 y 128 000 toneladas respectivamente. República Mexicana, Secretaría de Estado y del despacho de Hacienda y Crédito Público, *Noticias del Movimiento Exterior e Interior habido en los puertos de la República Mexicana en el año fiscal de 1890-1891.* México, 1892, p. 90. Lo arriba expuesto se basa casi totalmente en M. González Navarro, *op. cit.*, pp. 169-190. Uno o dos detalles menores fueron de S. Adalberto de Cardona, *México y sus capitales,* México, 1900, p. 620.

Buenos Aires era ya un centro de exportación; Córdoba y Salta eran importantes centros de esa ruta hacia el norte. Mendoza resultaba un punto estratégico para descansar y abastecer el tráfico que cruzaba los Andes a través del pasaje Uspallata rumbo a las ciudades chilenas del Pacífico. El índice de prioridad de las ciudades argentinas, como puede verse en la tabla 5, demuestra por un lado, la mayor relevancia que tuvo Buenos Aires a lo largo del siglo XIX, y por otro, el hecho de que las ciudades principales en 1895 eran puertos.[21] En 1914 y 1923 las tres ciudades mayores de Argentina eran puertos.[22]

Tabla 5

Año	*Índice*			*Población en millares*
1801	100	24	10	BA 40, Córdoba 11.15, Santa Fe 4
1855	100	17	14	BA 90, Córdoba 15, Tucumán 12.5
1869	100	16	13	BA 177.8, Córdoba 28.5, Rosario 23.2
1885	100	17	14	BA 663.9, Rosario 91.7, Córdoba 47.6

Tanto la ciudad de México como Buenos Aires fortalecieron su posición de primacía en el siglo XX, como puede verse en las tablas 6 y 7. En el caso mexicano, este proceso se aceleró después de que el gobierno revolucionario tomó el poder. Lo anterior, unido al hecho de que Guadalajara y Monterrey desarrollaron grandes plantas industriales para los mercados nacionales, revela un contraste con la experiencia argentina. El aumento de la primacía de la ciudad de México después de la

21 Utilizando un índice similar al de la tabla 3, Rosario daría los siguientes resultados: 1 000 (1801), 5 750 (1869), 25 697 (1895). Sin embargo, no resulta de provecho comparar, en un índice de esta clase, las ciudades que ya estaban firmemente establecidas al comienzo del siglo. Lo notable en este caso es que una minúscula aldea de 400 personas se encontraba precisamente en lugar adecuado para servir como centro de exportación del granero argentino durante el siglo XIX.

22 Jaime Dorselaer y Alfonso Gregory, *La urbanización en América Latina,* t. I, Freideburgo y Bogotá, 1962, p. 178. Las tres ciudades eran Buenos Aires, Rosario y La Plata.

Tabla 6

Año	*Índice*			*Población en millares*
1910	100	25	17	México 471, Guadalajara 120, Puebla 96
1921	100	24	11	México 615, Guadalajara 149, Puebla 96
1950	100	14	12	México 2 960, Guadalajara 414, Monterrey 368

Revolución parece ser la continuación y fortalecimiento de sus funciones tradicionales como centro político, cultural y económico de la nación. Desde luego, éste es un tipo de primacía urbana de base más amplia (y más ambiguo) que no parece encajar dentro del modelo de "integración" de Vapnarsky, cuando menos para explicar la fuerza motriz básica que condiciona el fenómeno.[23]

Tabla 7

Año	*Índice*			*Población en millares*
1914	100	14	9	BA 1 577, Rosario 223, La Plata 137
1923	100	14	8	BA 1 780, Rosario 266, La Plata 153
1955	100	11	8	BA 5 750, Rosario 630, Córdoba 470

La primacía de Buenos Aires que también aumenta en el siglo XX, parece ser, en forma más directa, el producto de un mayor control de zonas interiores amplias, unido a un aumento en las actividades de importación y exportación y a la llegada

[23] La relación que guarda la ciudad de México con el país parece desde los puntos de vista funcional, simbólico y geográfico, muy semejante a la relación que guarda París con Francia. Esta observación, desde luego, se ha hecho muchas veces a través de los años. Carlos María Bustamante, por ejemplo, en 1834 señala que: "México es el gran tipo de toda la República, como París de una gran parte de Europa." Carlos María de Bustamante, *Viaje a Toluca,* 1834, citado por Alejandra Moreno Toscano, "El paisaje y las ciudades: dos perspectivas de la geografía historia", *Historia Mexicana,* vol. XXI, núm. 2 [82], México, El Colegio de México, oct.-dic. 1971. Ver también Bancroft, *History,* p. 559.

de grandes cantidades de inmigrantes. Aunque Rosario sostuvo su crecimiento por muchos años, es interesante señalar que nunca desafió seriamente la primacía de Buenos Aires; incluso se retrasó más en el periodo de 1923 a 1955.[24]

Puede resultar aleccionador observar los patrones de crecimiento de dos puertos: Santos y Veracruz. Desde el punto de vista climatológico, ambos son lugares desagradables para vivir si se comparan con São Paulo y la ciudad de México, que tienen una altura mayor. Ambos, sin embargo, mantienen sus características de ciudades portuarias sin verse complicadas con funciones adicionales.[25] El crecimiento de estas dos ciudades se puede ver en la tabla 8. Los datos presentados no son

Tabla 8

	Índice				*Población en millares*			
	1803	*1842*	*1869*	*1900*	*1803*	*1842*	*1869*	*1900*
Veracruz	100	41	63	182	16	6.5	10	29.2
	1810	1836	1868	1900	1810	1836	1868	1900
Santos	100	97	133	500	6	5.8	8	30

directamente comparables, pero sí ofrecen un cuadro general. Veracruz era más grande, tuvo mayor actividad y fue más importante durante todo el periodo colonial, pero sufrió duras pruebas al iniciarse el periodo de independencia. Los bombardeos militares fueron intensos durante las guerras de Independencia, la "guerra de los pasteles" y en la guerra contra los

[24] En Brasil, la primacía se alternaba entre Salvador y Río de Janeiro. Al finalizar el siglo XIX, la primacía de Río fue retada por São Paulo. Esta última ciudad sobrepasó a la primera en cuanto a población, durante la decada 1950-1960. Es interesante notar que todavía en 1890 São Paulo tenía una población de solamente 64 934 habitantes. Ver Boyer y Davies, *op. cit.*, p. 72.

[25] La Plata, por ejemplo, se fundó en 1884 con intención de que fuese capital de la provincia de Buenos Aires, pero inmediatamente adquirió un papel importante como puerto.

Estados Unidos; además, de acuerdo con Charles Joseph Latrobe, la epidemia de cólera de 1833 mató a 11 000 de los 16 000 pobladores de la ciudad.[26] En esta forma se alcanzó en 1833 un bajo nivel demográfico, cercano a los 5 000 habitantes; a ello siguió una lenta recuperación que duró todo el resto del siglo. Los ingresos aduaneros por los años fiscales 1828-1829, de $4 310 144 y $5 000 000, parecen indicar que la actividad comercial del primer puerto de la nación se encontraba tan estancada como su crecimiento demográfico.[27]

Santos fue una ciudad portuaria de poca importancia casi hasta finalizar el siglo XIX. Todavía en el año 1890 tenía únicamente alrededor de 13 000 habitantes, pero al crecer el imperio cafetalero de São Paulo el puerto también creció rápidamente, llegando al cuarto de millón en 1960. Veracruz, que tenía aproximadamente la población de Santos en 1900, creció menos rápidamente y aumentó su población unos 150 000 habitantes durante los siguientes sesenta años.[28]

Está fuera del alcance de este pequeño artículo intentar una recopilación estadística completa de las ciudades mexicanas con el fin de comparar el caso de México con la regla de rango-tamaño.[29] Tal tarea requeriría datos para todas las ciu-

[26] Howard T. Fisher y Marion Hall Fisher, eds., *Life in Mexico: The Letters of Fanny Calderón de la Barca*, Garden City, New York, 1966, p. 677.

[27] *Memoria de la Secretaría de Estado y del Despacho de Relaciones Interiores y Exteriores, leída por el Secretario del ramo en la Cámara de Diputados el día 12 de febrero de 1830, y en la de Senadores el día 13 del mismo.* México, 1830, cuadro núm. 6; *Memoria de Hacienda y Crédito Público, presentada por el Secretario de Hacienda al Congreso de la Unión el 16 de septiembre de 1870.* México, 1870, p. 756. Durante estos dos años Veracruz es el punto clave para la recolección de impuestos aduanales. En 1828-1829 el segundo puerto, Matamoros, recauda aproximadamente 5% del total de Veracruz; en 1869 el segundo puerto, Sisal, recauda únicamente el 3% del total de Veracruz.

[28] El Colegio de México, Centro de Estudios Económicos y Demográficos, *Dinámica de la población de México*, p. 140. Un caso que se asemeja más a Santos pudiera ser la ciudad de Progreso, cuando menos hasta finalizar la bonanza henequenera.

[29] Tendría poco significado en una situación preindustrial, con una red de transportes pobre. Tal recopilación sería, sin embargo, interesante

dades mexicanas desde el principio del siglo XIX. Tomando como punto de partida el censo nacional de 1869, Vapnarsky pudo hacer una gráfica de datos de ese tipo para Argentina utilizando papel logarítmico y trazando una línea desviada a —1 que correspondería a la regla rango-tamaño. Concluyó que ya en 1895, la mayor interdependencia económica entre las ciudades argentinas "llevó a un acercamiento considerable a la regla rango-tamaño, de todas las ciudades, salvo de la más grande".[30]

Seis o siete de las mayores ciudades de México durante el siglo XIX se han puesto en una gráfica simple (al final de este artículo) para probar su grado de aproximación a la regla rango-tamaño. La población de cada ciudad se ha multiplicado por su rango y se ha puesto en la gráfica de acuerdo con los datos anexos incluidos en la tabla 9. De existir una concordancia perfecta con la hipótesis rango-tamaño, en el comportamiento de estas ciudades, la gráfica nos mostraría una línea recta horizontal. La gráfica muestra el aumento en la primacía de la ciudad de México durante el siglo y un rompimiento en la aproximación que existía en 1803 a la regla rango-tamaño. Durante el resto del siglo XIX y la primera parte del siglo XX se observa un cuadro variable de influencia y un crecimiento relativo de las ciudades. La excepción a esto es la segunda ciudad (Puebla hasta 1869 y Guadalajara de 1869 en adelante) que tiene un aumento demográfico constante pero menor en proporción que el de la ciudad de México. La marcada vuelta hacia arriba de las posiciones cuarta, quinta y sexta, en las líneas de 1910 y 1921, demuestra la creciente importancia de Monterrey, Mérida y San Luis Potosí.

Se requieren muchas investigaciones para correlacionar las vicisitudes de las ciudades mexicanas durante el siglo XIX, con los movimientos políticos, sociales y militares importantes de

en pequeña escala, dado que las actividades comerciales y de distribución, de tipo modesto, pudieron haber formado redes regionales de economías complementarias.

[30] Vapnarsky, "Rank-Size Distributions", *op. cit.*, p. 588.

Tabla 9

MÉXICO: POBLACIÓN Y RANGO DE LAS PRINCIPALES CIUDADES

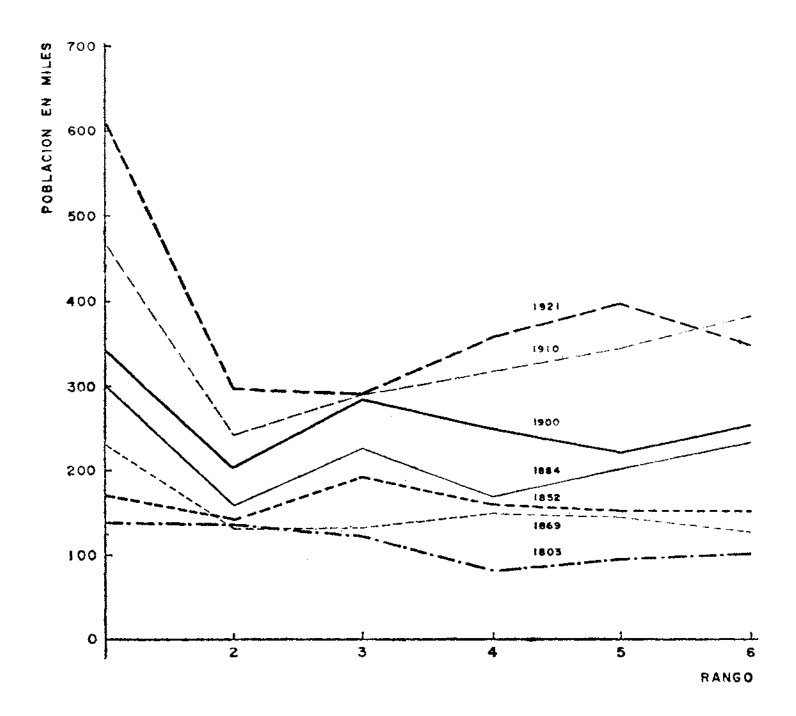
Ciudad	*Rango*	*Pob. en miles*	*Totales (pob. × rango)*
		[1803]	
México	1	138	138
Puebla	2	68	136
Guanajuato	3	41	123
Guadalajara	4	20	80
Morelia	5	18	90
Veracruz	6	16	96
		[1852]	
México	1	170	170
Puebla	2	72	144
Guadalajara	3	63	189
Guanajuato [a]	4	40	160
Mérida	5	30	150
Morelia	6	25	150
		[1869]	
México	1	230	230
Puebla	2	65	130
Guadalajara	2	65	130
Guanajuato	4	37	148
Morelia	5	25	125
Mérida	6	24 [b]	144
		[1884]	
México	1	300	300
Guadalajara [c]	2	80	160
Puebla	3	75	225
Monterrey [d]	4	42	168
Mérida	5	40	200
Guanajuato	6	38	252

Ciudad	*Rango*	*Pobl. en miles*	*Totales (pob. × rango)*
		[*1900*]	
México	1	345	345
Guadalajara	2	101	202
Puebla	3	94	284
Monterrey	4	62	248
Mérida	5	44	220
Guanajuato	6	42	252
		[*1910*]	
México	1	471	471
Guadalajara	2	120	240
Puebla	3	96	288
Monterrey	4	79	316
S. Luis Potosí	5	68	340
Mérida	6	63	378
		[*1921*]	
México	1	615	615
Guadalajara	2	149	298
Puebla	3	96	288
Monterrey	4	89	356
Mérida	5	79	395
S. Luis Potosí	6	58	348

[a] 1854; [b] Moisés González Navarro, *op. cit.*; [c] 1885; [d] 1882.

la época. También deberá ponerse mucha atención a las economías regionales y al grado en que las poblaciones cercanas secundarias logran una interacción comercial significativa, ya sea con poblados más pequeños de sus alrededores, con otros centros regionales de tamaño similar, o con la ciudad de México. Elaborar índices cuidadosos del crecimiento relativo sobre una base regional, podría ser la forma de explorar aspectos de la tesis de la colonización interna, además de obtener datos para poder examinar la hipótesis rango-tamaño.

GRÁFICA DE CRECIMIENTO DE CIUDADES MEXICANAS, 1803-1921



CAMBIOS EN LOS PATRONES DE URBANIZACIÓN EN MÉXICO, 1810-1910

Alejandra Moreno Toscano
El Colegio de México

Durante el siglo xix se registran importantes cambios en el sistema de ciudades de México. El siglo xix se inicia con un largo periodo de "estancamiento" de la ciudad de México y se cierra con el restablecimiento indiscutible de su primacía. En él se observa, además, una redistribución de los centros de poblamiento. Por una parte se desequilibra el viejo sistema colonial de ciudades de la zona del Bajío y del norte minero, y por la otra, surge un nuevo norte gravitando en torno a Monterrey y nuevos centros en la "tierra caliente". Sin embargo, a pesar de la aparición de estos nuevos centros se refuerzan algunas relaciones establecidas desde la época colonial. Las páginas que siguen intentan plantear algunos de los problemas que intervienen en esos cambios de equilibrio del sistema de ciudades.

I. *Los efectos de la guerra de Independencia*

1. *El teatro de la lucha*

La guerra de Independencia rompió el equilibrio urbano de la época colonial al afectar a las zonas que más se habían desarrollado en los últimos años del virreinato: el Bajío y la zona del camino México-Veracruz. En efecto, el centro agrícola-minero más próspero de los últimos años de la Colonia, el Bajío, fue el escenario de las más crueles luchas en los primeros años de la guerra de Independencia.

Cuando Ward viaja de Querétaro a Celaya en 1826,[1] describe un paisaje rural bien distinto del que había observado Humboldt. Ward se encuentra con grandes extensiones de terreno inculto "cubiertas de mimosas", sin ninguna huella de haber sido nunca aprovechadas para la agricultura. "Aunque se me aseguró —escribe— que gran parte de esa tierra había dejado de trabajarse durante la Revolución." [2]

Las consecuencias de los años violentos fueron muy importantes para el equilibrio agrícola de la zona. Las presas y los bordos de las haciendas propiedad de españoles fueron destruidas por los insurgentes.[3] Con ello, tierras que antes habían sido utilizadas en la agricultura de riego, quedaron reducidas a terrenos de temporal, pues la inestabilidad de la región y el abandono de las propiedades por los hacendados ricos impidió la reconstrucción de los sistemas de riego coloniales.

La guerra de Independencia produjo dos cambios fundamentales en el equilibrio de esta zona. En primer lugar, la incorporación de hombres a los ejércitos contendientes, durante los diez años que duró la guerra, redujo de manera considerable la mano de obra agrícola. Además, muchos de esos hombres se perdieron en la lucha misma (la tradición dice que Hidalgo, en la derrota de Arroyo Zarco, perdió más de 20 000 "indios"). Pero sobre todo, debe pensarse que al suspenderse la actividad de las minas de Guanajuato, se acabó con el principal mercado de productos agrícolas de la zona. Sin sistema minero que abastecer, la agricultura perdió el generador de su dinámica.

En 1827 las ciudades menores del Bajío y todas aquellas que de una u otra forma se encontraban ligadas a su zona, desde Salamanca y Celaya hasta Acámbaro, se encontraban "prácticamente en ruinas".[4]

[1] H. G. Ward, *México in 1827*.

[2] *Loc. cit.*

[3] Ward cita los casos de la Hacienda de Revilla en Arroyo Zarco (distrito de Tula), *op. cit.*, II, p. 413; y de la Hacienda de Jaral (distrito de Querétaro). II, 473.

[4] Ward, *op. cit.*, II, pp. 422 y 684.

El Bajío, la región más desarrollada de los últimos años del virreinato, había sido —quizás por eso mismo—, la "cuna" del movimiento insurgente, y en consecuencia, el teatro de la más violenta represión armada por parte de los ejércitos realistas.

Morelia, donde la mayoría de los propietarios rurales se ligaron a la causa insurgente, fue materialmente destruida. Años después, cuando Ward visita la ciudad, comenta que "serán necesarios todavía muchos años para reparar la ruina total" que ocasionó la guerra dentro de esa zona.[5]

Zitácuaro, importante cruce de caminos entre Michoacán y el valle de Toluca, correría un destino semejante. En Zitácuaro se había reunido la primera junta independiente, y esta "fatal distinción" (según la expresión de Ward) provocaría la destrucción de la población por las tropas de Calleja. En 1827 era ya evidente que nunca llegaría a recuperar su antigua importancia.[6]

El teatro de la lucha insurgente se extiende tan al norte como Valle del Maíz (San Luis Potosí), que será abandonado a raíz de la independencia.[7] Pero es hacia el sur, la zona de refugio de los insurgentes bajo las órdenes de Morelos, donde se concentraría la violencia después de 1812.

Los viejos centros mineros al sur de la cordillera volcánica (Sultepec, Temascaltepec y Zacualpan) fueron afectados de manera importante. Angangueo, un pequeño centro minero donde se explotaban todavía vetas superficiales antes de 1810, fue abandonado durante los años de lucha.[8] Tepatitlán (hacia el Balsas) tuvo que suspender sus trabajos cuando Vicente Guerrero secuestró los metales de la hacienda para pagar a sus tropas.[9]

Cuando los insurgentes, después del año de 1815 se ven

[5] Ward, *op. cit.*, II, p. 677.
[6] *Ibid.*, II, p. 384.
[7] *Ibid.*, II, p. 478.
[8] *Ibid.*, II, p. 387.
[9] *Ibid.*, II, p. 381.

obligados a localizar sus centros de operación guerrillera en pequeñas zonas de refugio. Tlalpujahua queda bajo el dominio de Rayón, y la población es abandonada por sus habitantes.[10]

La violencia en la zona del sur afecta tanto a esos pequeños centros mineros como a los centros productores de caña de azúcar.

Las viejas haciendas de caña al sur de Michoacán desaparecen durante esos años. Cuautla (Edo. de Morelos), situada en la zona de producción cañera más importante del país, fue sitiada en 1814, con consecuencias enormes para las haciendas azucareras de su zona.

Pero si el Bajío y la zona sur del eje volcánico se desquician seriamente durante esos años de lucha, no serían menores las consecuencias de la contienda en la zona del camino México-Veracruz.

El camino México-Veracruz representaba la única liga material entre la capital del virreinato y la metrópoli. Así pues, la ocupación de esta ruta fue uno de los principales objetivos insurgentes. Insurgentes y realistas se disputaron durante diez años el dominio de las tierras entre Perote y Jalapa. Los insurgentes procuraron destruir las partes del camino no controladas por los realistas. Todavía en 1827, Ward encuentra, al subir al altiplano, "huellas de devastación" a distancias iguales del camino antes y después de la ciudad de Jalapa.[11]

El puerto de Veracruz sería campo de batalla hasta 1823. La ciudad acabaría por ser abandonada por sus habitantes.[12]

Si seguimos las impresiones de Ward durante su viaje a México, las únicas zonas del país que no fueron afectadas durante la guerra serían las provincias del norte y la zona minera de Zacatecas.[13] A esa ruta podría quizás agregarse el sur extremo.

[10] *Ibid.*, II, p. 323.
[11] *Ibid.*, II, p. 198.
[12] *Ibid.*, II, pp. 174-6 y 263.
[13] *Ibid.*, II, p. 634.

2. *Los efectos de la guerra de Independencia en el sistema de ciudades*

a) *La salida de los españoles.* La violencia de la guerra de Independencia durante los primeros años produjo desplazamientos violentos de la población española asentada en las principales ciudades coloniales. Se sabe que cuando los insurgentes se dirigían hacia Guadalajara, el obispo, los miembros de la audiencia y todos los "vecinos de primera distinción", tomaron el camino de San Blas, abandonando la ciudad, para protegerse en Acapulco o en La Habana y alejarse del teatro de la lucha.[14]

Sin embargo, las primeras emigraciones importantes de españoles hacia la península comienzan a partir de 1814. Durante ese año salió de México, rumbo a Veracruz, con destino final en La Habana, Nueva Orleáns o Burdeos, el primer "convoy" de "europeos" llevándose consigo cinco millones de pesos. En octubre de ese mismo año, aunque Calleja trató por todos los medios de evitarlo, negándose inclusive a expedir pasaportes, saldría un segundo convoy de españoles, con un cargamento estimado en siete millones de pesos.[15]

Puede pensarse que la salida de estos españoles afectó más a las pequeñas ciudades, ya que los ricos comerciantes de México no abandonaron el país. Con estas emigraciones los pequeños centros de poblamiento perderían a los miembros de su élite local, compuesta de hacendados provincianos que en ocasiones formaban también el grupo de comerciantes y administradores públicos regionales. Sin embargo, esta emigración afectó también a grupos de comerciantes menores y personas poco acomodadas.

Conocemos, en este sentido, el caso característico de Oaxaca, donde de 82 tiendas que funcionaban antes de la indepen-

[14] Romeo Flores, *La Contrarrevolución en la Independencia.* México, El Colegio de México, 1969, p. 69.

[15] *Ibid.*, p. 78.

dencia, cerraron 52 durante los años de lucha, permaneciendo abiertas únicamente tres tiendas de "españoles".[16]

A pesar de que los tratados de Córdoba aseguraron al grupo español la libertad de trasladar sus fortunas a donde les conviniere,[17] y a pesar de que se ofrecía a los españoles garantías para permanecer sin problemas en el territorio, la salida de españoles parece haber sido constante, "intensificándose" después de 1821.[18]

Será en 1827 cuando se produzca la última salida de españoles con la ley llamada de expulsión.

Aun cuando todavía no se ha cuantificado el volumen de estas salidas –ni en lo que se refiere al número de personas, ni en cuanto al monto de los capitales que llevaron consigo– se han recogido observaciones muy indicativas en los trabajos más recientes sobre el tema.

En 1827 serían afectados por la ley de expulsión 770 españoles. Del Distrito Federal saldrían 559 personas de las cuales 83 eran "comerciantes", 84 "propietarios, capitalistas o empresarios", 102 frailes y el resto, "particulares, eclesiásticos, criados y mujeres".[19]

Según la opinión de Lorenzo de Zavala, la expulsión de 1827 afectó indirectamente a 10 000 familias y con ella "sufrió la República una enorme pérdida de capitales".[20] Lucas Alamán estimaba la salida de capitales en 1827 en 12 millones de pesos, aunque sostuvo siempre que la pérdida más importante había sido "la industria con que se hacían valer".[21]

Podría pensarse pues, que estas salidas de grupos "urbanos" afectaron de manera indirecta la estructura de las ciudades y su relación con el sistema urbano general. El vacío dejado por estos grupos en algunas ciudades sería llenado, años más tarde, por comerciantes ingleses, franceses o norteamericanos.

16 *Loc. cit.*
17 *Ibid.*, p. 87.
18 *Ibid.*, p. 95.
19 *Ibid.*, p. 136.
20 *Ibid.*, p. 135.
21 *Loc. cit.*

b) *Migración a las ciudades.* Pero sin duda el efecto de mayor importancia de estos años de inestabilidad fue la migración masiva de población a ciertos centros urbanos mejor protegidos. En la ciudad de México se encontraron siempre en esta época –según las observaciones que recogió Ward– los medios suficientes para reprimir "el espíritu licencioso generado por la guerra civil" y cualquier intento para resistir a la autoridad del gobierno.[22] Así, a pesar de que la ciudad perdió muchas de las obras de urbanización iniciadas por Revillagigedo (alumbrado, pavimentación),[23] y esto más por los "efectos desmoralizadores de la revolución" que por haber sido teatro efectivo de la lucha armada, comenzó a refugiarse en ella población de muchos sitios.

La ciudad de México tenía en 1810, 150 000 habitantes y en 1811 un total de 168 846.[24] La ciudad de Toluca, donde durante la Revolución "jamás faltó un buen pie de fuerza protectora", creció "notablemente" al decir de Carlos María de Bustamante, con los labradores ricos de la zona, que "no hallando seguridad en los campos" por las incursiones insurgentes, se

[22] Ward, *Mexico in 1827,* II, p. 240.

[23] *Loc. cit.*

[24] Los datos se recogen de Enrique Florescano, *Precios del maíz y crisis agrícolas en México, 1708-1810.* México, El Colegio de México, 1969, cuadro 18; Keith A. Davies, "Tendencias demográficas urbanas durante el siglo XIX en México", *Historia Mexicana,* XXI:3, 1972, proporciona las siguientes cifras: 1805 = 128 218; 1811 = 168 846; 1820 = 179 830; según Orozco y Berra *(Diccionario de Historia y Geografía,* México, 1855, vol. V, p. 779). "En 1811 el juzgado de policía formó el censo, encontrando 168 846 individuos, mas no era esa la población cierta, porque estaban incluidas multitud de familias que se habían refugiado en las provincias o en la capital por temor de los insurgentes, lo cual la hacía aumentar de manera momentánea, así fue que, cuando en 1813 el ayuntamiento constitucional hizo el alistamiento por orden del gobierno se hallaron 123 907 personas. El demérito se atribuyó a la epidemia de fiebres que entonces se padecía, de que murieron 20 385 individuos; pero aun suponiendo ya faltar este número se echan todavía de menos 24 550 almas para llegar al censo de 1811." Una copia de padrón del ayuntamiento de 1824 (totales por cuarteles) en Archivo del Antiguo Ayuntamiento, México, núm. de catálogo 4592.

"recogieron" en ella. El corregidor de Toluca pasaría a la posteridad por la "saña con que persiguió a los insurgentes" y porque "se aprovechó de semejante coyuntura y se dedicó al arreglo de la policía y construcción de algunos puentes y calzadas".[25]

Un papel semejante desempeñaría Guadalajara. La antigua ciudad capital de Nueva Galicia, a pesar de haber sido el centro de educación y administración de una amplia zona, nunca llegó a alcanzar el desarrollo de otras ciudades en la Colonia. En 1803, Guadalajara tenía solamente 19 500 habitantes (recuérdese que para esas fechas Puebla rebasaba los 50 000). Sin embargo, en 1823, Guadalajara había alcanzado los 46 804 y en 1827 los 60 000.[26] Bustamante no escondía su opinión de que fue el general Cruz, quien reprimiendo insurgentes "dio el ser a aquella ciudad en aquella malhadada época".[27]

En 1827 se consideraba a Guadalajara la segunda ciudad de la República, habiendo ganado el papel que antes ostentara Puebla.[28]

Querétaro, una ciudad de 40 000 habitantes llegó a tener, durante los primeros años de lucha insurgente —según las opiniones que recogió Ward—, "hasta 90 000". Esta población temporal la constituían propietarios de las haciendas de la zona que se refugiaron en la ciudad con sus "familiares y sirvientes";[29] además, agricultores pobres y jornaleros llegaban tam-

[25] Carlos Ma. de Bustamante, *Viaje a Toluca,* 1834, p. 55.

[26] Las cifras son de Ward, *Mexico in 1827,* II, p. 651.

[27] Bustamante, *op. cit.,* p. 55.

[28] Ward recoge interesantes observaciones sobre las mejoras que hicieron los gobiernos locales en el sistema educativo. Después de los años violentos de la lucha de independencia se establecen 4 imprentas en la ciudad, que se dedican a la edición de hojas volantes y periódicos políticos. La efervescencia de la ciudad en 1827 era tal, que Ward cree ver en ella "que la libertad de prensa ha degenerado en libertinaje", *op. cit.,* II, pp. 651 y 655.

[29] "The population of the capital by the last census appears to be 32 000; but the town is supposed to contain at leat 40 000 inhabitants. During the Revolution, 90 000 souls were often assembled in it, the proprietors of the neighbouring Haciendas being frequently compelled to take

bién a la ciudad a buscar medios de subsistencia cuando las zonas rurales quedaban convertidas en campo de batalla.

Como en el caso de Querétaro, es posible que estas migraciones masivas hayan sido solamente temporales. De ser así, se recogía una vieja tradición colonial de la ciudad en tiempos de crisis —función de toda ciudad antigua mejor protegida que el campo. Se pueden recordar algunos movimientos semejantes de migración temporal masiva hacia ciudades importantes del virreinato: Morelia, Guanajuato, Querétaro, Puebla, ciudad de México, durante las hambres que produjeron las crisis agrícolas de 1714, 1749-50 y 1785-86.[30] En las principales ciudades coloniales funcionaba siempre un pósito que vendía maíz a precios más bajos en épocas de carestía, y además, las autoridades encontraban siempre alguna manera de iniciar grandes obras públicas para dar trabajo a las clases menesterosas.[31]

De la misma manera como las viejas ciudades del sistema colonial "polarizan" a la población, a consecuencia de la guerra de Independencia, se verán crecer poblaciones antes prácticamente inexistentes, en las zonas marginadas de la contienda. El caso más interesante en esta época es sin duda el de Nuevo León. En esa provincia se refugia una parte de la población del centro y es probable que Monterrey se haya beneficiado directamente de esos desplazamientos.

> La guerra de independencia... ardiendo horriblemente en el interior del país, estando esta provincia en paz, hizo venir a ella una inmigración abundante que en tan corto tiempo duplicó el número de sus habitantes.[32]

---

refuge there with their families, and farming servants, while their property was laid waste by the contending parties." *Ibid.*, II, p. 417.

[30] Ver en Enrique Florescano, *op. cit.*, el capítulo "Las crisis agrícolas y sus consecuencias sociales y demográficas", pp. 154-159.

[31] En los libros de bautismo de la parroquia de San Bartolo Naucalpan se han encontrado menciones sobre las medidas que tomaban los curas párrocos para impedir la migración masiva de los indígenas a la ciudad de México (comunicación de Elsa Malvido).

[32] Emiliano Busto, *Estadística de la República Mexicana* (Anexo nú-

Pero así como llegan hombres de fuera a algunas ciudades, otras serán abandonadas. En Veracruz sólo quedan las familias más pobres que no pueden trasladarse a Alvarado. Y ni éstas viven en la ciudad; más bien preferirán levantar campamentos improvisados en los terrenos arenosos de los alrededores sintiéndose más seguros fuera de una ciudad atacada continuamente.

Todavía en 1823 Ward encuentra una Veracruz habitada por los verdaderos "desechos" de su antigua población.[33] Morelia, que llegó a tener 21 000 habitantes en 1805, en 1822 tenía solamente 11 890. Fuentes contemporáneas indican que en 1811 Morelia había sido prácticamente abandonada, quedando en ella apenas 3 000 habitantes.[34] Guanajuato, que entre 1793 y 1803 había aumentado su población un 42%, a partir de 1810 ve cortado definitivamente su desarrollo.[35] De manera semejante, las ciudades menores del Bajío, o los centros de población cercanos a la ciudad de México (San Ángel, Tacubaya, San Agustín de las Cuevas en Tlalpan),[36] se vacían durante los años de la guerra de Independencia.

c) *Los efectos en el equilibrio económico.* No sólo las ciudades, también el sistema colonial de ciudades será afectado profundamente por la guerra de Independencia. Cuando el camino de Veracruz es tomado por primera vez por tropas insurgentes en 1812 —el de Acapulco estaba cerrado prácticamente desde 1811— las autoridades virreinales se vieron obligadas a abrir nuevos puertos para mantener su liga con la metrópoli. Entonces se abrieron para el comercio con el inte-

mero 3 a la Memoria de Hacienda del año económico de 1877 a 1878). México, Imprenta de I. Cumplido, 1880, t. I, p. LXXX.

33 Ward, *op. cit.*, II, pp. 176 y 178.

34 Keith A. Davies, "Tendencias demográficas urbanas...", artículo citado.

35 *Ibid.*

36 Ver las observaciones de Ward para Tacubaya, II, p. 232; San Agustín de las Cuevas, II, p. 299; San Ángel, II, p. 224 y Chapultepec, II, p. 231.

rior, los puertos de Tampico, Tuxpan y Alvarado en el Golfo de México y de San Blas en el Pacífico.[37]

La apertura de estos puertos rompió temporalmente la vieja estructura monopolista del comercio colonial: México-Veracruz vía Puebla y la feria de Jalapa. En el norte minero, al abrirse Tampico, San Luis Potosí se convertiría en el centro distribuidor de los productos importados y llegaría a controlar el abastecimiento de una amplia región que llegaba hasta las minas de Zacatecas y Catorce. En el occidente, Guadalajara se benefició de ese mismo papel de distribuidor de productos extranjeros que llegaban por el puerto de San Blas.

El viejo puerto de San Blas, mantenido desde mediados del siglo XVIII como base de las exploraciones hacia la California, fue habilitado en 1796 como puerto de comercio para recibir los productos del Perú y Chile prohibidos en Acapulco.[38] Sin embargo, San Blas no alcanzaría su esplendor momentáneo sino hasta los años de la guerra de Independencia. Durante los primeros años del siglo XIX llegaban a San Blas mercancías de Perú o mercancías de las Antillas que preferían hacer el rodeo por Panamá para alcanzar con seguridad el mercado de la mesa central mexicana.[39] No es de extrañar, entonces, que sea precisamente durante estos años cuando el consulado de Guadalajara comience a defender la tesis de la libertad de comercio, enfrentándose directamente a los intereses del consulado de México. La apertura de San Blas permitía a los comerciantes de Guadalajara obtener los géneros europeos a precios menores, con mayor margen de ganancia y alegando

[37] Ward, *op. cit.*, I, 428. Hay que recordar que con la guerra entre España e Inglaterra y dentro de la política de libre comercio se permitió desde 1799 a buques de potencias neutrales, comerciar con América. Entre 1807 y 1810 los puertos de México habilitados al comercio exterior fueron Veracruz, Campeche y Sisal (Yuc.). Ver Miguel Lerdo de Tejada, *El comercio exterior de México*. Banco Nacional de Comercio Exterior, 1967.

[38] Joaquín Ramírez Cabañas, *Comercio extranjero por el puerto de San Blas en los años 1812-1817*. México, 1944 (Archivo Histórico de la Secretaría de Hacienda, vol. II), p. 32; ver también Marcial Gutiérrez Camarena, *San Blas y las Californias*. México, Jus, 1956.

[39] Ward, *op. cit.*, I, pp. 428-29.

inclusive, un beneficio al consumidor.[40] El enfrentamiento de ambos intereses llegó al grado de que, en 1816, el consulado de Guadalajara desobedeció públicamente un bando de Calleja que exigía se decomisara un cargamento desembarcado en San Blas para que fuera entregado al consulado de México.[41]

Habría que pensar, pues, en las consecuencias de la apertura de estos puertos. Por primera vez, después de tres siglos, el monopolio de la ciudad de México dejó de hacer sentir su presión.[42] Algunas zonas del interior del país recibieron los productos extranjeros a un precio accesible. Sin sobrecargar los productos con el costo del flete que se acumulaba al transportarlos por tierra de Veracruz a México y de ahí a las zonas del interior, éstos se recibieron en zonas alejadas al precio que antes sólo los recibía la ciudad de México.

La ruptura momentánea del monopolio México-Veracruz, permitió que se desarrollaran algunas líneas de comercio regionales. El puerto de Refugio abastecía Monterrey-Monclova-Saltillo;[43] los territorios de Texas comerciaron directamente con Galveston.[44] En el Pacífico, Mazatlán abastecería los centros mineros de Culiacán, Cosalá y Álamos, y Guaymas surgiría como puerto de comercio para Arizpe y Chihuahua manteniendo relaciones con lugares tan lejanos como Cantón y Calcuta.[45]

Esta situación tuvo una vida legal muy corta. Al consumarse la independencia se volvería al viejo patrón de comercio colonial. Veracruz recuperaría su papel de puerto único efec-

40 Ramírez Cabañas, *Comercio extranjero por el puerto de San Blas...*, p. 6.

41 *Loc. cit.*

42 *Vid.* Lerdo de Tejada, *op. cit.*, "segundo período 1778-1821", pp. 19 y 55.

43 Ward, *op. cit.*, I, p. 432.

44 *Ibid.*, I p,. 432: "they are now rising daily in prosperity, and have every prospect, from their vicinity to New Orleans, and from the facility of their communication with the coast, of being as well providen with the necesary supplies, as the capital itself".

45 *Ibid.*, II, p. 592 y 602.

tivo —a pesar de las declaraciones de libertad de comercio— en el comercio de los productos extranjeros. Pero la trascendencia de los hechos anteriores radica precisamente en que crearon condiciones que impidieron que la situación fuera "la misma" en el futuro. Veracruz era el único centro marítimo con "aduana", pero las tierras del interior no podían olvidar los beneficios adquiridos. Aquellos mismos centros que se beneficiaron temporalmente del desequilibrio del sistema colonial durante la independencia, se convirtieron en los principales centros del "contrabando".

Ward critica a los comerciantes ingleses que abrieron sus casas de comercio para productos europeos en la ciudad de México, siguiendo el mismo patrón de la Colonia. Con esto, los ingleses dejaron en manos de los americanos el control del comercio interior de la joven República. Sólo los americanos supieron aprovechar la coyuntura que les abría la posibilidad de introducir sus productos —por contrabando— a las tierras del interior de México. El auge comercial de San Luis Potosí durante los años siguientes a la independencia parece explicarse bien por ser éste el centro del tráfico "ilícito" de mercancías norteamericanas —y europeas— que se distribuían en la zona minera del norte.[46]

En 1824 un informante cuenta a Ward que vio en Guaymas, puerto todavía sin aduana, anclados simultáneamente 28 navíos cuyo cargamento se introducía obviamente *duty free*.[47]

Pero además de romper el equilibrio económico del comercio colonial, la guerra de Independencia provocaría una recomposición en ciertas zonas de producción agrícola. Durante los años de lucha, las pequeñas zonas productoras de caña

[46] "A very large proportion of the British manufactures at present consumed in Mexico passes entirely through the hands of North Americans; and after being landed by American ships at Tampico, Soto la Marina and Refugio, is disposed of, by American merchants at San Luis Potosí and Saltillo, where they have formed establishements and are in almost exclusive possesion of the trade of the country". Ward, I, p. 431.

[47] *Ibid.*, II, p. 602.

de azúcar de Michoacán, Jalisco o Veracruz, fueron abandonadas. En consecuencia, Cuautla-Cuernavaca se convertirían en el único centro productor de caña para el abastecimiento de un amplio mercado interior por intermedio de la ciudad de México. Cuautla pudo recuperarse muy pronto de los estragos de la lucha de 1814, al grado de que en 1826 Ward escribe que "no hay ninguna razón para creer que la producción total del valle haya excedido nunca a la actual".[48]

d) *Las consecuencias de la libertad de comercio.* El desequilibrio del patrón de ciudades coloniales se agudizará por otros hechos derivados de la independencia. Cuando la nueva República se abre al comercio extranjero, comienzan a llegar manufacturas europeas o norteamericanas que compiten favorablemente con las producciones locales. Era natural que esta nueva situación afectara precisamente a aquellas ciudades coloniales que habían podido desarrollar una industria textil más o menos próspera en los últimos años del virreinato.

Puebla comenzó a resentir la sustitución de sus productos textiles por tejidos ingleses más baratos y de mejor calidad. Cuando Ward visita la ciudad indica claramente que "dentro del sistema presente de libre comercio con Europa", era muy difícil que Puebla pudiera recuperar su antigua importancia. Opina por ello que más convendría al gobierno suprimir las viejas fábricas poblanas y dedicar toda la fuerza de trabajo a la agricultura, puesto que los propietarios rurales se quejaban continuamente de la falta de brazos.[49] Querétaro resintió los efectos de la libertad de comercio en forma semejante. A pesar de que en 1826 todavía la mitad de las casas de la ciudad se destinaban al comercio o a las pequeñas manufacturas de lana —para cubrir el contrato de abastecer al gobierno con las telas

[48] Ward, *op. cit.,* I, p. 70: sobre el abandono de ingenios azucareros; Ward, II, p. 64; Carlos Guillermo Koppe *(Cartas a la patria.* México, UNAM, 1955) que visita a México en 1830 registra un "gran ingenio azucarero" saqueado y abandonado durante la Revolución cerca de Paso de Ovejas, Veracruz.

[49] Ward, *op. cit.,* II, p. 280.

para uniformes militares— la demanda de los productos textiles de Querétaro comenzó a decaer desde la segunda década del siglo XIX.[50]

A pesar de los cambios mencionados, el sistema colonial de ciudades en el altiplano se prolongó durante la primera mitad del siglo XIX. Hasta 1837 se mantuvo el monopolio de un solo puerto de entrada para las mercancías extranjeras (Veracruz). En 1856 se permitió a los buques extranjeros detenerse en dos puertos nacionales: una vez para descargar efectos y la segunda para conducir pasajeros o correspondencia. Sería hasta 1877 cuando los buques extranjeros tendrían plenas libertades para cargar efectos en cualquier puerto de la República.[51]

Dado lo anterior podría pensarse que, mientras se mantuvo la vieja estructura monopolista México-Veracruz, los puertos menores se beneficiaron del comercio de contrabando. Esta situación permitió el desarrollo de algunas regiones que escapaban a la dependencia del centro. Paradójicamente, cuando el centro decide abrir al tráfico legal esos puertos y establece en cada uno de ellos su respectiva "aduana" centraliza nuevamente los beneficios del tráfico comercial. Es muy significativo que las cifras estimativas que se han recogido hasta ahora parezcan indicar que el crecimiento de la ciudad de México permaneció "estancado" entre 1820 y 1870.[52]

II. *Condicionantes externos del desequilibrio del sistema antiguo de ciudades, 1860-70*

1. *La guerra de secesión y el surgimiento de nuevas regiones*

Los años de la guerra civil norteamericana favorecen algunos desarrollos regionales en México. Es precisamente durante

50 *Ibid.*, II, p. 418.

51 *Exposición de la Secretaría de Hacienda de los Estados Unidos Mexicanos de 15 de enero de 1879 sobre la condición actual de México...* Toluca, Imprenta del Instituto Literario, 1879, pp. 328-330.

52 Keith A. Davies, "Tendencias demográficas urbanas..."

esos años cuando se sentarán las bases del desarrollo de la zona noreste.

Desde 1861, aun antes de que el bloqueo a los estados confederados se hiciera efectivo, los productores de algodón del sur de Estados Unidos comenzaron a restringir extraoficialmente sus exportaciones a Europa. Se buscaba, al parecer, que la carestía de la fibra inclinara a Inglaterra y a Francia —sus principales consumidores— a aliarse a la causa de los confederados. La "enorme carestía" del algodón, se haría sentir aún más en Europa, cuando el bloqueo se hizo efectivo en 1862.

Cuando Mobile y Savannah cayeron en poder de los yankis (1864) los estados del sur se vieron obligados a sacar sus productos —e introducir armas— por intermedio de territorio mexicano. De esta manera comenzó a desarrollarse una línea de tráfico: Piedras Negras-Monterrey-Matamoros. Tráfico en el que resultaría beneficiado sobre todo Monterrey. Vidaurri, el jefe político de la zona, recibía de la aduana de Piedras Negras, sólo por concepto de derechos sobre el algodón, 50 000 pesos mensuales.[53] En 1865 al cerrarse Charleston, el último puerto sudista, circulaban entre Texas y Nuevo León, 3 000 carros dedicados a ese comercio. El dinero tejano manejado en Nuevo León llegó a ser, entre 1862 y 1865, de tres millones de pesos en efectivo.[54] La coyuntura de la guerra de secesión permitió a algunos comerciantes de Monterrey —como Patricio Milmo— hacer grandes fortunas personales.[55]

[53] Isidro Vizcaya Canales, *Los orígenes de la industrialización de Monterrey. Una historia económica y social, 1867-1920*. Monterrey, Publicaciones del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, 1969, p. XIX.

[54] *Loc. cit.*

[55] Ronnie C. Tyler, "Cotton on the Border, 1861-1865", *Sothwestern Historical Quarterly*, LXXIII, núm. 4, abril 1970, pp. 456-477; Emiliano Busto, *Estadística de la República Mexicana...*, t. I, p. LXXX, recoge los siguientes datos: "En los 24 años transcurridos de 1827 a 1851, la población (de la provincia de Nuevo León) aumentó un 50% y un 33% en los últimos 22 que van de 1851 a 1873"; los datos recogidos por Keith A. Davies para la ciudad de Monterrey son los siguientes: 1862=13 500; 1869=14 000; 1881=40 000. "Tendencias demográficas urbanas..." *art. cit.*

Si pensamos además, que la producción de preguerra de algodón en los Estados Unidos no volvería a alcanzarse sino hasta 1879, nos explicaremos mejor el auge que tuvo, durante esa época, este cultivo en México. El algodón se introduce por esos años, como nuevo cultivo, en tierras de Chihuahua.[56] En 1864 desembarcaron "miles de extranjeros" —incluyendo algunos refugiados políticos— en el puerto de San Blas, para dedicarse al cultivo del algodón en el sur de Sinaloa.[57]

Otro centro que se beneficiaría de cierto desarrollo regional durante la guerra de secesión norteamericana sería Yucatán. La producción de algodón en Yucatán, mantenida como principal fuente de tributo durante la época colonial siguiendo la tradición prehispánica, se había visto afectada de manera importante durante los primeros años del siglo XIX. Con el espejismo del libre comercio, la "baratura de los tejidos americanos e ingleses" desplazaron del mercado a los tejidos de las fábricas locales. A pesar de todo, cuando en 1834 Pedro Baranda introduce en su fábrica "La Aurora" nueva maquinaria para los tejidos de algodón, el cultivo de la fibra pareció recuperar cierta vitalidad en la zona de Valladolid y Tizimín, al tener su consumo asegurado. En 1847, la guerra de castas destruyó "hasta las raíces" esa antigua industria.

Durante la guerra de secesión, el elevado precio del algodón en Europa fue un estímulo poderoso para que los agricultores se interesaran en su cultivo. En 1863 Yucatán exportó 4 000 pacas de algodón de a 300 libras cada una, destinadas al mercado europeo. En 1864 a pesar de haber sido "un mal año para la agricultura", las exportaciones desde Yucatán volvieron a rebasar el millón de libras de algodón.[58]

Con la caída de los confederados, al derrumbarse de nuevo el precio del algodón, decaería su cultivo en esta zona. Sin embargo, la relación con los mercados exteriores habría de man-

[56] Keith A. Davies, *art. cit.*

[57] Frédéric Mauro, "L'economie du Nordest et la Résistance a l'Empire". *La Intervención Francesa y el Imperio de Maximiliano cien años después.* México, 1965, p. 64.

[58] *Exposición de la Secretaría de Hacienda.*

tenerse: comenzaría a sustituirse entonces la siembra del algodón con las de una nueva fibra de exportación: el henequén.

Podría subrayarse que tanto Monterrey —y su zona de influencia— como Yucatán, surgieron de manera independiente al sistema urbano del altiplano. Monterrey logró, por ello mismo, crear una red de pequeños centros dependientes mucho más amplia de la que hubiera podido crear cualquier ciudad del centro gravitando en torno a México.

Hay que recordar, también, que con la guerra de secesión se suspendió el tráfico de la primera línea de vapores establecida entre Nueva Orleáns y Veracruz, abierta pocos años antes con el objeto de transportar algodón cosechado en el sur de los Estados Unidos y destinado a las fábricas de mantas establecidas en México.[59] De esta manera, las fábricas del centro se vieron reducidas a consumir sólo algodones producidos en las tierras del interior y en las tierras bajas de Veracruz. Durante esa época, la inestabilidad política y "otros desastres" se suceden en el centro del país, afectando el viejo equilibrio de su desarrollo.

Entre 1850 y 1870 el único cambio importante que afectaría directamente la vida de las ciudades del centro sería la desamortización de las corporaciones civiles y religiosas. Pero sin que podamos todavía señalar sus consecuencias (¿podría suponerse una tendencia hacia la "ruralización" del centro, dado el notable surgimiento de pequeños ranchos y centros de población menores?), al parecer la caída de los precios de los inmuebles urbanos resentida durante esta época,[60] afectó más profundamente la estructura interna de las ciudades que sus relaciones con el sistema urbano general.

2. *La apertura del ferrocarril transcontinental en Estados Unidos y la decadencia de los puertos mexicanos del Pacífico*

Durante la época colonial, aunque Acapulco era el único puerto del Pacífico habilitado para el comercio con Asia, la

[59] *Ibid.*

[60] Jan Bazant, *Los bienes de la Iglesia en México (1856-1875). Aspectos*

ruta de retorno del Galeón de Manila había permitido que surgieran otros pequeños puertos, como centros de abastecimiento o de resguardo de los buques, en el largo recorrido del tráfico con Filipinas. Surgieron así centros como Chacalo o Matanchel (más tarde trasladados a un nuevo sitio con el nombre de San Blas) y Mazatlán. La función de meras bases, "puntos de refresco", o de intermediarias del tráfico de mercancías de estos puertos menores del Pacífico quedaría así decidida desde sus orígenes.

A mediados del siglo XVIII, algunos de estos puertos (San Blas) cumplirían además la función de ser los centros de salida y retorno de las expediciones de exploración y abastecimiento de la costa de Alta California o los presidios de Sonora: dependiendo siempre más del centro del virreinato que de Guadalajara.

La función de puntos intermedios en el tráfico con California, de los puertos mexicanos del Pacífico, se mantuvo durante la primera mitad del siglo XIX. Cuando California pasa a formar parte de los estados de la Unión Americana, el camino más corto (en tiempo) para ligar los centros establecidos en ese extremo oeste norteamericano y los estados del Atlántico, pasaba por Panamá y subía, bordeando la costa, por Acapulco, San Blas, Mazatlán, hasta alcanzar San Diego y San Francisco. En este sentido, los puertos mexicanos del Pacífico se beneficiaban del tráfico entre las colonias norteamericanas, y su vida comenzó a depender más del comercio con California que de su integración al sistema de ciudades del altiplano mexicano.

Cuando en 1869 se unen al fin los ferrocarriles Central y Pacífico de Estados Unidos, el pequeño tráfico que había mantenido por muchos años la vida comercial de esos puertos, se termina de golpe. El comercio de cabotaje entre los puertos del Pacífico mexicano pierde con ello uno de sus principales motores. Sin esta relación con el exterior, los puertos-base —que dentro de la tradición colonial española no habían desarro-

económicos y sociales de la Revolución liberal. México, El Colegio de México, 1971.

llado un comercio importante con un mercado interior cercano— comienzan su larga historia de aislamiento. Son puntos desintegrados del sistema de ciudades que se desarrolla en el centro y que se vuelca cada vez más hacia las costas del Golfo.

Todavía muy avanzado el siglo XIX, podemos encontrar huellas de este tráfico entre California y los puertos mexicanos. Antes de que se inaugurara el ferrocarril que uniría a Yuma (Arizona) con San Francisco, el comercio entre esas dos poblaciones de los Estados Unidos, se hacía por intermedio de puertos mexicanos. Una compañía de San Francisco mantenía el comercio con el interior de Arizona tocando Cabo San Lucas-Mazatlán-Guaymas-La Paz o Ciudad Lerdo, para continuar desde allí por diligencia hasta el fuerte de Yuma.[61]

Los puertos del extremo norte del Pacífico mexicano se mantuvieron, en este sentido, más ligados al destino del comercio con los Estados Unidos, que con el interior del país.

III. *Los cambios provocados por el establecimiento de los ferrocarriles, 1880-1910*

1. *El efecto de los ferrocarriles sobre el antiguo patrón de circulación de productos*

La imagen provisional de las rutas de circulación de productos agrícolas que recoge el mapa 1, muestra la situación anterior al establecimiento de las grandes líneas de ferrocarriles a finales de siglo.[62]

Podría hablarse, en base a esta primera "impresión", que

[61] *Exposición de la Secretaría de Hacienda...*, pp. 64-76.

[62] Mapa construido con información de Emilio Busto, *Estadística de la República Mexicana...* Tomo III: "Informes emitidos por los agricultores". El mapa no es completo. Las respuestas al cuestionario del Ministerio de Hacienda recogidas en este volumen no cubren la totalidad del país. Sin embargo están registradas informaciones de casi todos los estados y el mapa proporciona una idea general bastante aceptable.

hacia 1880 existían dos sistemas de intercambio (ciudades-regiones) relativamente independientes.

El más complejo correspondería al viejo patrón de ciudades coloniales (México-Veracruz-Puebla-Guadalajara-Bajío) con extensiones importantes hacia el antiguo norte minero y la nueva región agrícola de La Laguna. El otro sistema gravitaba en torno a Monterrey y extendía su dominio sobre una amplia zona de influencia (San Luis Potosí-Chihuahua-Matamoros-Reynosa).

Habría que pensar, sin embargo, que la imagen recogida muestra, más que nada, un patrón de circulación en situaciones "excepcionales". ¿Hasta qué punto (y esto es válido para épocas anteriores), las condiciones de los caminos y medios de transporte permitían que se sostuviera una circulación permanente de productos durante todo el año? La diferencia entre un patrón de circulación de "tiempos de secas" y las posibilidades de integrar ciertas zonas en "tiempos de lluvias" nos inclinan a pensar que muchas regiones permanecen aisladas durante varios meses. Para citar un ejemplo extremo, podríamos referirnos a un caso de la zona del Bajío, tradicionalmente la más integrada por medio de caminos carreteros o de arriería. Todavía en 1877, el camino entre Valle de Santiago y Salamanca se consideraba "intransitable" en tiempo de aguas.[63] Durante ese tiempo, Moroleón quedaba separado de Morelia, por los "fangos intransitables" que se formaban en el antiguo vaso de la laguna de Cuitzeo.[64]

Al plantearse el problema de circulaciones estacionales, tendrían que considerarse otros aspectos. De los informes de los hacendados que recoge Emiliano Busto, parece desprenderse la impresión de que las grandes líneas de comercio interregional —salvo en el caso del algodón de La Laguna dirigido a México, Puebla y Guadalajara; o en el caso del garbanzo de Irapuato destinado al consumo de México, Zacatecas, Aguascalientes y San Luis Potosí—[65] se establecen únicamente cuando

[63] Emiliano Busto, *op. cit.*, t. III, pp. 94 *s.*

[64] *Ibid.*, p. 95.

[65] *Ibid.*, III, pp. 100-106.

hay un desequilibrio en los precios regionales de los productos. Es decir, cuando los altos precios provocados por una escasez regional de granos, permiten cubrir el costo del flete entre poblaciones distantes. Silao, Gto., comercia regularmente sólo con las poblaciones cercanas de León, La Luz e Irapuato; pero "en años malos para los agricultores de San Luis Potosí, la plaza de su capital se constituye mercado del maíz" producido en esa zona.[66] Era pues, muy frecuente, que cuando resultaba incosteable transportar los productos, éstos se vendieran en los mercados locales "envileciendo" los precios.[67]

Uno de los primeros cambios que produciría la apertura de las líneas de ferrocarriles, sería, precisamente, permitir la circulación permanente de algunos productos a distancias mayores. Sin embargo, Coatsworth ha demostrado que la reducción de estos costos por el desarrollo de los ferrocarriles, benefició desproporcionadamente a los artículos destinados a la exportación (productos agrícolas tropicales y producción minera), discriminando, de manera importante, a todo producto destinado al consumo interno (local o interregional). Los ferrocarriles en México funcionaron, durante los últimos años del siglo XIX, con tarifas discriminatorias que favorecían el transporte a gran escala de producciones destinadas a distancias mayores. La introducción de los ferrocarriles trajo, en consecuencia, efectos depresivos para los pequeños productores que satisfacían mercados locales o interregionales.[68]

De esta manera, la introducción de los ferrocarriles modificó sólo relativamente el viejo patrón de circulación de productos. Éste tenderá a pervivir en condiciones aún más difíciles, al descuidarse sistemáticamente los caminos locales (carreteros o de herradura). Así pues, los "efectos depresivos" de la introducción de los ferrocarriles, se resentirán con toda su im-

[66] *Ibid.*, III, pp. 80-89.

[67] *Ibid.*, III, pp. 6-16 y 80-94, también las observaciones de Keith A. Davies, "Tendencias demográficas urbanas..." ya citado.

[68] John H. Coatsworth, "Porfirian railroads and the Economic Development of Mexico", ponencia presentada en la convención de la American Historical Association, 1970 (mimeografiado).

portancia en la antigua zona de agricultura de cereales. Es muy significativo que sea precisamente esa zona, la que se convierta en zona "de expulsión" de población al cerrarse el siglo XIX (ver mapa 2).

2. *El tiempo-distancia*

Desde el establecimiento de la primera línea de ferrocarril México-Veracruz, comienzan a resentirse los efectos de los ferrocarriles sobre el viejo sistema de caminos coloniales. Al acortarse el tiempo por distancia de recorrido, antiguos centros que se habían visto favorecidos por actividades de abastecimiento y remuda, dentro del sistema de arriería, pierden su antigua importancia.

> ...el establecimiento (del ferrocarril México-Veracruz) ha sido ruinoso para los estados de Veracruz, Tlaxcala, Puebla y el mismo México, pues se han visto esas entidades, de un día a otro, privadas de un movimiento de un millón ochocientos mil a dos millones de pesos, que producía el antiguo tráfico de diligencias, carros y atajos.[69]

Este problema de recomposición de las centrales de tráfico en los productos, se resiente profundamente durante los últimos años del siglo XIX y fue visto claramente por los contemporáneos:

> Nosotros vemos que durante la construcción de una vía férrea se ocupan brazos mil, lo cual redunda, sobre todo, en bien de nuestros artesanos y de la clase menesterosa; mas concluida aquélla los habitantes de innumerables poblaciones, principalmente las de tránsito, se quejan de la falta de movimientos entre ellos, pues dicen todos los carreros, arrieros, cargadores, etc., que fuertes trenes para conducir grandes partidas de animales de tiro y carga (o) enormes cantidades de semillas, desaparecen con el

---

[69] Información de J. Colombres, del estado de Puebla, en Emiliano Busto, *op. cit.*, t. III, p. 169.

establecimiento de un camino de fierro, y ven todos sus hoteles y posadas casi desiertos, porque todos los arrieros y conductores de semillas son los que los habitan, dando ser y vida a su comercio, porque ellos son también los que hacen el consumo de sus víveres. Por otra parte, agregan, los hacendados sufren igualmente por el sobrante de algunos de sus efectos que no puede conducir el ferrocarril, y por este estilo toda la clase social participa de estas tristes consecuencias.[70]

Así pues, el establecimiento de los ferrocarriles trajo importantes efectos para la economía del país. Algunos hacendados consideraban que el ferrocarril, "fuente de bienestar en un país rico, empobrecía más un país pobre". Cuando el ferrocarril desplaza a los arrieros, carreteros y cargadores, estos "brazos antes ocupados, no han hallado quehacer, o han disminuido el que otros tenían, determinando así una pobreza general y ruina de muchos comerciantes en pequeño".[71] He ahí pues, la contradicción de la modernización prevista al favorecer la introducción de los ferrocarriles. El establecimiento de las rutas ferroviarias no obedeció a requerimientos de tráfico interior, sino más bien a la necesidad de acortar las distancias para el tráfico externo. Algunos hacendados vieron claramente la contradicción surgida por el hecho de que la agricultura, la industria y el comercio debían preceder a los ferrocarriles, y no éstos a aquéllos:

> Cuando en el país haya grandes centros agrícolas, actividad y bonanza en las minas y fábricas... los ferrocarriles se harán como por encanto y no se verá el fenómeno raro de que un ferrocarril empobrezca a los pueblos.[72]

Antiguas poblaciones situadas a una jornada de camino de la ciudad de México: Tlalnepantla, Cuautitlán, Ecatepec,

[70] Información de varios hacendados de Cadereyta, Qro., en Emiliano Busto, *op. cit.*, pp. 183-188.

[71] Información de Pablo Orsini, de San Carlos, Veracruz, en Emiliano Busto, *op. cit.*, III, pp. 223-229.

[72] *Ibid.*, p. 229.

Chalco, etc., resentirán consecuencias semejantes cuando se establezcan las grandes líneas de ferrocarriles. Estas poblaciones —antiguos centros de distribución de productos— se verán obligados a volverse hacia la ciudad de México para asegurar su abastecimiento. Con esta variación de equilibrio se inicia definitivamente el proceso de dependencia que acabará con su integración física a la capital en nuestros días.

Si el establecimiento de las grandes líneas de ferrocarril produjo el acercamiento espectacular de la frontera norte al sistema central del altiplano (ver el mapa 3), su contrapartida no parece menos importante. Con el establecimiento de líneas de ferrocarril volcadas hacia el norte y el golfo, una gran extensión de territorio, hacia el sur y el Pacífico, se aleja en proporciones relativas de manera aún más espectacular. La desintegración de la zona del Pacífico frente al sistema de ciudades del altiplano, la reafirmación de una liga del Pacífico norte con los Estados Unidos, marcarán el destino de estas regiones durante los años siguientes.

3. *La primacía de México y la persistencia de estructuras coloniales*

El establecimiento de las grandes líneas de ferrocarril, al beneficiar a los grandes exportadores —generalmente establecidos en la ciudad de México— favorece una nueva centralización de los beneficios económicos. Coatsworth sostiene que, además, el establecimiento de los ferrocarriles legitimó, con su éxito, la capacidad del régimen porfiriano de imponer los intereses del grupo gobernante (central) sobre los de la nación.[73] Durante la época porfiriana, el gobierno asumiría un papel cada vez más importante en las decisiones económicas. Centralizó las finanzas públicas y controló el acceso a los mercados de capital extranjero.[74]

[73] Coatsworth, *op. cit.*, p. 21.
[74] *Ibid.*, p. 10.

La concentración de los recursos a nivel federal, "la federalización", centralizó desde los recursos fiscales hasta las decisiones sobre el destino y uso de los principales ríos, pasando muchas veces sobre los intereses regionales.[75]

Dentro de este contexto es muy significativo señalar que entre 1877 y 1910, la ciudad de México duplicó el número de sus habitantes, pasando de 200 000 a 400 000.[76] Un aumento de tales proporciones en una ciudad sin recursos creados para absorber esa población abre, durante esa época, nuevos ciclos de centralización de recursos que traerán consecuencias muy importantes. Es precisamente durante esa época que se inicia el proceso de conducción de agua potable a México, afectando primero el agua del desierto, la de Río Hondo y la de Xochimilco hasta la absorción final del agua del valle de Toluca.

Puede así sostenerse que a finales del siglo XIX y durante las primeras décadas del XX, la ciudad de México volvió a recuperar la situación de predominio que había ejercido sin disputa durante la época colonial.

Podemos ilustrar indirectamente este proceso, al analizar las relaciones de la ciudad de México con el puerto de Veracruz.

Veracruz funcionó durante toda la época colonial, como un simple puerto "episódico" animado anualmente con la llegada de las flotas.[77] Por ello, la ciudad de México actuó siempre como el centro efectivo de control y distribución de las mercancías que "pasaban" por Veracruz. Las mercancías importadas solían, por esta situación, sufrir un doble registro: el de la aduana de Veracruz y el de la aduana de México.

Esta relación logró pervivir durante el siglo XIX —aun a pesar del desafío a la primacía de la ciudad de México que significó el surgimiento de algunos puertos regionales— y se

[75] Ver Clifton Kroeber, "La cuestión del Nazas hasta 1913", *Historia Mexicana,* XX:3, 1970.

[76] *Estadísticas Sociales del Porfiriato,* México, 1956, El Colegio de México.

[77] P. Chaunu, "Veracruz en la segunda mitad del siglo XVI", *Historia Mexicana,* IX:4, 1960.

agudizó nuevamente con el establecimiento del ferrocarril que unía a las dos ciudades.

En 1873, los comerciantes de la ciudad de México pidieron al ejecutivo que se habilitara a su ciudad como "puerto de altura".[78] Esta pretensión extraordinaria –contraria a toda lógica geográfica– muestra, con un ejemplo extremo, la permanencia de un control ejercido desde antiguo. Los comerciantes de México sostenían que al declarar esta ciudad "puerto de altura", las mercancías no tendrían por qué ser desembarcadas en Veracruz y se evitaría el pago doble de derechos, concentrando todas las funciones del puerto en la ciudad de México.

Es natural que ante esta amenaza, los comerciantes y el ayuntamiento de Veracruz reaccionaran violentamente poniendo en duda las facultades del ejecutivo para emitir una declaración semejante. No podían aceptar que la ciudad de México fuera declarada legalmente "puerto marítimo" puesto que con ello, Veracruz quedaría reducida, simplemente, a una función de "muelle", perdiendo toda posibilidad de desarrollo. A pesar de que la petición de los comerciantes de México no tuvo efecto, la fuente indica que "siempre que algún comerciante (de México) ha pedido que sus mercancías se despachen en esta capital y no en Veracruz, se ha decretado así de conformidad".[79] Se mantenía así "de hecho" una relación de dependencia Veracruz-México, que recuerda mucho a la situación sostenida durante la Colonia.

4. *El surgimiento de nuevas ciudades*

El interés del gobierno en la exportación de productos agrícolas tropicales, se traduce indirectamente, en el surgimiento de algunas ciudades en los "balcones" de la tierra caliente. A finales de siglo, entre las ciudades que muestran un mayor aumento de población (mapa 2) se encuentran, precisamente, los centros situados en el límite de las tierras calientes, donde

[78] *Exposición de la Secretaría de Hacienda...*, pp. 395-397.
[79] *Ibid.*, p. 398.

comienzan a desarrollarse los nuevos cultivos. Así, ciudades situadas en zonas más templadas dominando una zona de tierra caliente, se benefician con la concentración y distribución de los nuevos productos. El crecimiento de Uruapan, dominador de la zona de Apatzingán; de Ciudad Guzmán, dominando la zona cañera de Tamazula; de Córdoba, dominando las tierras bajas de Veracruz, parecen relacionarse con este proceso.

Un caso especialmente importante de crecimiento de estas nuevas ciudades, ligado al mismo tiempo con el establecimiento de los ferrocarriles y el auge de cultivos de exportación es el de las ciudades de Lerdo, Gómez Palacio, y Torreón en La Laguna. Además de presentar unos de los mayores crecimientos particulares de población a finales de siglo, juntas llegan a sumar más de 100 000 habitantes en 1910.

IV. *Nota final*

En el trabajo de Luis Unikel y Andrés Necochea sobre sistema de ciudades en México (1960) se demuestra la existencia de varios subsistemas de ciudades que nos interesa recoger aquí, para señalar algunas persistencias de los patrones urbanos establecidos durante el siglo XIX. En el estudio citado se muestra la existencia de ciudades "dependientes" de México (Puebla-Toluca-Querétaro-Pachuca) "con una relación muy débil con el resto de las ciudades del sistema"; la conformación de un subsistema de ciudades en el Bajío (Celaya, Irapuato, León) "y seguramente Guanajuato, Salamanca, Cortázar y otras ciudades menores"; el subsistema de las ciudades de la costa del Pacífico "con tendencia a gravitar sobre Mexicali y Tijuana, y, por lo tanto, probablemente, sobre los Estados Unidos de América"; Orizaba y Jalapa que "tienden a su vez a gravitar sobre Veracruz"; y otros centros urbanos sobresalientes como Monterrey; además de ciudades aisladas del sistema como Mérida, Durango y Villahermosa.[80]

[80] Luis Unikel y Andrés Necochea, "Jerarquía y sistema de ciudades en México", *Demografía y Economía*, vol. V, núm. 1 [13], México, El Colegio de México, 1971, pp. 38 *s.*

HISTORIA DE LA EMIGRACIÓN MEXICANA, 1900-1970. LITERATURA E INVESTIGACIÓN

Arthur F. Corwin
Universidad de Connecticut

I. *Estudios realizados por historiadores y especialistas en ciencias sociales*

Si la migración masiva de trabajadores mexicanos hacia el suroeste no se hubiera efectuado en el siglo veinte, es probable, como observó Ruth Tuck en *Not with the Fist, Mexican Americans in a Southwest City*,[1] que sólo "corrientes secundarias" de hispanohablantes hubieran sido arrastrados por la corriente principal de la vida norteamericana, tal como lo fueron en California hacia el año de 1900. Quizá esos grupos se hubieran convertido en pueblos pintorescos de regiones aisladas, como el norte de Nuevo México o el sur de Texas. Pero la migración en masa se dio al iniciarse este siglo, abriendo un nuevo capítulo en la colonización y desarrollo del suroeste norteamericano. La magnitud de este fenómeno se puede medir visualmente por la diferencia que existe entre un barrio chicano y una misión española restaurada. Sin embargo, este capítulo —ahora de tanta importancia para el movimiento de estudios étnicos— ha sido descuidado casi completamente tanto por los historiadores norteamericanos como por los mexicanos.

Este descuido podrá parecer sorprendente si se considera la cantidad de historiadores que se han dedicado al estudio de la colonización española, mexicana y angloamericana en

[1] Harcourt, Brace, 1946, pp. 29 *s*.

las zonas fronterizas. Algunos ejemplos sobresalientes serían: Hubert H. Bancroft y sus *Obras* monumentales, Herbert E. Bolton y la "Escuela de Berkeley" de historiadores de zonas fronterizas; Charles W. Hackett y la "Escuela de Texas" de historia del suroeste, así como Walter Prescott Webb, Paul Horgan, Carlos E. Castañeda o Vito Alessio Robles de México. También podríamos añadir algunos antropólogos, que han propuesto nuevas interpretaciones de los patrones de colonización y asentamiento suroccidentales, como Edward H. Spicer o Jack D. Forbes.

La falta de interés en la migración mexicana moderna por parte de los eruditos de la historia resulta aún más notoria cuando se toman en cuenta las múltiples historias generales dedicadas a los diversos grupos de inmigrantes. Muchas de esas obras, apenas mencionan a los mexicanos, como *The Uprooted: The Epic Story of Great Migrations that Made the American People,* de Oscar Handlin.[2] En otras obras generales sobre la inmigración a Norteamérica, los mexicanos reciben, cuando mucho, un reconocimiento de paso, o se les agrupa junto con los filipinos, orientales, puertorriqueños, portugueses, griegos y otros recién llegados, en un capítulo marginal. Así sucede en la destacada investigación de Carl Wittke, *We Who Built America, The Saga of the Immigrant.*[3]

La explicación parece ser que los historiadores profesionales se han interesado primordialmente por las fuerzas formativas o institucionales. Ciertos grupos de inmigrantes que contribuyeron, especialmente en la época colonial, a conformar las instituciones básicas y la cultura nacional, han recibido naturalmente más atención de parte de los historiadores; tal es el caso de *The Atlantic Migration, 1607-1860,* de Marcus Handlin.[4]

Los historiadores profesionales han pasado por alto el papel formativo de la migración mexicana en el desarrollo del

[2] Grosset y Dunlap, 1959, 310 pp.
[3] Prentice-Hall, 1940, 547 pp.
[4] Harvard University Press, 1940, 391 pp.

suroeste moderno, o han dudado de él, pero el señor Carey McWilliams, un maestro de la narración, no lo ha hecho. Es significativo que el primer intento de una interpretación histórica completa de la colonización mexicana, antigua y reciente, en los Estados Unidos, haya sido escrita por este periodista brillante y audaz que más tarde se convirtió en editor del periódico ultraliberal *The Nation*. En *North from Mexico, the Spanish-Speaking People of the United States,*[5] McWilliams rastreó todo el flujo de la migración mexicana hacia el norte desde los tiempos de la Colonia hasta la mitad del siglo XX. Debido a que el autor escribió con un tono apasionado a favor de esa minoría menospreciada y en contra del sistema explotador en los estados de la frontera, su libro se ha convertido en un clásico no sólo de la historia, sino de la literatura norteamericana sobre la guerra-contra-la-pobreza.

Debido a las necesidades chicanas de un libro de texto, el libro de McWilliams ha sido reimpreso por Greenwood Press (Nueva York, 1968). El nuevo capítulo introductorio no menciona los múltiples logros en materia de educación, derechos civiles y económicos que han alcanzado los mexicano-norteamericanos, desde la segunda Guerra Mundial.

La versión de McWilliams sobre cómo los "anglos" invasores abusaron de los indígenas inocentes y de los trabajadores migratorios recién llegados, ha sido traducida al español con el título: *Al norte de México, el conflicto entre "anglos" e "hispanos"*.[6] Igualmente importante desde el punto de vista de la difusión masiva del *mcwillianismo* entre grupos étnicos hipersensibles, es que la División de Cine Educativo de Greenwood Press (donde McWilliams aparece como accionista) ahora esté dando a conocer una cinta sonora a color, en 16 mm., con duración de veinte minutos, titulada *North From Mexico;* la cinta muestra el desarrollo de la historia mexicano-norteamericana desde la exploración y colonización española. Según sus productores, este material didáctico visual para todos los

[5] Lippincott, 1948, 323 pp.
[6] Siglo XXI Editores, 1968, 375 pp.

niveles de enseñanza, "revela el racismo, la incomprensión, y las distorsiones de la realidad que han convertido en víctima desde hace mucho a este grupo minoritario, el segundo en magnitud de Norteamérica".

McWilliams ha escrito muchos otros artículos y libros de protesta que atacan los prejuicios norteamericanos y a quienes pretenden disolver los sindicatos agrícolas, para esclavizar a los trabajadores migratorios, especialmente en California y en Texas. La más valiosa de estas obras es *Factories in the Fields*.[7] Recientemente se convirtió en el fundador espiritual y consejero editorial del nuevo *Journal of Mexican American History*, iniciado por un grupo de estudiantes chicanos de la Universidad de California en Santa Bárbara. El primer número de esta revista apareció en septiembre de 1970.

En suma, el *mcwillianismo* es como un monolito solitario que domina todo el tema de la historia mexicano-norteamericana y, desde luego, el de la emigración. Si hacemos a un lado sus escritos y algunas publicaciones recientes de tipo etnológico, podemos decir que aún no hay un cuerpo de literatura histórica sobre la migración y la colonización mexicana moderna en los Estados Unidos.

Hay, sin embargo, estudios históricos importantes, específicamente sobre la inmigración mexicana en el siglo XX, que aún no se han publicado. Uno que merece mención es "Mexican Emigration to the United States, 1910-1930", de John R. Martínez. Esta tesis doctoral[8] es hasta el momento la única información histórica general del primer éxodo mexicano hacia los Estados Unidos. Se trata de un estudio objetivo, basado en fuentes primarias y secundarias, aunque Martínez no pudo utilizar las fuentes consulares mexicanas. Algunas otras tesis doctorales importantes son la de George O. Coalson, "The Development of the Migratory Farm Labor System in Texas, 1900-1954",[9] y la de Abraham Hoffman, "The Repatriation of Mexican Nationals from de United States during the Great

[7] Little, Brown, 1939, 334 pp.

[8] Historia, Universidad de California, Berkeley, 1957, 176 pp.

[9] Historia, Universidad de Oklahoma, 1956, 242 pp.

Depression",[10] que hace un uso extensivo del material de los Archivos Nacionales de los Estados Unidos.

Hay algunos ejemplos de tesis de maestría que presentan en una perspectiva histórica extractos de audiencias e informes del Congreso sobre la fuerza de trabajo mexicana y la política migratoria de los Estados Unidos hacia México: "The Policy of the United States toward Immigration from Mexico", de Joe W. Neal[11] y "American Attitudes toward Mexican Immigration, 1924-1952", de Robert J. Lipschultz.[12]

Hasta ahora, la mayor parte de la literatura étnica escrita por mexicano-norteamericanos, como el especialista en ciencias políticas Ralph Guzmán o el antropólogo Octavio Romano (uno de los fundadores de *El Grito, A Journal of Contemporary Mexican-American Thought,* revista trimestral creada en 1968),[13] se ha interesado primordialmente en la experiencia política y social chicana en los Estados Unidos y en la refutación de los "estereotipos mexicanos"; no ha ahondado mayormente en la historia de la emigración mexicana y sus raíces culturales. Debido a que aún son muy pocos los chicanos preparados en el campo de la historia que se dedican a la investigación, no es sorprendente que la historia de la migración de La Raza aún esté por hacerse.

Sin embargo, algunos historiadores están preparando libros de texto para estudios mexicano-norteamericanos, tales como George O. Coalson y Ward S. Albro de la Universidad A & I de Texas en Kingsville, Matt S. Meier de la Universidad de Santa Clara y Feliciano Rivera del San José State College, y dedican su atención a la migración de La Raza. Además, algunos de los centros de estudios mexicano-norteamericanos dotados de becas de investigación empiezan a orientarse en esta misma dirección; lo mismo están haciendo algunas de las nuevas revistas étnicas, como *Aztlán, Chicano Journal of the Social*

[10] Historia, Universidad de California del Sur, 1970, 281 pp.
[11] Universidad de Texas, 1941, 260 pp.
[12] Universidad de Chicago, 1962, 119 pp.
[13] Quinto Sol Publications, Berkeley, California.

Sciences and Arts.[14] Esta revista, lanzada en la primavera de 1970, también patrocina una serie de monografías que incluirá una historia de *Los Repatriados, 1930-1935*. Otra nueva publicación, ya citada, el *Journal of Mexican-American History*, tiene un interés natural en estudios similares.

En las diversas relaciones de investigaciones preparadas hasta ahora por especialistas en ciencias sociales, educadores e historiadores, la que presta mayor atención a la colonización mexicana es *A Documentary History of the Mexican Americans*,[15] redactada por Wayne Moquin, un editor profesional, junto con Charles Van Doren; el libro tiene una introducción del historiador Feliciano Rivera. Las selecciones, sin embargo, dicen muy poco sobre La Raza y demasiado sobre los muy conocidos episodios del viejo suroeste bajo la influencia de España y México. Cuando los editores tratan la migración mexicana, es para destacar, a la McWilliams, la explotación que hacen los "anglos".

Tal como hemos tratado de explicar, los historiadores profesionales generalmente han menospreciado los estudios sobre la emigración mexicana. Sin embargo, a principios del siglo XX el tema llamó la atención de los especialistas en ciencias sociales. La emigración mexicana parece haber coincidido accidentalmente, con el auge de las ciencias sociales en las universidades del suroeste hacia 1920 y 1930. Los mexicanos que vivían en las márgenes de la comunidad del suroeste, se convirtieron en una especie de laboratorio vivo para el asesor de tesis y sus alumnos de posgrado en ciencias sociales. Al igual que los primeros misioneros, estos especialistas empezaron a producir pronto un torrente de observaciones sobre los "pobres mexicanos" del Viejo México, que invadían el "lado equivocado del camino". Fenómenos como el del mexicano migratorio y el problema de la asimilación, pronto se convirtieron en asuntos de preocupación compasiva para sociólogos como

[14] Centro Cultural Mexicano-norteamericano, Universidad de California, Los Ángeles.

[15] Praeger, 1971, 399 pp.

Emory S. Bogardus de la Universidad de California del Sur, y para el eminente antropólogo mexicano Manuel Gamio. Sea como fuere, en los últimos cincuenta años los especialistas en ciencias sociales han producido los más notables estudios sobre los emigrantes mexicanos y sus descendientes chicanos en los Estados Unidos. Aquí sólo tenemos lugar para mencionar unas cuantas de las obras que serían de utilidad para los historiadores de la emigración mexicana.

Un punto de partida para cualquier análisis serio de la literatura sobre emigración mexicana, es "Mexican Labor in the United States",[16] de Victor S. Clark. Este informe, el primero en su género, llamó la atención sobre la rápida expansión del peón mexicano en los estados del suroeste y otros lugares. El economista Clark, que había viajado mucho por Mexico y el suroeste, atribuyó los principios de esta migración a las minas y ferrocarriles, ubicados en el norte de México (muchos de ellos con dueños norteamericanos) que reclutaban trabajadores: campesinos provenientes de la populosa planicie central; de allí cruzaban la frontera para obtener salarios más altos en minas, ferrocarriles y agricultura norteamericanos, mediante los centros de reclutamiento de trabajo existentes en El Paso, Eagle Pass y Laredo. Este proceso, según Clark (p. 470) "llevaba al habitante del centro de México, que se encontraba a mil millas de su hogar, a unas cuantas millas de la frontera; y los patrones norteamericanos, ofreciendo mejores salarios, tuvieron pocas dificultades en atraerlo a través de esa línea divisoria no muy temible". El estudio de Clark también es significativo porque verifica el hecho de que la utilización a gran escala de la fuerza de trabajo migratoria mexicana, precedió al estallido de la Revolución Mexicana y a la adopción de leyes de cuota de los Estados Unidos para excluir otras fuentes de "fuerza de trabajo extranjera barata".

Después del estudio de Clark, la utilización del trabajo de peón mexicano continuó su curso expansivo a lo largo de las

[16] *Boletín* de la Oficina de Trabajo de los Estados Unidos, núm. 78, septiembre 1908, pp. 466-522.

arterias de ferrocarril de los Estados Unidos, pero durante varios años no aparecieron estudios o informes importantes de este fenómeno de inmigración ilícita. Sin embargo, durante los años de 1920, varios especialistas en ciencias sociales tomaron interés especial en la presencia, que aumentaba rápidamente, de trabajadores mexicanos y de sus familias, estimulados por las demandas de trabajo de la primera Guerra Mundial y por la agitación revolucionaria y la miseria en el México rural. Max S. Handman, un economista de la Universidad de Texas, clasificó a los inmigrantes mexicanos y a los trabajadores eventuales en distintos grupos sociales y explicó las causas salario-fuerza de trabajo de la emigración en dos artículos importantes: "The Mexican Immigrant in Texas" [17] y "Economic Reason for the Coming of the Mexican Immigrant".[18]

Varios especialistas en ciencias sociales y personas informadas, incluyendo a Clark, Handman y Paul S. Taylor, colaboraron en una excelente relación sumaria de la "Inmigración mexicana" durante el periodo de 1900 a 1930 en *Survey of American Foreign Relations* de Charles P. Howland.[19] Este volumen, dedicado en su mayor parte a las relaciones entre los Estados Unidos y México, señala la importancia que tuvo la emigración mexicana para el Tío Sam, durante la década de 1920.

Antes de que finalizara la década de 1920, la emigración de trabajadores mexicanos encontró su gran cronista en Paul S. Taylor, un economista que estaba entonces trabajando en la Universidad de California, en Berkeley. Su serie de varios tomos, titulada *Mexican Labor in the United States* (formada de diez partes) fue escrita y documentada con una objetividad y método que no se encuentran en la literatura de interés pastoral y de trabajo social. Utilizando entrevistas, experien-

[17] *Southwestern Political and Social Science Quarterly* 8: 33-41; junio, 1926.

[18] *American Journal of Sociology* 35: 601-605; enero, 1930.

[19] Consejo de Relaciones Exteriores, Yale University Press, 1931, vol. IV, pp. 202-233.

cias de campo y fuentes primarias y secundarias, Taylor reunió una rica información sobre las condiciones de trabajo de los mexicanos, en regiones tan diversas como California, Texas, Colorado, Pennsylvania y Chicago. Hoy en día, estas obras han adquirido una altura única, en parte debido a que ninguna otra recopilación ofrece fuentes y estadísticas tan valiosas para el investigador interesado en la primera generación de trabajadores migratorios mexicanos. La serie de Taylor terminó en 1934, cuando la gran depresión estaba apagando la marea de la migración mexicana.

Además de la serie indicada, Taylor produjo algo parecido a una síntesis histórica del trabajo y las condiciones sociales de los mexicanos en el sur de Texas, desde fines del siglo XIX hasta 1930. *A Mexican-American Frontier, Nueces County, Texas*[20] es, quizá, su obra más coherente y, con seguridad, una de las más útiles para los estudios mexicano-norteamericanos. Otra obra significativa de este autor, *A Spanish Mexican Peasant Community, Arandas in Jalisco*,[21] describía un pueblo relativamente progresista, con tipos sociales criollos y mestizos, que enviaba muchos "braceros" a los Estados Unidos; se incluían entrevistas sobre las impresiones que tenían los trabajadores migratorios sobre los Estados Unidos. Otro artículo, escrito por Taylor y Tom Vasey, "Historical Background of California Farm Labor",[22] describía el papel desempeñado por mexicanos, japoneses, filipinos, hindúes y chinos en la agricultura de California, desde la última parte del siglo XIX, mediante tablas y gráficas sobre población de trabajadores en granjas y la magnitud de las propiedades agrícolas durante el periodo de 1850 a 1930.

Además de las obras de Taylor, los especialistas en ciencias sociales aportaron otros estudios básicos como por ejemplo: *Mexicans in California, Report of Governor C. C. Young's*

[20] Prensa de la Universidad de Carolina del Norte, 1934, 337 pp.

[21] Ibero-Americana: 4, Prensa de la Universidad de California, Berkeley, 1933, 92 pp.

[22] *Rural Sociology*, 1:3; pp. 281-295; septiembre, 1936.

Mexican Fact-Finding Committee.[23] Ésta es la primera investigación general patrocinada por el Estado de California sobre el trabajo, la colonización, las condiciones de vida y la distribución demográfica de los mexicanos. Reflejaba la preocupación oficial por los problemas sociales que surgían de una población migratoria en rápido crecimiento. Otra investigación importante es la de Constantine Panunzio y el Comité Heller, *How Mexicans Earn and Live: A Study of the Incomes and Expenditures of One Hundred Mexican Families in San Diego, California*.[24]

Manuel Gamio publicó dos relaciones fundamentales sobre la emigración mexicana a los Estados Unidos. Los datos para su estudio principal, *Mexican Immigration to the United States, A Study of Human Migration and Adjustment*,[25] fueron recopilados entre 1926 y 1927. Es un esfuerzo por determinar los orígenes geográficos, las causas y las cifras de los emigrantes mexicanos, así como su condición económica y social en los Estados Unidos. Un estudio complementario, *The Mexican Immigrant, His Life Story*,[26] cubrió el mismo periodo de migración, aproximadamente de 1917 a 1927. Se trata de una recopilación de entrevistas y de historias de la vida de 57 emigrantes, empleados en diversos trabajos y regiones, que ilustran sus motivos para haber salido de México, sus impresiones sobre la vida norteamericana y sus sentimientos ante el rechazo social o la discriminación. Estas obras se examinan más adelante en la sección dedicada a fuentes mexicanas.

Emory S. Bogardus, profesor emérito de sociología en la Universidad de California del Sur, también fue uno de los primeros especialistas en ciencias sociales que reconocieron la importancia de la migración mexicana y la colonización, y que exploró este campo de investigación. El profesor Bogardus publicó varios estudios hechos con simpatía, aunque no con

[23] San Francisco: Departamento de Relaciones Industriales, Agricultura y Asistencia Pública, 1930, 214 pp.

[24] Berkeley: Prensa de la Universidad de California, 1933. 114 pp.

[25] Universidad de Chicago, 1930, 262 pp.

[26] Universidad de Chicago, 1931, 288 pp.

profundidad, sobre los problemas de la aculturación y la naturalización mexicanas. Su investigación general más importante es *The Mexican in the United States*.[27] Este estudio contiene quizá la primera bibliografía comentada sobre la emigración mexicana, la colonización y los problemas de ajuste. Apareció originalmente como *Te Mexican Immigrant, an Annotated Bibliography*.[28]

De los artículos escritos por Bogardus sobre los mexicanos, quizá los más significativos son aquellos que han tratado de medir su grado de aceptación social y de asimilación a la sociedad norteamericana. Véase, por ejemplo, su "Second Generation Mexicans",[29] o su "Racial Distance Changes in the United States During the Past Thirty Years";[30] ahí el autor compara los datos de investigación de los años 1926, 1946 y 1956, y encuentra que después de la segunda Guerra Mundial el *status* de los mexicano-norteamericanos mejoró considerablemente.

La gran depresión que puso fin al primer éxodo de mexicanos hacia los Estados Unidos, también ocasionó una súbita pérdida de interés en los estudios sobre la migración mexicana. (Hacemos excepción aquí de algunos estudios que tratan sobre la repatriación, realizados por Taylor y Bogardus, y sobre las condiciones de trabajo mexicano durante los años de la depresión, realizados por Selden Menefee y otros.) Cuando se revivió el interés sobre la emigración mexicana después de la segunda Guerra Mundial, el tema fue casi completamente absorbido y confundido por las acaloradas polémicas que generó el programa bracero binacional (1942-1964). De una manera casi imperceptible para el público norteamericano general, en el periodo 1945 a 1965 se establecieron permanentemente en los Estados Unidos, por medios legales o ilegales, más mexicanos (1.5 millones) que en todos los periodos anteriores juntos. Y sin embargo, después de los trabajos de Taylor, no se

[27] Universidad de California del Sur, 1934, 134 pp.

[28] Los Ángeles, Consejo de Relaciones Internacionales, junio, 1929, 21 pp.

[29] *Sociology and Social Research*, 13: 276-283; 1929.

[30] *SSR*, 44: 127-135; 1959.

publicó ninguna obra norteamericana importante sobre la emigración mexicana, sino hasta que Leo Grebler hizo la monografía *Mexican Immigration to the United States: The Record and Its Implications*.[31] Este estudio estadístico, parcialmente incorporado a la publicación final del Proyecto de Estudio Mexicano-Norteamericano auspiciado por la Ford *(The Mexican-Americans. The Nation's Second Largest Minority)*,[32] está lleno de tablas e interpolaciones que cubren el periodo de 1890 a 1965. También contiene alguna información sobre leyes y procedimientos de inmigración de los Estados Unidos.

Por otra parte se han escrito bastantes y excelentes monografías sobre el trabajo de los braceros. La mayoría de esos estudios consisten en diversos aspectos de los acuerdos internacionales para importar fuerza de trabajo de México, 1942-1964, y en la amenaza que los "espaldas mojadas" significan para ese programa; por ejemplo: *A History of the Emergency Farm Labor Supply Program*, 1943-1947, de Wayne D. Rasmussen,[33] y la obra sobresaliente de Ernesto Galarza, *Merchants of Labor, The Mexican Bracero Story*,[34] que es una relación objetiva y documentada, la más completa hasta hoy, escrita por un eterno luchador de los derechos laborales del país; la obra atiende, sobre todo, al estado de California. También trata sobre el problema del "espalda mojada obligado" y las condiciones de trabajo.

Richard Hancock, un antiguo empleado en un centro de contratación de braceros, dio una visión del lado mexicano del programa, en *The Role of the Bracero in the Economic and Cultural Dynamics of Mexico. A case Study of Chihuahua*.[35] Entre otras reaciones importantes de primera mano sobre los braceros, basada en entrevistas y correspondencia,

[31] Escuela de Administración de Empresas, UCLA, 1966, 105 pp.

[32] Free Press-MacMillan, 1970, 777 pp.

[33] *Monografía Agrícola*, Núm. 13. Mimeografiada. Departamento de Agricultura de los Estados Unidos, Washington, D. C., 1951, 298 pp.

[34] McNally Loftin, 1965, 284 pp.

[35] Sociedad Hispano-norteamericana, Stanford, California, 1959, 150 pp.

estaría "The Bracero in California with Particular Reference to Health, Status, Attitudes and Practices", de Henry P. Anderson.[36]

Algunos ejemplos de tesis doctorales notables son: "Postwar Mexican Migration: 1945-1955, with Particular Reference to the Policies and Practices of the United States Concerning its Control", de John P. Carney,[37] y "Contract Labor as a Factor in United States Mexican Relations, 1942-1947", de Johnny M. McCain.[38] Carney, en particular, concede atención especial a la migración ilegal o de "espaldas mojadas".

La persistente necesidad de un estudio amplio sobre los problemas de la inmigración ilegal, ha sido aliviada en parte por la reciente publicación del sociólogo Julián Samora: *Los Mojados; The Wetback Story.*[39] Ésta es la relación más completa hasta la fecha; es una investigación documental del fenómeno, con acento en el periodo que empieza con la segunda Guerra Mundial.

Podrían mencionarse muchos más estudios notables que cubren los aspectos del programa de los braceros y las dificultades del control de los espaldas mojadas producidas a partir de la segunda Guerra Mundial; por ejemplo, las publicaciones del gobierno preparadas con la colaboración de especialistas en ciencias sociales tales como el destacado informe de la Comisión del Presidente (Truman), *Migratory Labor in American Agriculture.*[40] Sin embargo, al igual que los estudios anteriormente mencionados sobre los braceros, no se concentran específicamente en la inmigración permanente y la colonización, que generaron tales acuerdos de trabajo.

En la sección final de este artículo se indicarán brevemente otros estudios y fuentes en relación a la emigración mexicana.

36 Mimeografiada. Berkeley; Escuela de Salubridad Pública, 1961, 328 pp.

37 Universidad de California del Sur, 1957, 268 pp.

38 Universidad de Texas, Austin, 1970, 383 pp.

39 Prensa de la Universidad de Notre Dame, 1970, 205 pp.

40 Washington, D. C.: GPO, 1951, 188 pp.

II. *La literatura mexicana sobre la emigración*

Hacia el año de 1928 se estimó que más de una décima parte de la población de México se había trasladado, temporal o permanentemente, a los Estados Unidos. En 1920, la población de México era de aproximadamente 15 millones, y en 1930 de 17 millones.

Ya en 1917 el gobierno revolucionario trató de impedir que los trabajadores mexicanos emigraran hacia el norte, estableciendo casetas de inspección a lo largo de los ferrocarriles para detener al trabajador que no tuviera un contrato, y haciendo circular informes desfavorables acerca del trato injusto a los trabajadores mexicanos en los Estados Unidos. Todo, con escasos resultados. Al mismo tiempo, el gobierno intentó proteger a aquellos trabajadores que ya estaban en los Estados Unidos y repatriarlos cuando fuese posible, mediante la gestión de los consulados y las sociedades patrióticas establecidas en el otro lado.

Como podemos suponer, existen muchas noticias dispersas en periódicos mexicanos sobre la migración mexicana y la repatriación; sin embargo, este asunto de interés vital nacional, ha sido ignorado generalmente por los escritores mexicanos de ayer y de hoy. Fuera de unas cuantas personas que tenían algún interés oficial en los servicios gubernamentales de la emigración o de la inmigración, o sobre el control estadístico, parece ser que, con unas pocas excepciones como Gilberto Loyo o Manuel Gamio, ningún escritor mexicano publicó alguna obra importante sobre la emigración mexicana o sobre la repatriación.

La naturaleza de las primeras publicaciones mexicanas interesadas en estos temas es, por consiguiente, la del "interés oficial" en problemas de decrecimiento de la población y pérdida de la fuerza de trabajo.

La literatura inicial de carácter oficioso refleja un espíritu de nacionalismo revolucionario y su determinación en garantizar, *a)* que los mexicanos fuesen tratados adecuadamente en los Estados Unidos; *b)* que fueran desanimados en su idea de

abandonar México; *c)* que los patrones cumplieran los contratos de trabajo celebrados con mexicanos; y *d)* que los cónsules mexicanos hicieran todo lo que estuviera de su parte para promover la *mexicanidad* y la repatriación. Esta actitud generalmente iba unida a un sentimiento de frustración nacional, ya que los beneficios de la revolución social de México y la reforma agraria no eran aún lo suficientemente palpables para mantener a los trabajadores mexicanos y a sus familias en el país.

El folleto de Alfonso Fabila: *El problema de la emigración de obreros y campesinos mexicanos,*[41] escrito en Los Ángeles y publicado y distribuido por el gobierno mexicano, es un ejemplo interesante de propaganda semioficial que aconseja a "La Raza" no emigrar a "El Dorado norteamericano", donde casi seguramente se convertiría en víctima de la discriminación social, los trabajos arduos, la competencia desleal, los impuestos elevados y las insoportables presiones de las escuelas públicas para que se norteamericanizara. Enrique Santibáñez constituye un ejemplo más de ese interés oficial. A este escritor, cónsul general mexicano en San Antonio en la década de los veintes, el presidente Portes Gil le pidió que escribiera sobre la emigración mexicana hacia los Estados Unidos, y que sugiriera posibles soluciones al éxodo. Santibáñez preparó una serie de artículos para *Excélsior,* que más tarde fue publicada como *Ensayo acerca de la inmigración mexicana en los Estados Unidos.*[42]

La misión proteccionista y paternal que asumió el gobierno en el extranjero, particularmente en los Estados Unidos, queda ejemplificada en *La migración y la protección de mexicanos en el extranjero. Labor de la Secretaría de Relaciones Exteriores en los Estados Unidos y Guatemala.*[43] Más tarde, este mismo trabajo se publicó como *El servicio de migración*

[41] México, Talleres Gráficos de la Nación, 1928, 37 pp.

[42] San Antonio, Glebb Co., 1930, 105 pp.

[43] Mimeografiado. México, D. F., Secretaría de Relaciones Exteriores, 1928, 60 pp.

en México,[44] llevando como autor a Andrés Landa y Piña, jefe del Departamento de *Migración*.

El trabajo realizado por el demógrafo más distinguido e influyente de México, Gilberto Loyo, *Emigración de mexicanos a los Estados Unidos*,[45] también puede clasificarse como un estudio semioficial; fue presentado originalmente ante el Congreso Internacional de Estudios sobre la Población, en Roma, pero de hecho estaba dirigido al gobierno mexicano. Loyo expresaba su temor ante el éxodo de los trabajadores mexicanos de la década de 1920, y sus profundas dudas de que los mexicanos mestizos o indios pudieran asimilarse plenamente o ser aceptados como ciudadanos norteamericanos, debido a las diferencias y prejuicios raciales. Loyo, que había entrevistado a repatriados incitó al gobierno revolucionario a eliminar las causas de la pérdida de población y de la pérdida de la fuerza de trabajo, mediante el desarrollo industrial, mejores servicios de salubridad y educación, y colonias agrícolas para establecer a los campesinos desprovistos de tierras. Loyo expuso la necesidad de una política nacional de población, en *Las deficiencias cuantitativas de la población de México y una política demográfica nacional*,[46] y en *La política demográfica de México*,[47] una de sus obras más importantes, patrocinada por el Partido Revolucionario gobernante. Algunas de las proposiciones de Loyo, Landa y Piña y otros estudiosos en la pérdida de población debido a la emigración, quedaron incorporadas en el plan sexenal de Cárdenas para reunir a todos los mexicanos bajo las alas protectoras de la revolución social, incluyendo a aquellos que se encontraran en los "territorios perdidos", allende la frontera.

Ya hemos mencionado las obras de Manuel Gamio. Es notable que hasta ahora sólo uno de sus estudios sobre el tema se haya publicado en español, y eso en 1969 (!), gracias a Gil-

[44] Talleres Gráficos de la Nación, 1930, 60 pp.

[45] Roma: Instituto Poligrafico dello Stato, 1931, 15 pp.

[46] Roma, 1932, 24 pp.

[47] México, La Impresora, 1935, 485 pp.

berto Loyo. *Mexican Immigrant,* que incluye cerca de 57 entrevistas con trabajadores mexicanos, presenta en la edición mexicana un largo ensayo introductorio de Loyo. Loyo utilizó materiales del Proyecto de Estudio Mexicano-Norteamericano de la Universidad de California — Los Angeles, dirigido por Leo Grebler, para elaborar un estudio estadístico hasta el año de 1967: *El inmigrante mexicano: la historia de su vida. Notas preliminares de Gilberto Loyo sobre la inmigración de mexicanos a los Estados Unidos de 1900 a 1967.*[48]

Al parecer, no existen trabajos publicados por instituciones particulares o mexicanas dedicadas a la repatriación masiva de mexicanos durante los años de la depresión, 1930-1934, aunque se pueden encontrar muchas referencias sugerentes sobre los repatriados, en los discursos del presidente Cárdenas, las *Memorias* del gobierno, editoriales periodísticos y planes de reforma agraria; en el libro de texto oficial para las escuelas públicas, el tema de la reforma agraria y las comunidades, incluye un capítulo sobre "Emigrantes y repatriados", señalando cómo esos hijos arrepentidos de "La Raza" deberían ser recibidos en los ejidos.[49]

Un estudio histórico reciente de la década de la depresión, que explora los esfuerzos del gobierno mexicano para afrontar el reto de varios cientos de miles de repatriados que regresan, mediante la colocación de algunos de ellos en colonias agrícolas, es "Los efectos sociales de la crisis del *29*", por Moisés González Navarro.[50]

A pesar del número limitado de publicaciones mexicanas especializadas en la emigración a los Estados Unidos, existen otras obras que podrían ser de utilidad para explicar los antecedentes históricos y las causas del éxodo campesino hasta 1929. Tres estudios que dan un tratamiento histórico excelente a los proyectos porfirianos de colonización extranjera, son: "Problemas demográficos y agrarios", de Moisés T. de la

[48] México, UNAM, 1967, 271 pp.

[49] México, Talleres Gráficos de la Nación, 1933, 309 pp.

[50] *Historia Mexicana:* XX:2; abril-junio, 1970; pp. 536-558.

Peña,[51] y dos estudios del historiador Moisés González Navarro, propiamente, *La colonización en México 1877-1910*,[52] y "La política colonizadora del Porfiriato".[53] Los estudios antes mencionados, en especial el de González Navarro (1960), contienen una bibliografía de fuentes sobre las condiciones rurales que condenaron al fracaso los esquemas de colonización porfirista, y otros fenómenos que fueron causas básicas de la emigración mexicana hacia los Estados Unidos.

Hay muchos otros estudios mexicanos y norteamericanos, sobre las condiciones agrarias en México durante el siglo XX: el latifundismo, la aridez de las tierras, condiciones del peonaje, salarios estáticos, miseria rural, levantamientos revolucionarios, sobrepoblación relativa y fracasos de la reforma agraria. Comenzando con *Los grandes problemas nacionales*, de Andrés Molina Enríquez,[54] tales estudios podrían servir como base para explicar las causas de la emigración.

También se arroja luz sobre la subcultura de *barrios* y *colonias* establecidos en los Estados Unidos, mediante el uso comparativo de una serie de estudios sobre las comunidades campesinas de México, principalmente de antropólogos sociales norteamericanos como Robert Redfield, Oscar Lewis, George Foster, William Madsen y otros, y los mexicanos Moisés Sáenz, Manuel Gamio, Gonzalo Aguirre Beltrán, Ricardo Pozas y Julio de la Fuente, entre otros.

El segundo éxodo de mexicanos a los Estados Unidos que se inició durante la segunda Guerra Mundial, generó una gran cantidad de comentarios de parte de los escritores mexicanos. El carácter binacional de los acuerdos sobre los braceros y las responsabilidades asumidas por ambos gobiernos al poner en práctica el programa, hizo de la migración de la fuerza de trabajo mexicana un asunto delicado de orgullo e interés na-

[51] *Problemas agrícolas e industriales de México*, II: 3-4; julio, septiembre, octubre, diciembre de 1950; pp. 9-327.

[52] México, D. F., 1960, 160 pp.

[53] *Estudios Históricos Americanos*, México, El Colegio de México, 1953, pp. 183-239.

[54] México, D. F., 1909, 230 pp.

cional. En los Estados Unidos y en México, la cuestión de los braceros y los "espaldas mojadas" acaparó el interés nacional Durante los cincuentas los mexicanos escribieron más sobre la migración de la fuerza de trabajo a los Estados Unidos que en el medio siglo anterior. En cierto momento casi no hubo funcionario, economista, editorialista o reportero, que no se sintiera impelido a comentar el programa de la "migración temporal controlada a los Estados Unidos", y a proporcionar consejos al gobierno o quejarse de abusos cometidos. A pesar del caudal de comentarios en los periódicos, revistas, informes publicados, discursos, etc., sobre lo que se llamó comúnmente *bracerismo,* hasta ahora ningún escritor mexicano ha publicado una historia o una relación descriptiva completa sobre este tema, ni sobre el problema del control de los "espaldas mojadas", o algún otro aspecto importante de la emigración mexicana, v. gr.: el gran aumento de la emigración ilegal que siguió a la segunda Guerra Mundial.

Gran parte de la literatura sobre la emigración publicada por el gobierno después de 1940, cae una vez más, como sucedió en la década de 1920, en la categoría del "interés oficial"; en este caso, se trata del interés en proteger a los trabajadores mexicanos de acuerdo con los derechos de contratación, y explicar y defender el programa de los braceros ante un público más bien crítico, cuyos sectores izquierdistas impíamente preguntaban por qué el Partido Revolucionario Institucional no podía mantener la fuerza de trabajo en el país. Dos declaraciones típicas hechas por funcionarios mexicanos son: *Braceros mexicanos en los Estados Unidos. Discursos,* de Ezequiel Padilla y Antonio Rivas Guillén,[55] y *La migración de braceros a los Estados Unidos,* de Ignacio García Téllez.[56] Quizá el más informativo de los estudios patrocinados por el gobierno, sea el publicado por la Secretaría del Trabajo, Dirección de Previsión Social, *Los braceros,*[57] que es una relación preparada por Fer-

[55] México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1947.
[56] México, D. F., 1955.
[57] México, D. F., Librería Ars, 1946, 120 pp.

nández del Campo y otros involucrados en el programa de los braceros. Proporciona información sobre los trabajadores migratorios y sus orígenes, mediante entrevistas y exámenes de salud, y también atiende los problemas de la protección a los "espaldas mojadas".

Entre los estudios destacados de especialistas mexicanos en ciencias sociales sobre la protección de la fuerza de trabajo mexicana según los acuerdos internacionales de control, está *La protección de los trabajadores emigrantes,* de Mario Ojeda Gómez.[58] Asimismo, estudiantes mexicanos de leyes, ciencias políticas, relaciones internacionales y economía, han escrito varias tesis sobre el tema *bracerismo,* en particular sobre acuerdos administrativos y de contratación. Algunos ejemplos son: "Estudio socio-jurídico sobre el trabajador mexicano emigrante", de Rubén Martínez Zavala,[59] "El contrato del trabajador agrícola migratorio", de Roberto Quiñones Díaz,[60] y "El problema del bracero mexicano", de Gloria R. Vargas y Campos.[61]

Docenas de estudios han examinado las causas económicas y el impacto económico del bracerismo. Algunos ejemplos sobresalientes serían: "El problema agrario mexicano y la mecanización agrícola", de Julián Rodríguez Adame;[62] *Mecanización de la agricultura mexicana,* de Luis Yáñez Pérez,[63] y "Los braceros y la política de fomento económico", de Edmundo Flores.[64] Otros estudios presentaron la emigración de los braceros como un argumento a favor de la rápida industrialización para absorber emigrantes rurales; por ejemplo *La industrialización de México,* de Manuel Germán Parra.[65]

58 México, D. F., 1957.

59 Tesis en Derecho. Universidad Nacional Autónoma de México, 1965, 177 pp.

60 Tesis en Derecho. UNAM, 1965. 157 pp.

61 Tesis en Economía. UNAM, 1964, 144 pp.

62 *Problemas Agrícolas e Industriales de México,* 1:1; julio-septiembre, 1946, pp. 105-118.

63 México, D. F.; Editorial Cultura, 1957, 419 pp.

64 *Revista de Economía,* 14:2; febrero, 1951, pp. 12-15.

65 México, D. F., Imprenta Universitaria, 1954, 203 pp.

Otros estudios fueron concebidos para promover reformas en el programa de braceros. Dos de los más amplios son: *La emigración de braceros, visión objetiva de un problema mexicano,* de José Lázaro Salinas,[66] y la excelente reseña de Ernesto Galarza sobre los abusos y el desplazamiento de la fuerza de trabajo mexicana, publicada en español, "Trabajadores mexicanos en tierra extraña".[67]

Podrían añadirse aquí otros estudios mexicanos que tienen alguna utilidad para la investigación sobre la emigración mexicana. Sin embargo, la mayoría de tales artículos tendría una importancia marginal. El caso es que hasta el momento, la obra de Gamio, *Mexican Immigrants,*[68] recientemente traducida, reimpresa y puesta al día estadísticamente por el demógrafo Gilberto Loyo (1969), es el trabajo erudito más importante producido por escritores mexicanos sobre el tema.

III. *Oportunidades de investigación en los estudios sobre la emigración mexicana*

Efectuado este examen rápido de los estudios históricos y sociales sobre la emigración mexicana, pasaremos a sugerir algunas investigaciones en este campo más bien descuidado, y a revisar brevemente algunas de las fuentes primarias disponibles en Estados Unidos y México para documentar tales investigaciones.

No existe publicado hasta el momento, ningún estudio histórico de importancia sobre la política migratoria de los Estados Unidos hacia México. Se han dado pasos en esta dirección mediante algunas tesis, como las ya mencionadas de Martínez (1957), Neal (1941), Lipschultz (1962) y Hoffman (1970). Algunos trabajos respecto a los acuerdos binacionales sobre braceros y tránsito en las fronteras, abordan temas de

[66] León, Guanajuato, Imprenta Cuauhtémoc, 1955, 204 pp.

[67] *Problemas agrícolas e industriales de México,* 10:1; enero-marzo, pp. 1-84.

[68] Universidad de Chicago, 1931.

la política norteamericana de inmigración como por ejemplo "The Policy and Economic Implications of Mexican Labor in the United States under the Non-quota System, Contract Labor Program, and Wetback Movement", de Robert D. Tomasek;[69] y estudios realizados por Galarza (1965), Carney (1957) y McCain (1970), para mencionar sólo unos cuantos.

Es igualmente sorprendente la falta de publicaciones eruditas sobre la Patrulla Fronteriza Norteamericana, el brazo de refuerzo del servicio nacional de inmigración. Hasta ahora los libros más completos disponibles sobre el tema son los de Mary Kidder Rak y John M. Myers. Sin embargo, el de Rak, *Border Patrol*[70] es una relación de recuerdos y aventuras de funcionarios de inmigración interesados mayormente en el contrabando de licores a través de la frontera mexicana. Myers, un escritor profesional del oeste norteamericano, obtiene la mayor parte de su información de entrevistas y de un conocimiento profundo de las zonas fronterizas. Su libro encara la necesidad de divulgar los problemas de control fronterizo. Myers permite a los funcionarios veteranos decir las cosas como fueron, y como son, ya que también se da atención al "nuevo estilo de invasión de los espaldas mojadas", en ruta a las ciudades norteamericanas desde 1967. El estudio de Samora *Los Mojados,* y la tesis de Carney, que se citaron anteriormente, contienen bastante información sobre las actividades de las patrullas y los problemas de la ejecución de una ley, pero no son en ningún sentido una relación completa de esta rama del servicio federal. Véase también el estudio que hace Richard T. Jernigin sobre el impacto de la reforma de los cincuentas en la patrulla fronteriza: "The Effect of Increased Mexican Migration upon the Organization and Operations of the United States Immigration Border Patrol, Southwest Region".[71]

Las fuentes para documentar la política norteamericana

[69] Tesis doctoral, Universidad de Michigan, 1958, 318 pp.

[70] Houghton Mifflin Co., 1938, 243 pp.

[71] Maestría, Universidad de California del Sur, 1957, 225 pp.

de inmigración hacia México, y la patrulla fronteriza, que no se han utilizado plenamente en los estudios antes mencionados son: *a)* correspondencia consular en el Archivo Nacional de los Estados Unidos abiertos hasta 1940; *b)* archivos de la Oficina Central del Servicio de Inmigración y Naturalización de los Estados Unidos (INS) (abierto sólo a investigadores acreditados) ; *c)* artículos del personal de servicio en el *Monthly Review* del INS, más tarde llamado *INS Reporter; d)* audiencias e informes del Congreso; *e)* el *Congressional Record;* y *f)* entrevistas con veteranos del INS y dirigentes congresistas que se han interesado en la política de la inmigración y en los programas internacionales del trabajo. Para las publicaciones del gobierno véase la bibliografía en *Immigration Laws of the United States,* de Frank L. Auerbach.[72]

Son escasas las monografías sobre las actitudes norteamericanas ante la migración y el asentamiento mexicanos. Se puede observar aquí que ni los historiadores, ni los especialistas en ciencias sociales han hecho un uso sistemático, hasta ahora, de una clase de materiales que tratan directamente sobre este tema, a saber, los numerosos informes que datan de 1910 hechos por misioneros, trabajadores sociales, educadores, especialistas en ciencias sociales y periodistas que tuvieron un contacto directo con campesinos, refugiados, braceros y "espaldas mojadas" mexicanos. Estas relaciones pueden encontrarse en revistas como *The Survey (A Journal of Constructive Philantropy), The Missionary Review of the World, The Nation, Saturday Evening Post, Commonwealth* y otras. Además la respuesta editorial a la emigración mexicana puede encontrarse en *Los Angeles Times, San Antonio News, El Paso Herald-Times, The Fresno Bee* y muchos otros diarios del suroeste.

Desde el punto de vista del estudio de la reacción pública norteamericana frente a los trabajadores y colonizadores mexicanos, estos mismos artículos y editoriales pueden ser considerados como fuentes primarias, así como también docenas de libros y simposios que han tratado de "explicar el mexi-

[72] Segunda edic. Bobbs-Merrill, 1961, pp. 533-541.

cano" al público general, por ejemplo *That Mexican. As He Really Is, North and South of the Rio Grande;*[73] o *The National Conference Concerning Mexicans and Spanish Americans in the United States,* del misionero Rober McLean.[74] Ejemplos más recientes de este prolífico género de literatura, serían los libros y artículos de reformistas sociales que explican benévolamente a César Chávez, los recolectores de uvas, y *La Huelga* al público norteamericano, como *The Ground Under our Table,* de Steve Allen.[75]

Los estereotipos proyectados por la abundante cantidad de literatura que explica a los mexicanos en los Estados Unidos, especialmente del "problema social mexicano", son combatidos con vehemencia en publicaciones trimestrales como *Aztlán* y *El Grito.* Véase, por ejemplo, "The Mexican Americans in the Social Sciences 1912-1970", de Nick G. Vaca.[76]

Sin embargo, ningún historiador o especialista en ciencias sociales, y ningún etnólogo ha publicado aún algún estudio de importancia sobre el tema de las actitudes generales norteamericanas hacia la inmigración y el asentamiento mexicanos.

Para una recopilación de literatura que trata sobre estos aspectos de investigación, véanse las bibliografías hechas por Emory S. Bogardus (1934), Robert C. Jones (1940), George I. Sánchez y Howard Putnam (1958), Ralph Guzmán (1967) y uno de los catálogos más completos preparados específicamente para los estudios étnicos por Matt S. Meier y Feliciano Rivera, *A Selective Bibliography for the Study of Mexican-American History.*[77] El estudioso interesado también encontrará el *Congressional Record;* y las audiencias e informes del Congreso también podrían aportar una gran cantidad de ejem-

[73] Fleming Revell Co., 1928, 184 pp.

[74] El Paso, Texas, diciembre, 1926, 130 pp.

[75] Doubleday, 1966, 120 pp.

[76] Parte I; 1912-1935, en *El Grito* (3:3; primavera de 1970, pp. 3-24); y Parte II, 1936-1970, 4:1; otoño de 1970, pp. 17-51.

[77] Mimeografiado. Spartan Bookstore, Colegio estatal de San José, 1971, 79 pp.

plos. Algunas tesis arriba mencionadas pueden servir como una introducción a estas fuentes, por ejemplo la de Neal o la de Lipschultz.

La investigación de otros temas, como la identificación más precisa de los grupos implicados en la polémica sobre los pros y contras de la inmigración mexicana, podría utilizar las mismas fuentes. Otra posibilidad de investigación, se sugiere en un artículo de Harvey A. Levenstein que trata los intentos frustrados de la American Federation of Labor (AFL) para persuadir a los dirigentes mexicanos de que adopten una política de restricción voluntaria de la fuerza de trabajo mexicana: "The American Federation of Labor and Mexican Immigration in the 1920's: An Experiment in Labor's Diplomacy",[78] y el excelente estudio sobre cómo una coalición de intereses investidos de autoridad, logró renovar el programa de los braceros una y otra vez: "The Politics of the Mexican Labor Issue, 1950-1965".[79]

Aunque constituyen un pequeño porcentaje de la migración total de México a los Estados Unidos en el siglo actual, hasta ahora no existe ninguna historia publicada del asentamiento de refugiados políticos o religiosos mexicanos en el suroeste, particularmente en ciudades clave como San Antonio, El Paso y Los Ángeles, donde han ejercido influencia en la estructura social y subcultural de las comunidades mexicano-norteamericanas. Unas cuantas tesis y estudios comunitarios han tocado el tema, pero éste es todavía una de las facetas más descuidadas de la emigración mexicana. El investigador serio probablemente desearía consultar fuentes como las que citamos a continuación: correspondencia consular de los Estados Unidos hasta el año de 1940 en los Archivos de la Nación; artículos de misioneros y trabajadores sociales norteamericanos en las ciudades fronterizas; periódicos, especialmente *La Prensa,* de San Antinio y *La Opinión,* de Los Ángeles; correspondencia consular en el Archivo de Relaciones

[78] *Hispanic American Historical Review,* 48: mayo, 1968, pp. 206-219.
[79] *Agricultural History,* 40:3; julio, 1966; pp. 157-176.

Exteriores hasta 1940; escritos presidenciales en el Archivo General de la Nación hasta 1940; entrevistas con miembros de familias refugiadas que pueden encontrarse fácilmente en las ciudades fronterizas, y posiblemente archivos familiares de estos grupos, por lo general educados.

La carencia de estudios históricos generales dedicados al tema de la repatriación mexicana, se está remediando en parte por el movimiento de estudios mexicano-norteamericanos. Ya hemos mencionado la tesis "Repatriación of Mexican Nationals from the United States during the Great Depression", de Hoffman; el Centro Cultural Mexicano-Norteamericano de la UCLA ha proyectado una serie monográfica, editada por Juan Gómez Quiñones y Roberto Sifuentes, que incluirá temas tales como "The Zoot-Suit Riots" y "Los Repatriados, 1930-1935". No obstante, existen muchos aspectos de la repatriación, en especial fuera de California, que aún no se han seleccionado para que los estudien los historiadores o los especialistas en ciencias sociales. Un artículo de Norman D. Humphrey apunta en esta dirección: "Mexican Repatriation From Michigan, Public Assistance in Historical Perspective".[80] La correspondencia consular en los Archivos de la Nación de los Estados Unidos y en el Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores, así como en los archivos generales del Servicio de Inmigración y Naturalización de los Estados Unidos, y de sociedades de ayuda a inmigrantes, ferrocarriles norteamericanos, y agencias de beneficencia, son algunas fuentes que podría considerar el investigador. Véase también la tesis de Hoffman que presenta un comentario sobre fuentes de materiales.

Como se indicó anteriormente, las monografías no muestran la influencia del programa de braceros sobre la emigración masiva de los mexicanos a los Estados Unidos desde la segunda Guerra Mundial. Por supuesto, se intentaba que éste fuera un programa para la utilización de una fuerza de trabajo controlada y temporal. Sin embargo, tal como han seña-

[80] *Social Service Review,* 15:3; septiembre, 1941; pp. 497-513.

lado muchos autores, lo que en México se conoció como *bracerismo* también fue una forma de emigración permanente *al otro lado,* ya que, en efecto, cientos de miles de braceros normalmente excluidos por las leyes de inmigración de los Estados Unidos, encontraron la puerta bien abierta. Muchos de ellos quedaron "inmigrados" permanentemente por sus patrones que actuaban como patrocinadores. Miles más, una vez que aprendieron cómo comportarse en el mercado norteamericano de la fuerza de trabajo, brincaban o "ignoraban" sus contratos, o regresaban como "espaldas mojadas". Muchos que contrajeron matrimonio en los Estados Unidos con mujeres mexicano-norteamericanas, o que tuvieron hijos ahí en una "familia de espaldas mojadas", o encontraron trabajos permanentes, más tarde pudieron legalizar su residencia mediante varias formas de prioridad establecidas por el Departamento de Trabajo de los Estados Unidos o por ciertas leyes de inmigración, especialmente las diseñadas para mantener unida a la familia. Es más, aquellos que habían inmigrado legalmente mandaron traer a sus familiares inmediatos.

Como podrá observar el investigador, el programa de los braceros sirvió como una inversión económica del gobierno para lograr una segunda ola de emigración mexicana, legal o de otro tipo, que ha traído más de dos millones de colonos a los Estados Unidos desde 1945. Este enfoque está apuntado, aunque no desarrollado, en el estudio de Grebler, *Mexican Immigration to the United States: The Record and the Implications* (1966). Aparte de la literatura sobre los braceros y de las fuentes oficiales, tal como se indica en el estudio de Grebler, la investigación sistemática de este tema supondría la revisión de entrevistas hechas a funcionarios mexicanos y de los Estados Unidos, a colonos mexicanos, y a observadores de la migración de los trabajadores mexicanos, tales como Ernesto Galarza, Paul S. Taylor, Robert C. Jones, George I. Sánchez y otros.

Como se señaló, los estudios sobre los braceros han tomado en cuenta a los "legales" y a los "mojados" pero, obviamente, la migración ilegal que incluiría a la mitad o más de la pobla-

ción mexicano-norteamericana actual en los Estados Unidos, es un tema importante en sí mismo. Otey M. Scruggs es uno de los pocos historiadores norteamericanos que exploran el tema, pero su artículo "United States, Mexico and the Wetbacks, 1942-1947" [81] se interesa principalmente en los compromisos que adquieren los braceros, como medio de controlar el problema. El hecho es que *Los Mojados: The Wetback Story* (1970), del sociólogo Julián Samora, sobresale como el estudio más informativo y exacto del fenómeno hasta el momento, particularmente desde la década de 1940. Sin embargo, existen muchas facetas de este tema que aún deben ser estudiadas en ambos lados de la frontera. Además de las entrevistas y publicaciones oficiales sugeridas por el estudio de Samora, aún hay mucho material fundamental para los investigadores, en la correspondencia consular de los Estados Unidos, en los archivos centrales del INS, en el centro de documentos fraudulentos del INS en Yuma, Arizona, y en los archivos nacionales mexicanos y *Memorias* del gobierno.

Los demógrafos, geógrafos, economistas y sociólogos han preparado muchos informes, monografías, perfiles y artículos de utilidad sobre mortalidad, movilidad, urbanización, empleo y distribución geográfica de grupos mexicanos y mexicano-norteamericanos o hispano-norteamericanos. Sin embargo, debe aclararse que casi todos estos estudios, realizados bajo auspicios públicos o privados, se apoyan firmemente en la información incompleta o defectuosa proporcionada por los informes del INS y por los estudios censales de los Estados Unidos, en especial los "Informes Especiales sobre la Población llamada Española". Para una valoración crítica de los datos mencionados véanse los estudios de Grebler (1966) y de Taylor (1928-1934). Dadas las enormes lagunas estadísticas en el flujo y reflujo de la migración mexicana, es comprensible que ningún investigador se haya atrevido hasta ahora a tratar de hacer una amplia selección de los colonizadores ilegales y sus descendientes. En este caso se podría apli-

[81] *Pacific Historical Review,* 30: mayo, 1961; pp. 149-164.

car la observación de Grebler de que medir la migración mexicana es como medir las dimensiones de un iceberg, del que sólo se ve una pequeña superficie de estadísticas fijas. No obstante, parecería que si en el futuro se llegan a hacer mejores cálculos del asentamiento mexicano, entonces habrá que hacer más estudios de demografía histórica.

Existen cientos de estudios e informes sobre la fuerza de trabajo migratoria mexicana y los patrones de movilidad en los Estados Unidos, pero prácticamente ninguna historia. Las obras de Taylor, en especial *A Mexican-American Frontier. Nueces County, Texas* (1934), incluyen mucho material histórico. La tesis doctoral de Coalson sobre la fuerza de trabajo migratoria en Texas, también mencionada anteriormente, es otro raro ejemplo de un estudio histórico. Muchas otras relaciones incluyen algunas perspectivas históricas, como *Seasonal Farm Labor in the United States*, de Harry Schwarz,[82] o las obras de McWilliams citadas anteriormente, a saber, *North from Mexico* (1948) y en particular *Factories in the Field* (1939). Sin embargo, este campo está totalmente abierto para las monografías históricas. Las fuentes están apuntadas en una cantidad de bibliografías generales sobre la fuerza de trabajo agrícola y en una destacada *Guide to Sources on Agricultural Labor*, de Isac Fujimoto y Jo Clare Schieffer.[83]

Otra faceta importante de la migración mexicana escasamente estudiada es la relación entre la fuerza de trabajo migratoria y los patrones de colonización en *colonias* y *barrios* cerca de ferrocarriles, minas, regiones agrícolas o industriales, o cerca de regiones fronterizas. El historiador Carlos Cortés, la socióloga Joan Moore y otros miembros de un grupo de investigación asociado a la Universidad de California, Riverside, están actualmente llevando a cabo un estudio del asentamiento mexicano y su historia en la región de San Bernardino. Johnny McCain del San Antonio College está ac-

[82] Columbia University Press, 1945, 161 pp.

[83] Mimeografiado. Departamento de las Ciencias Aplicadas de la Conducta, Universidad de California, Davis, junio, 1969, 39 pp.

tualmente comprometido en un estudio de San Antonio como la Meca del asentamiento mexicano y como un centro de reclutamiento de trabajadores migratorios. La obra de Taylor arriba mencionada es un modelo para este tipo de estudio que sugiere la clase de fuentes e información por entrevistas que podría utilizarse.

La relación entre las agencias de servicio social (o lo que Octavio Romano llama "instituciones de superintendencia") y el asentamiento mexicano y los patrones migratorios no ha sido estudiada; al respecto, desearíamos saber hasta qué grado los misioneros y los actuales trabajadores en la guerra-contra-la-pobreza han servido, con el tiempo, para atraer a refugiados y trabajadores mexicanos y a sus familias a establecerse del lado norteamericano, particularmente cerca de centros urbanos como El Paso, San Antonio y Los Ángeles, donde se dispone de más servicios sociales. También desearíamos averiguar hasta qué grado tales servicios estimularon la migración o sirvieron como subsidio para los patrones al responder por las familias de los trabajadores fuera de temporada o mientras los hombres del pueblo salían en busca de trabajo de temporada. Aparte de innumerables informes escritos por el personal de las agencias sociales, se publicó literatura periódica, fuentes que incluirían entrevistas, y se obtuvo el acceso a los archivos de caridad de las iglesias, a las agencias de trabajo social y a sociedades de ayuda a inmigrantes, tales como la que sostiene el Departamento de Inmigración de la Conferencia Católica de los Estados Unidos, con sede en El Paso, Texas.

Especialistas en ciencias sociales como Victor S. Clark (1908), Gamio (1930, 1931), Taylor (1928-1934) y en fecha más reciente Grebler (1966), han puesto su atención en las causas de la migración de los trabajadores mexicanos y así también lo han hecho muchos autores sobre los braceros, pero aún tienen que publicarse en inglés y en español monografías especiales sobre este fenómeno, analizando a fondo las condiciones socio-económicas que lo originan (y lo que Grebler llama "factores de estira-y-afloja" en ambos lados de la fron-

tera). Larry Cardoso, un graduado en Historia de la Universidad de Connecticut, se encuentra actualmente en México trabajando sobre las causas de la emigración mexicana antes de 1930. El historiador Moisés González Navarro de El Colegio de México, está investigando la migración interna y su relación con el éxodo de los braceros; y es probable que haya algunos etnólogos trabajando sobre este tema. Las fuentes del lado mexicano incluirían la correspondencia consular en el Archivo de Relaciones Exteriores hasta 1940, las *Memorias* de dependencias oficiales como la Secretaría de Relaciones Exteriores y la de Gobernación, periódicos mexicanos en la Hemeroteca Nacional, y en una colección especial de recortes en la Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada (Biblioteca de Hacienda), *Diario de los Debates del Congreso Nacional,* y entrevistas.

Hasta la fecha no existen estudios de importancia sobre las actitudes y la política mexicanas ante la emigración a los Estados Unidos. Romeo Flores de El Colegio de México actualmente trabaja sobre ciertos aspectos de este tema, durante los años de 1920. Además de la literatura de "interés oficial" publicada en México sobre la emigración, los investigadores podrían consultar los periódicos y revistas mexicanos, las *Memorias* del gobierno y la correspondencia consular del Archivo de Relaciones Exteriores.

Tampoco se ha publicado ninguna relación completa de la versión mexicana de la repatriación durante los años de 1920 y 1930. Actualmente Mercedes Carrera de Velasco, estudiante de la maestría de historia en El Colegio de México, trabaja sobre este problema.

Además de las fuentes mencionadas, cierta literatura norteamericana interesada en la adaptación a México de los repatriados, como la elaborada por Taylor, *Arandas* (1934), los artículos de E. S. Bogardus, y otros artículos señalados por las tesis de Hoffman, serían de utilidad a los investigadores.

Por lo visto, nadie ha estudiado a fondo la resistencia de los colonos mexicanos a la norteamericanización o a la naturalización. Como lo señaló la "literatura oficial" mexicana, un estudio al respecto probablemente descubriría que el go-

bierno mexicano durante muchos años hizo todo lo posible para alentar la resistencia a la asimilación al *coloso yanqui*. Preocupado por la pérdida de población e impelido por un feroz orgullo revolucionario, el gobierno mexicano empezó a principios de 1920 a inyectar la conciencia de *la raza* y *mexicanidad* en los mexicanos por doquier. Los cónsules mexicanos se encargaron no sólo de la repatriación sino de inyectar una conciencia nacional mexicana en los *emigrados* que vivían en los barrios y colonias de trabajo de los Estados Unidos; se patrocinaron clubes mexicanos, organizaciones de ayuda mutua, fiestas que honraban a la Patria, bibliotecas consulares, y Comisiones Honoríficas de residentes mexicanos para ayudar a esta misión donde no hubiera cónsules. Aunque este fervor revolucionario ha decrecido dramáticamente desde 1950, el patrocinio de la mexicanidad es todavía un deber original de devoción del personal diplomático y consular mexicano que trabaja en los Estados Unidos. Los efectos de estas misiones culturales en la crisis de la identidad cultural, supuestamente padecida por la juventud del barrio chicano en los Estados Unidos, aún no han sido investigados por los historiadores, ni por los especialistas en ciencias sociales. La fuente de información más importante para un estudio como ése sería, por supuesto, la correspondencia consular mexicana de las ciudades de los Estados Unidos, y las entrevistas con funcionarios de migración mexicanos, así como con funcionarios norteamericanos y maestros de "norteamericanización". También se podría revisar la literatura periódica norteamericana sobre este tema.

El "Proyecto de Estudio de la Frontera" dirigido por Julián Samora, Universidad de Notre Dame, con la colaboración de otros investigadores como Fred Schmidt, del Instituto de Relaciones Industriales de UCLA, actualmente está investigando temas como el de los "espaldas mojadas", tránsito, salarios y otras características singulares de la economía fronteriza. En un marco de referencia más amplio, es decir, en la región del suroeste, existe la necesidad de estudiar e interpretar la influencia del trabajo mexicano en el desarrollo econó-

mico durante el siglo xx, o sea, dar respuestas más satisfactorias a preguntas tales como el grado en que el trabajo doméstico ha sido desplazado por los mexicanos recién llegados; el efecto de los mexicanos de paso en los sindicatos obreros, en los salarios, y la no-mecanización en la agricultura; el alejamiento de trabajadores negros y "blancos pobres" de los estados del suroeste; hasta qué punto las familias mexicanas migratorias se establecieron cerca de empleos y servicios sociales lejos de la corriente de trabajo migratorio, y otras preguntas que conciernen a la dinámica del desarrollo económico en la región suroeste. Dicho de otro modo, esto significaría tomar la investigación en un punto cercano a donde la dejó Paul S. Taylor en 1934. El continuar ese trabajo de síntesis quizá debería dejarse a aquellos investigadores que no sólo están familiarizados con la teoría del desarrollo económico sino con el vasto panorama de la literatura sobre la migración y la colonización mexicanas en los Estados Unidos.

APUNTES PARA LA HISTORIA FÍSICA DE LA CIUDAD DE GUANAJUATO

Salvador DÍAZ BERRIO
INAH

Introducción

COMO arquitectos dedicados a la conservación de los bienes culturales inmuebles, nuestro propósito al realizar estudios sobre la estructura histórico-artística de los conjuntos urbanos, es contribuir a su conservación, valoración y utilización futuras.

El estudio de todo conjunto urbano que se materializa en construcciones sobre un territorio, puede hacerse desde la perspectiva de su estructura física. Por ello, aun tomando en cuenta una serie de factores de diversa índole, nuestra aportación e intervención se limita, en última instancia, al nivel de lo físico-espacial, nuestro campo de trabajo es el del espacio, materializado por terrenos y edificaciones.

Desde 1967 planteamos e iniciamos, en la Escuela de Arquitectura de Guanajuato, el estudio del importante conjunto histórico-artístico, materializado por una amplia estructura urbano-minera que define y caracteriza lo que conocemos como "Guanajuato, ciudad minera".

Ante la escasez de medios y recursos humanos para llevar a cabo ese estudio, que exigía un plazo largo de trabajo, y ante la necesidad de orientar y capacitar a los estudiantes arquitectos en el campo de la conservación y restauración de monumentos, se organizó la investigación siguiendo dos caminos y niveles paralelos. Por una parte, en plazos cortos —equivalentes al año escolar— se estudiaron monumentos o pequeños conjuntos en forma aislada y, por otra parte, se iniciaron

una serie de análisis parciales por medio de ejercicios y observaciones directas que abarcaron totalmente el conjunto urbano monumental. Esto se hizo tanto para ir sensibilizando y orientando a los estudiantes hacia la comprensión de un conjunto urbano, como para agrupar los elementos que permitirían, con bases más sólidas, mostrar la gran estructura del conjunto.

Aunque todavía no contamos con aportaciones sólidas derivadas de ese estudio, reunimos en estos "apuntes" diversas observaciones y posibilidades de análisis que, en función de las circunstancias,[1] "ratos libres" y colaboraciones,[2] hemos podido hacer.

Apuntes

El análisis de las estructuras urbanas interesa a las disciplinas más diversas. A pesar del carácter parcial o fragmentario del análisis físico-espacial, las observaciones que de él se desprenden contribuyen a la explicación amplia de las estructuras urbanas. Aunque los objetivos de la investigación que realizamos son claras y definidas, estos "apuntes" están hechos con la intención de iniciar o señalar caminos o campos de estudio a otras disciplinas, más que con el formar un capítulo terminado o una investigación concluida.

El primer gran tema del trabajo que realizamos consiste

[1] El presente estudio se originó para servir de orientación al pasante de arquitectura, Edmundo Almanza Roa, que en 1968 deseaba elaborar su tesis sobre el desarrollo de la ciudad de Guanajuato y pensaba hacer una maqueta del conjunto urbano. Después, fue presentado en Guanajuato, en el "curso sobre la ciudad de Guanajuato", a estudiantes de arquitectura de la Universidad de Washington y en el "Centro Internacional de estudios para la Conservación y Restauración de Bienes Culturales" de la UNESCO, en Roma, en el curso sobre "Conservación de monumentos en México", en 1970.

[2] En el nivel de estudio de la estructura de conjunto ha colaborado especialmente la Arq. Olga Orive B. y también Jorge Sáinz C. En los estudios parciales del conjunto, los Arqs. Jorge Zepda, Mario A. Candelaria, Noemí G. Manrique, Arnaldo Martínez M., Miguel Iriarte, Alfonso L. Tejada, Fernando Mújica, José Escalera Ch., y Luis A. Castrejón.

en conocer y definir la estructura del conjunto u organismo urbano; en un segundo paso se da una valoración o diagnóstico de su ser —su ser pasado, actual y futuro— llegando así, a la tercera fase: elaborar planes, proposiciones o tratamientos para su sana existencia futura. Cada fase de trabajo contiene diversos elementos por medir y estudiar. Estos apuntes se refieren a la primera etapa de trabajo y su objetivo es el de conocer y definir los límites físicos de una zona urbano-minera, estudiando su evolución a través del tiempo, como base para establecer una zona de protección monumental adecuada y coherente con esa estructura histórica.

Para ello se tienen que situar, físicamente, sobre el territorio, las edificaciones que permitirán visualizar el conjunto y las formas de ocupación del suelo en las diversas épocas; para lograrlo, se debe establecer una serie de mapas sucesivos en los que estén vertidos los datos de las diversas fuentes de información.

La fuente principal es la presencia de los mismos edificios, pero es evidente que por abandono, superposiciones o estratificaciones constructivas, encontraremos pocos elementos originales de las primeras épocas (siglos XVI y XVII). Recurrir a las fuentes históricas para establecer claramente esas primeras etapas es, pues, de primera importancia. Los datos escritos que relatan la fundación y evolución del conjunto urbano-minero se conservan en ese mismo tipo de fuentes. El papel que juega la investigación documental en las reconstrucciones monumentales seguirá siendo de importancia para periodos muy recientes, por ejemplo: para localizar y definir los distintos cuarteles, manzanas y límites de la ciudad, la actividad de las haciendas de beneficio y de los tiros de las minas, etcétera... los datos gráficos (mapas, y en épocas ya recientes, las fotografías) son de gran utilidad y hasta cierto punto deberían constituir la fuente principal de análisis. Sin embargo en el caso de Guanajuato son muy pocos los mapas o planos que conocemos.[3]

[3] Plano del siglo XVIII del Archivo de Indias, de Sevilla y plano de

Expresada espacialmente, la densidad demográfica es uno de los instrumentos más interesantes con que contamos. Los índices de ocupación demográfica del espacio urbano proporcionan los medios más precisos para acercarse al conocimiento de la realidad física de las poblaciones. Aun cuando para épocas antiguas la confiabilidad de los datos es sólo relativa, las investigaciones históricas permitirán trazar, en líneas generales, la evolución demográfica del conjunto urbano y trasladarla al terreno ocupado por esa población.[4] Con esa preocupación en mente hemos trazado los mapas que aquí se incluyen. Aunque muy esquemáticos, los mapas son bastante expresivos por sí mismos. Sin embargo, hemos agregado algunas anotaciones relativas a las primeras épocas del establecimiento urbano en

1750 (Iosephus Rozuela Ledesmensis). Ambos representados como perspectivas topográficas desde el cerro de San Miguel y ambos publicados en *El Templo de la Compañía de Jesús en Guanajuato*, S. Díaz Berrio Ed., Universidad de Guanajuato, 1969.

Con anterioridad estos planos habían sido publicados; el primero por L. Torres Balbás, F. Chueca Goitia y J. González G., en *Planos de ciudades iberoamericanas y filipinas*, Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1951, y el segundo por Enrique A. Cervantes, en una interesante monografía para acompañar ese plano, *Bosquejo del desarrollo de la ciudad de Guanajuato*, Ed. del autor, México, 1942. Sería de gran utilidad que se diera a conocer el interesante plano de Marmolejo, elaborado hacia 1875. En la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Guanajuato existía una copia que pudimos estudiar superficialmente, y debería difundirse a través de una publicación.

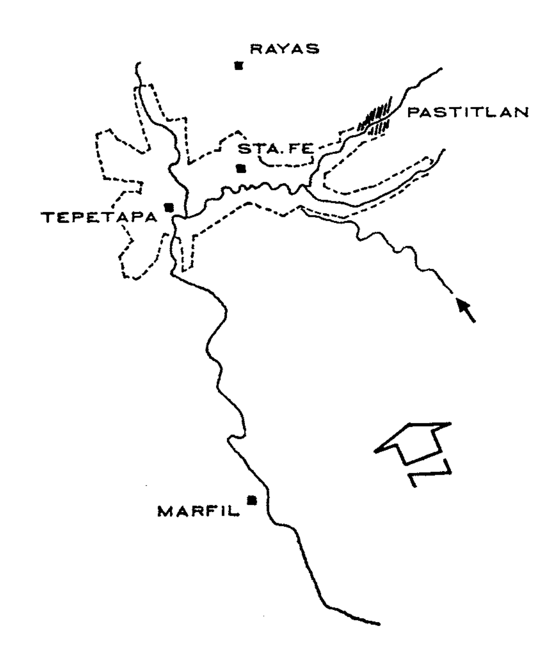
[4] En el número 83 de la revista *Historia Mexicana*, de El Colegio de México encontramos interesantes datos demográficos tanto en el estudio de Keith A. Davies, "Tendencias demográficas urbanas durante el siglo XIX en México"; como en el de D. A. Brading, "Grupos étnicos, clases y estructura ocupacional en Guanajuato, 1792", aunque hay datos que difieren de los que proporciona Marmolejo en sus *Efemérides guanajuatenses*. Las fuentes de Davies parecen más sólidas, pero aun así se aprecia claramente que la dificultad principal reside en que los datos de población parecen darse tanto para el conjunto urbano-minero como para la ciudad por separado y no siempre es posible saber a cuál de las dos estructuras se hace referencia. Aquí de nuevo se manifiesta, a lo largo del tiempo, la prueba de que se considera la totalidad del conjunto urbano-minero como un organismo, en apoyo de nuestros estudios actuales.

la zona, que pueden ser útiles a los investigadores. Estas características originales serán determinantes en el desarrollo de la ciudad y de gran utilidad para definir la zona de protección del conjunto urbano-minero.

Después de las expediciones de Nuño de Guzmán en 1529 y de Chirinos en 1531 hacia Jalisco, será fray Sebastián de Aparicio quien imprimirá la huella principal en la región de Guanajuato, al trazar y abrir, en 1542, el camino que comunicaría México con Zacatecas, mineral que se estaba comenzando a trabajar. Los arrieros, al transitar y hacer altos en ese camino, hallarán vetas de mineral a flor de tierra y motivarán el establecimiento de grupos mineros en la región.

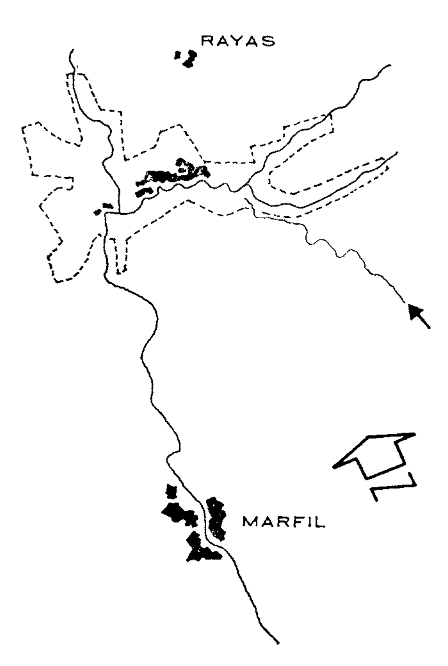
Así sucedió en 1548 en la zona que luego se llamó "La

GUANAJUATO (I), 1550



GUANAJUATO (II), 1560





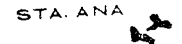
Luz" y en 1550 en la zona que se llamará "Rayas", al tomar el nombre del propio arriero-descubridor (Juan de Rayas). Es lógico suponer que deben haberse establecido diversos buscadores de minas en puntos aislados o grupos dispersos, en forma provisional, hasta 1554, año en que "para la defensa de la población, constantemente amagada por los chichimecas y guachichiles, se consideró indispensable establecer reales o campamentos".[5]

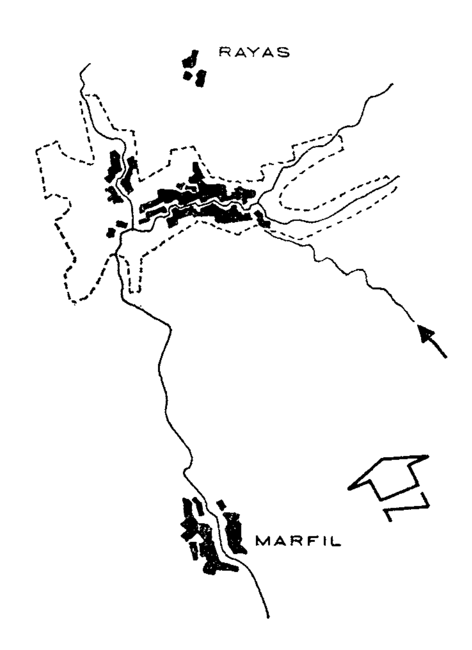
[5] Lucio Marmolejo, *Efemérides guanajuatenses,* tomo I, Ed. Universidad de Guanajuato, 1967.

Se establecen así los cuatro campamentos o fortines de tropas, y en torno a ellos se asentarán los primeros núcleos de pobladores, en forma aún relativamente provisional. Encontramos pues una forma de asentamiento muy semejante al de

GUANAJUATO (III), 1700

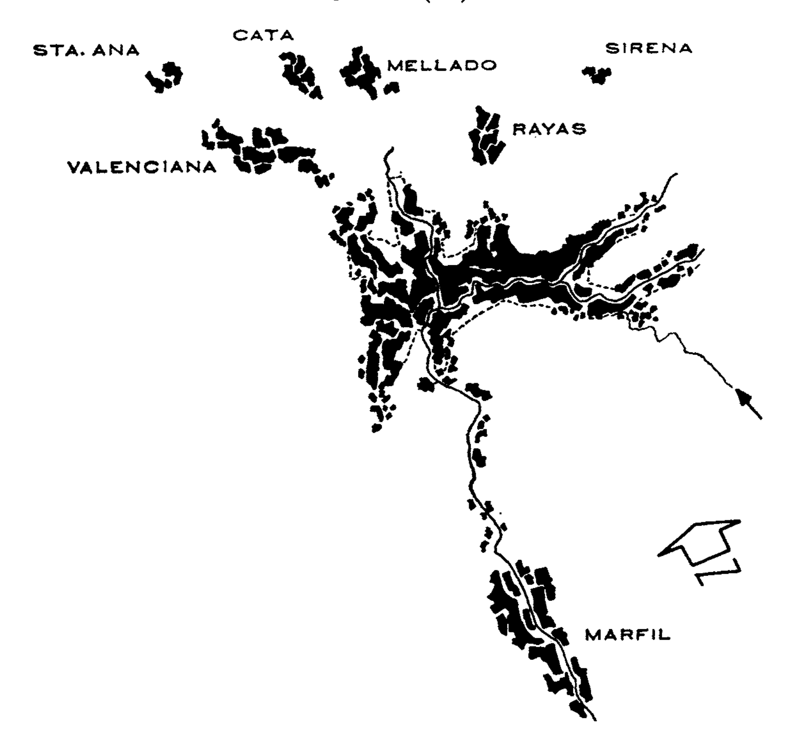






otras ciudades mineras y completamente diferente a la forma habitual de establecimiento de las nuevas poblaciones de la Nueva España. No hay aquí una traza, una organización y jerarquización geométrica "racional" de uso del territorio urbano; no se definen vías, plazas, predios o lotes, lugar para los templos y casas de gobierno, etc... como en las ciudades

GUANAJUATO (IV), 1800



"regulares" de la nueva cultura.[6] Se trata aquí de una instalación dispersa, un primer agrupamiento tentativo o provisional, en torno a unos núcleos o focos de defensa y de trabajo. Todo ello hace que se genere una estructura urbana bien diferente a la "normal".

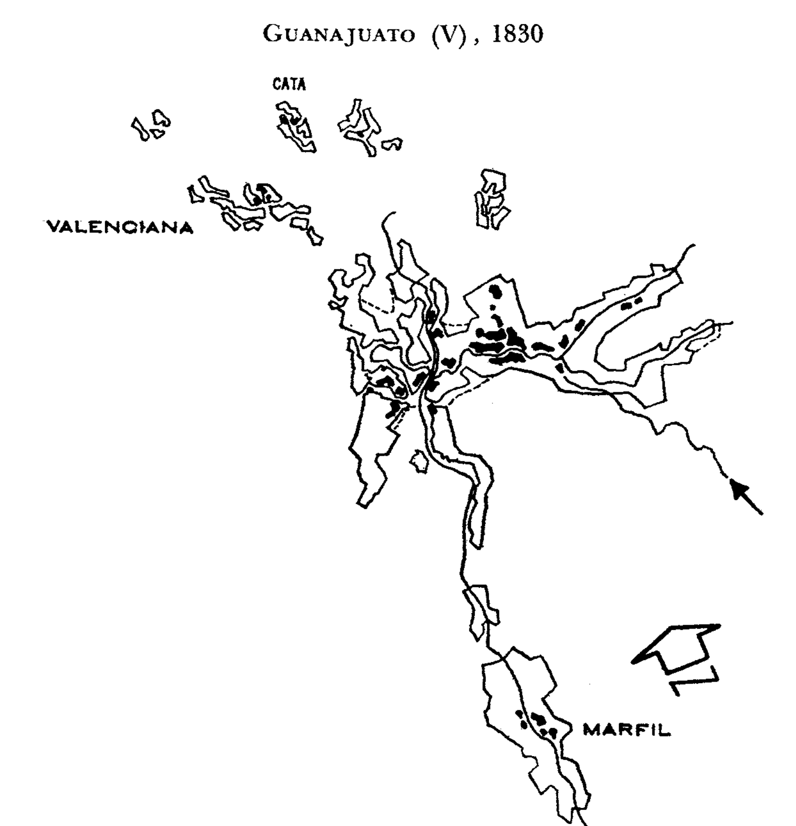
No será la calle o vía pública la base de la organización predial; por el contrario, la calle o vía pública aparecerá después, como espacio libre entre las construcciones, en forma bastante similar al sistema generador de las ciudades árabes. No se prevé ni se establece lugar para plazas, templos o casas

[6] Basta consultar la "Real Ordenanza" expedida por Felipe II en 1576, para las poblaciones nuevas.

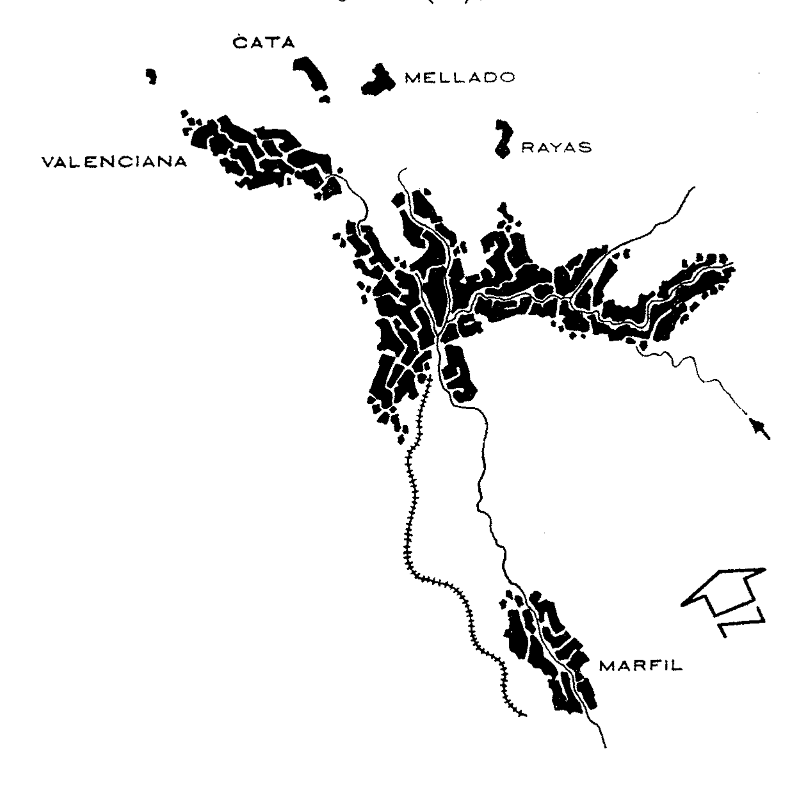
de gobierno: la estructura urbana se hará "sobre la marcha de la mina".

Vemos por lo tanto que se establecen no una, sino cuatro "poblaciones" o focos de una estructura superior. En un primer momento: Santiago (ahora Marfil) Tepetapa, Santa Ana y Santa Fe tienen todas iguales perspectivas o posibilidades de crecimiento. Diversos documentos prueban el carácter provisional de ese asentamiento y al mismo tiempo la interacción entre los focos que lo componen. Es por ello que se hace necesario considerarlos, desde un principio, como partes de un conjunto único.

GUANAJUATO (V), 1830



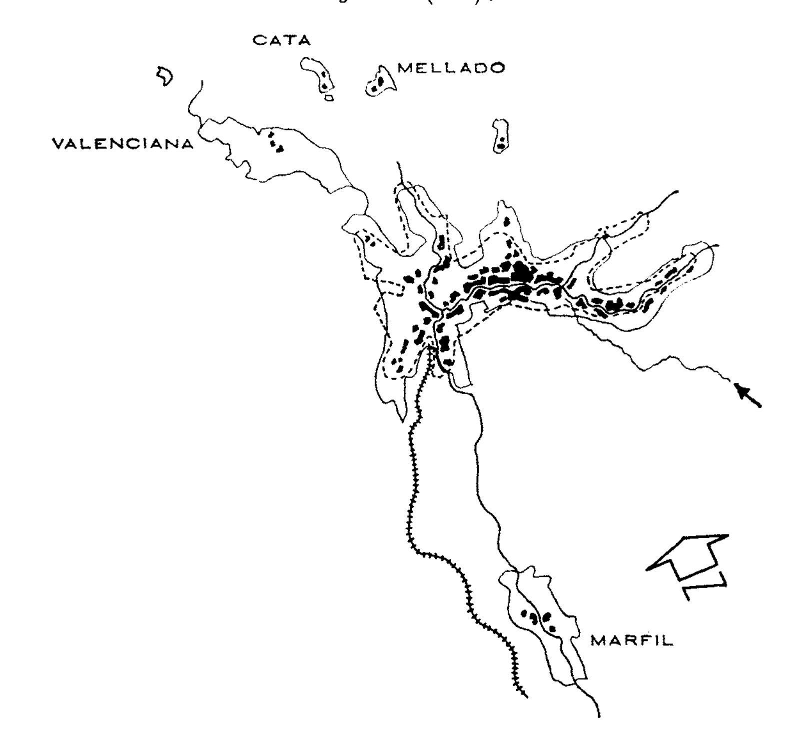
GUANAJUATO (VI), 1900



Al principio fue Santa Ana (con la instalación "satélite" y preexistente de La Luz) la zona que adquirió mayor auge y se convirtió en el foco dominante: allí se comenzó a levantar la primera capilla en 1554 (para el Hospital de Indios Tarascos) y, en seguida, en 1555 una capilla similar en Santa Fe. Pronto se altera esta situación tetrapolar, al iniciarse en 1558 los trabajos en Mellado y en Rayas que llevaron al descubrimiento de la —desde entonces famosa— "veta madre". Esas fechas marcarán un nuevo equilibrio en la estructura incrementándose la importancia de esos puntos, y la de su centro más cercano: Santa Fe.

En Santa Fe se concluye en 1565 la capilla del Hospital de Tarascos, de mayor importancia que las capillas anteriores, y en 1610 se establecen las primeras casas Reales. Para 1620, a pesar del desarrollo de Marfil, del establecimiento de Cata, de las primeras exploraciones de Tepeyac en la zona de Valencia —zona que resurgirá en gran forma durante el siglo XVIII— y una que otra bonanza en La Luz, la preponderancia de Santa Fe se afirma definitivamente (la ha tenido hasta nuestros días). En Santa Fe se habían instalado los franciscanos desde 1663. En 1673 se inició la obra del templo parroquial y después la del edificio jesuita. Todas estas construcciones se levantan a lo largo de la cañada, lo que originará la estructura de la ciudad que hoy conocemos.

GUANAJUATO (VII), 1930



Esta cañada, el río y la abrupta topografía del lugar, harán que la ciudad adopte la forma de "ciudad lineal" en lo relativo a su infraestructura.[7] Por otra parte, en lo relativo a la edificación o "volumetría" del conjunto, la ciudad adoptará la forma de "ciudad escalonada" o "ciudad oblicua", apoyada sobre las laderas. Mientras que las ciudades "regulares" novohispanas poseen una infraestructura sensiblemente reticular y "superficial", y una volumetría de dominante "horizontal" o con ligera curvatura, apoyándose a veces sobre planos levemente inclinados.

La topografía, el escalonamiento de la edificación y la formación irregular de los espacios libres públicos darán como resultado un mayor índice de ocupación del suelo por edificaciones dentro del área urbana, en relación con cualquier otra ciudad. No es fácil apreciar la peculiar proyección de la ciudad en planta (como se muestra en los mapas esquemáticos) ya que aun contando con la referencia de las curvas de nivel, la simple planta no permite valorar las complejas y sorprendentes calidades volumétricas del conjunto urbano.

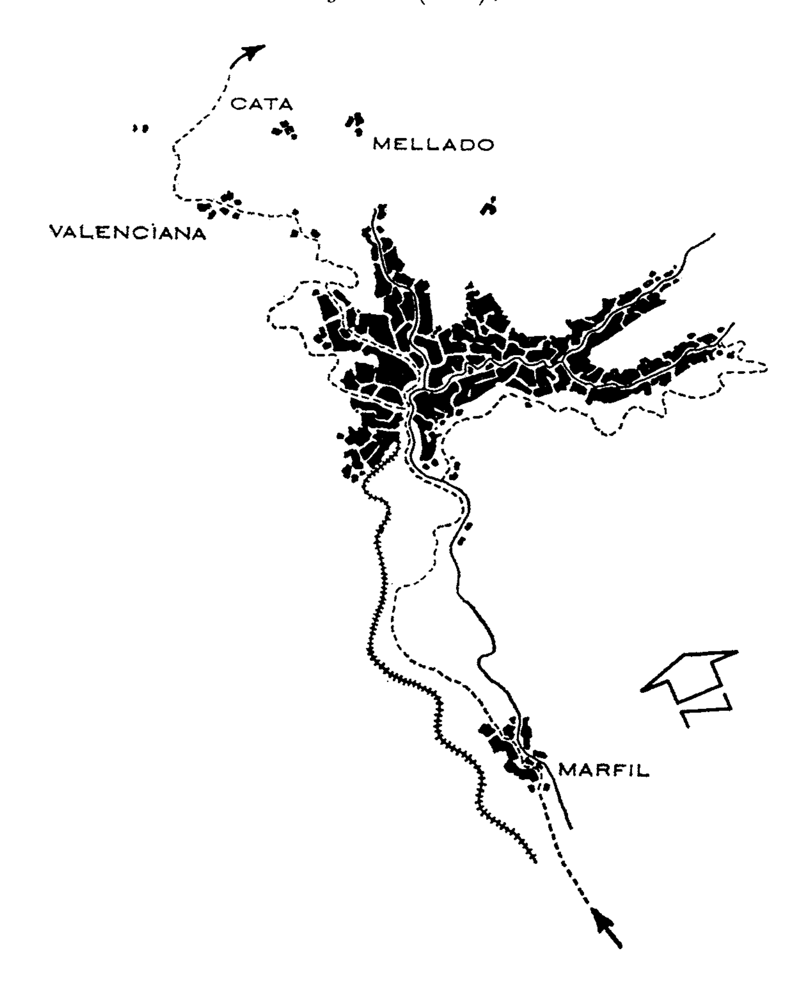
A partir de 1810, las sucesivas contracciones y expansiones de la población serán fiel reflejo de los movimientos generales del país. Esto se traduce en los mapas por "manchas" de ocupación del suelo, que pueden relacionarse en cada esquema con el perfil actual (1968) de la ciudad, indicado con línea punteada.

Para concluir, cabe señalar que el establecimiento de la nueva vía de circulación perimetral (carretera llamada "panorámica", "escénica" o "turística") en forma sensiblemente anular, en torno a la población, además de haber dañado ya en forma irreparable e inconcebible elementos de tan alto valor como el templo de Rayas y además de afectar la zona de Cata y producir alteraciones diversas en el valioso paisaje na-

[7] El tema de la "ciudad lineal" tanto en su estructura física, como en su "eje de actividades" fue parcialmente desarrollado, en lo relativo a las actividades, en la tesis profesional de Alfonso L. Tejada sobre la "Vialidad de la ciudad de Guanajuato", en 1970, y en la tesis sobre "Rehabilitación de la vivienda", de Fernando Mújica Quintero, en 1972.

tural, puede llegar a modificar seriamente la estructura propia del organismo urbano, al establecerse (anularmente) en forma contradictoria con la estructura "orgánico-topográfica" tradicional (lineal) de la ciudad, provocando daños y desequilibrios que debemos evitar para no perder tan valioso conjunto cultural.

GUANAJUATO (VIII), 1968



EXAMEN DE LIBROS

Daniel Cosío VILLEGAS, *Historia moderna de México. El Porfiriato. Vida política interior. Segunda parte.* México, Editorial Hermes, 1972.

Con la aparición del segundo volumen de la vida política interna del Porfiriato, Daniel Cosío Villegas da fin al ambicioso proyecto que él y sus colaboradores del Seminario de Historia Moderna de México, iniciaron en 1948. El resultado de este esfuerzo se encuentra en los diez volúmenes que se han publicado a lo largo del periodo y que examinan la vida política, económica y social de México desde la restauración de la República en 1867, hasta la caída del gobierno de Porfirio Díaz en 1911.

El tomo anterior al que se analiza aquí, está dedicado al examen de las circunstancias en que Díaz tomó y consolidó su poder después de la revuelta militar de Tuxtepec. El voluminoso estudio —1 086 páginas— que nos ocupa, se inicia con la inauguración de la segunda presidencia de Porfirio Díaz en 1884, después de hacer a un lado el principio de no reelección que les sirvió de bandera a él y a su grupo en la rebelión. El trabajo concluye en 1911, cuando Díaz es obligado a abandonar el poder ante la violenta irrupción de nuevas fuerzas sociales en un escenario político dominado durante más de un cuarto de siglo por un grupo de gran habilidad pero que había sido incapaz de institucionalizar su renovación y evitar la esclerosis. El hilo conductor en el análisis de este largo periodo es el proceso de consolidación y dispersión del poder político.

En la primera parte de la obra se examinan los mecanismos por medio de los cuales Porfirio Díaz neutralizó las influencias que, dentro de su propio grupo, le disputaron de alguna manera la supremacía en el liderato. Contra lo que fue una idea muy difundida, el general Manuel González no llegó a la presidencia en 1880 simplemente como consecuencia de un acto de voluntad de Díaz. En buena medida, Díaz le aceptó como sucesor, porque González contaba con un poder propio que la prudencia le aconsejó tomar en cuenta. Este poder no desapareció cuando González dejó la presidencia; Díaz tuvo que destruirlo a través de un largo proceso. Sólo así impidió que al término de su segundo periodo, en 1884, Manuel González estuviera en la posibilidad de exigirle que le en-

tregara nuevamente el poder. El proceso de erosión de la base de poder que González había conservado al abandonar la presidencia para asumir la gubernatura de Guanajuato, requirió de toda la habilidad de Díaz, pues existió el peligro de provocar una división dentro del grupo gobernante, que probablemente habría conducido a una nueva guerra civil. La táctica seguida entonces por Díaz —y que habría de emplear varias veces, tanto a nivel nacional como estatal— consistió en crear y apoyar discretamente a otra facción, que abiertamente se declaró enemiga del gonzalismo. Esta facción estuvo encabezada por su suegro, Romero Rubio, desde la Secretaría de Gobernación. Cuando se planteó el problema de la reelección de 1888, tanto González como Romero Rubio se habían desgastado en la sorda lucha que entablaron por suceder a Díaz; la reelección de este último fue vista entonces como la única forma de mantener la cohesión del grupo en el poder. Para 1888, la estabilidad política —añorada por más de medio siglo por todos los miembros importantes del sistema político— era un hecho. Pero también lo era el que esta estabilidad dependía en alto grado de que Díaz continuara en el poder. Porfirio Díaz se convirtió en el elemento indispensable, necesario, para la conservación de la estabilidad, lo que a la larga impidió que surgieran los mecanismos para institucionarla controlando la transmisión pacífica del poder. En la medida en que la persona de Díaz fue aceptada como el eje alrededor del cual se estructuró el nuevo sistema político no hubo problemas, pero se hipotecó el futuro.

Conviene detenerse en este punto y presentar las características fundamentales del sistema político porfirista una vez consolidado, tal como surge del abundante material presentado por el autor en la parte central y más amplia de su obra: la que examina la larga paz porfiriana. Díaz fue siempre el centro de la constelación de poder. Hacia 1888, cuando concluye su segundo periodo presidencial, el Congreso y el Poder Judicial carecían de fuerza propia; eran simples apéndices del Ejecutivo. Los veintisiete gobernadores de los estados —que constituían el segundo nivel de la pirámide del poder— habían perdido también mucha de su independencia. Apoyaban casi incondicionalmente las decisiones que en relación a sus estados y a la Nación en su conjunto, tomaban el presidente y su gabinete. Esto no quiere decir que no se reservaron cierto margen de decisión, cuya magnitud dependió en gran parte de la personalidad y de la relación particular de cada gobernador con el presidente. Del estudio no se desprende claramente cuál era la posición de los jefes militares; en

algunos casos parecen haber sido tanto o más importantes que los gobernadores. En un tercer y último nivel, estaban los jefes políticos y las autoridades municipales en general.

A pesar del marco constitucional, que preveía la existencia de un juego democrático, Díaz nunca permitió que sus enemigos se ampararan en él. Para 1888, las pocas voces disidentes en el Congreso, habían sido ya eliminadas a través de la manipulación de las elecciones y del control de la actividad política en general. El marco democrático se mantuvo, pero se le vació de contenido. La función del proceso electoral no fue nunca la de permitir la selección de las élites gobernantes por los gobernados, sino la legitimación de la permanencia de Díaz y de los seleccionados por él para ocupar los cargos públicos. El ritual electoral también sirvió para lanzar campañas propagandísticas periódicas que terminaron por crear un verdadero culto a la personalidad del presidente y, en menor medida, a la de algunos de los gobernadores. A pesar de la crudeza de los procedimientos, el objetivo parece haberse logrado plenamente: la hegemonía porfirista se legitimó y las voces disonantes fueron poco escuchadas.

El Poder Legislativo, como se ha dicho, perdió su sentido original de servir de regulador al Poder Ejecutivo, y ni qué decir que el Poder Judicial se encontró en una posición similar. Sin embargo, el Congreso parece haber desempeñado un papel importante en el mantenimiento de la estabilidad política. Dado el prestigio social que adquirió el puesto de diputado o senador —a pesar de carecer de verdadero poder político—, las cámaras fueron empleadas por el presidente —y a través de él, por los gobernadores— para compensar los servicios y la lealtad de un buen número de personas políticamente activas e importantes. Al examinar la composición de las cámaras, y de los altos círculos del gobierno en general, se advierte una característica del Porfiriato: el poder político y el poder económico quedaron indisolublemente ligados. Las grandes fortunas estaban directamente representadas en la estructura política.

Otra característica del sistema fue la gran dependencia de los gobernadores del presidente y del gobierno central. Para evitar la acumulación de poder en la esfera local, Díaz fomentó la rivalidad entre facciones y de cuando en cuando empleó al ejército con el mismo propósito. Sin embargo, cuando la reelección se generalizó en los estados, algunos gobernadores recobraron parte del poder que habían cedido al centro, aunque nunca se volvieron a crear cacicazgos semejantes a los que Díaz encontró al asumir el poder. El

caso del general Bernardo Reyes, que el autor siguió muy de cerca, constituye un ejemplo fascinante. Su aparición en la gubernatura del Estado de Nuevo León, se debió al deseo de Díaz de emplearlo como el instrumento para destruir las bases de poder de dos viejos caudillos norteños a quienes temía: los generales Treviño y Naranjo. Reyes cumplió con su misión. Pero poco a poco se fue convirtiendo dentro de su estado en una réplica de lo que Díaz era en el ámbito nacional: el hombre indispensable. Su control sobre uno de los estados más importantes de la República por su notable crecimiento económico, y su prestigio dentro del ejército, dieron a Reyes un gran poder. Este poder le llevó a hacer el intento de obligar a Díaz en 1908-1909 a que le ofreciera la vicepresidencia en las elecciones de 1910, con lo que se convertiría en su eventual sucesor. Díaz tuvo que echar mano de toda su experiencia y recursos para eliminar políticamente a Reyes. Uno de estos recursos consistió en volver a colocar al general Treviño en una posición fuerte en Nuevo León.

Se ha dicho que desde un principio se impidió la organización de una oposición efectiva. Sin embargo, una de las constantes del periodo fue la persistencia de pequeños grupos de inconformes que de una manera u otra lograron dar voz a sus demandas de democratización. Siguiendo las peripecias de la prensa independiente —que el autor trata con gran detalle— se ve que la represión y el uso arbitrario del poder contra los opositores fue constante. Pero a la vez no tan brutal como la "leyenda negra" del porfirismo ha querido hacernos creer. Prueba de ello es que la prensa opositora, a pesar de la constante intervención de los poderes públicos, no llegó a desaparecer. Díaz aceptó ciertos límites a su poder represivo, especialmente cuando, como en el caso de la prensa, se trataba de una oposición que empleaba en su defensa el marco legal que el régimen se había visto obligado a preservar a pesar de la impunidad con que en innumerables ocasiones lo violaba. La represión casi siempre fue acompañada de una buena dosis de corrupción para asimilar a los opositores o por lo menos para neutralizarlos mediante el patrocinio de grupos rivales (de nueva cuenta, el caso de la prensa ofrece innumerables ejemplos de este proceso). Según el estudio de Cosío Villegas, la eliminación física de los opositores no fue frecuente, pero siempre fue una posibilidad. El asesinato del anciano general Trinidad García de la Cadena, antiguo caudillo liberal que intentó sin ningún éxito iniciar una rebelión en Zacatecas, muestra claramente tanto la impunidad con que se podía emplear la violencia contra los opositores, como la renuencia de Díaz a usarla de manera siste-

mática. Este mismo ejemplo sugiere que a este respecto, las autoridades locales mostraron menos escrúpulos que el presidente, aunque esta afirmación debe matizarse. Cuando la rebeldía fue abierta (y a ella recurrieron grupos que tenían poco peso en la sociedad porfiriana, como era el caso de los indios yaquis y mayos, y en menor medida, de los grupos obreros) la represión fue extremadamente —quizás innecesariamente— violenta. Cosío Villegas pone de manifiesto la notable insensibilidad de Díaz y sus colaboradores para resolver por medios políticos, y no a través de la represión, los problemas planteados por el descontento de estos grupos marginales. Esta insensibilidad disminuía un tanto a medida que los opositores subían en la escala social.

A la larga, la neutralización, silenciamiento y represión de los portavoces más coherentes de las corrientes que demandaban una renovación de los cuadros dirigentes y modificaciones en las normas del sistema político, fue dañina para éste. Al no permitir la expresión de ideas contrarias, Díaz fue perdiendo poco a poco contacto con algunos de los problemas más graves que afectaban a la sociedad mexicana de fines del siglo XIX y principios del actual. El aislamiento aceleró el fenómeno de esclerosamiento del aparato político. No advirtió el presidente que el vertiginoso desarrollo económico que él había propiciado traía aparejado el surgimiento de nuevos grupos y de nuevos problemas que pasaban inadvertidos porque los canales de comunicación habían sido cerrados.

La tercera y última parte de la obra trata de explicar las razones por las cuales este sistema que funcionó tan armoniosamente por varias décadas, se vino abajo de una manera tan repentina y dramática y casi sin presentar resistencia. La explicación se da en un plano puramente político. La falla capital de todo el andamiaje se encontró en el hecho de que Díaz no supo o no pudo encontrar a tiempo una fórmula de institucionalizar la transmisión pacífica del poder, de tal manera que la permanencia del sistema fuera independiente de su presencia. Nunca se llegó a formar un verdadero partido político que tuviera este fin. Las diversas organizaciones políticas que se formaron durante el periodo nunca lograron trascender los fines inmediatos de su creación: la organización de las campañas de propaganda que presidían cada nueva reelección de Porfirio Díaz. A medida que se hizo evidente que, por la avanzada edad del dictador, era preciso encontrar la fórmula a través de la cual las diferentes facciones de la élite en el poder llegaran a un acuerdo sobre quién le sucedería, se hizo también más apremiante la necesidad de un mecanismo que

mantuviera la disciplina y la cohesión del grupo gobernante. Aparentemente, Justo Sierra, consciente del peligro, intentó transformar la Unión Liberal en algo más que una efímera organización surgida para legitimar una nueva reelección del anciano dictador. Quiso formar con ella un partido político permanente, que apoyara no tanto a la persona de Díaz sino un programa político que contuviera lo esencial del modelo porfirista. El esfuerzo fue inútil; Díaz no se interesó en una organización que le restaría poder en la medida en que fuera efectiva.

La alternativa al partido fue la creación de la vicepresidencia en 1904. El ocupante de ese puesto tendría poco poder mientras Díaz viviera, pero a su muerte —y era evidente entonces que este momento estaba cercano— heredaría los amplios poderes del dictador. Esta solución, aparentemente simple, tuvo un grave inconveniente: entre quienes rodeaban a Díaz, había más de uno que se consideró con los méritos suficientes para ocupar el puesto. De entre los miembros de este círculo íntimo destacaron dos aspirantes: el secretario de Hacienda, Limantour, y el general Reyes. Limantour era entonces el líder de un reducido pero poderoso grupo: el de los científicos. Este grupo, formado por Romero Rubio cuando fue secretario de Gobernación, estaba constituido por gente más joven que el presidente y que por su educación y capacidad llegó a constituir lo que Cosío Villegas llama la primera tecnocracia mexicana. A cambio de poner sus conocimientos al servicio de Díaz, éste les permitió acumular un gran poder en el gobierno central y obtener considerables beneficios personales. En oposición a los científicos se encontraban otros grupos, también ligados a Díaz. El principal de ellos fue el que se formó alrededor de la figura de Bernardo Reyes. Díaz trató de evitar las luchas entre estas dos facciones introduciendo a Reyes en el gabinete y propiciando un acuerdo con Limantour. Aparentemente Porfirio Díaz deseaba que a su muerte, el ministro de Hacienda le sucediera en el mando con el apoyo de Reyes, y por consiguiente, del ejército. No pasó mucho tiempo antes de que el presidente se percatara de que no era posible dar fin a la rivalidad de los dos grupos, rivalidad que se exacerbó cuando él decidió dejar la vicepresidencia en manos de Ramón Corral, una figura relativamente oscura, pero relacionada con los científicos.

Bernardo Reyes presionó indirectamente en 1908 y 1909 a través de una campaña bien organizada para que en las elecciones de 1910 el presidente hiciera a un lado a Ramón Corral y le aceptara a él como vicepresidente. El resultado de esta campaña no fue el previsto

y Reyes se vio en la disyuntiva de aceptar su marginalización del círculo del poder o hacer uso de la fuerza para imponerse a Díaz y a los científicos; el peligro estaba en que en esta aventura se podía destruir el sistema porfirista que a él le interesaba conservar. En 1910 Reyes aceptó una comisión que le llevó a Europa: se trataba de un exilio ligeramente velado.

Había un tercer grupo en la disputa por la vicepresidencia: los antirreeleccionistas. Este grupo estaba formado por algunos miembros de las clases altas que deseaban introducir modificaciones en el sistema y por elementos de las clases medias que no habían sido incorporados al mismo. El interés común de sus miembros era una oposición no tanto al dictador cuanto a la hegemonía que el grupo científico pretendía ejercer a su muerte. Para 1910, Francisco I. Madero era, junto con Vázquez Gómez, el líder del movimiento. Tras de intentar inútilmente llegar a un acuerdo con Díaz, los antireeleccionistas —a diferencia de Reyes— se declararon abiertamente como opositores del régimen e iniciaron una vigorosa campaña electoral. Únicamente cuando la presión sobre sus métodos de oposición legal se hizo insoportable, se decidieron a tomar el camino de las armas. Al autor le sorprende la falta de interés que el gobierno mostró por los antirreeleccionistas antes de que se convirtieran en revolucionarios y por lo mal informado que estuvo el presidente sobre el movimiento: una muestra más de que la atrofia del régimen había pasado el *point of no return*.

Este extenso estudio concluye con el examen de la forma en que la rebelión maderista puso en crisis al sistema. Cosío Villegas hace notar al lector que la velocidad con que el régimen se desmoronó resulta sorprendente y casi inexplicable. Los errores inmediatos de Díaz fueron varios, entre otros el haber mantenido a toda costa en la vicepresidencia a una figura tan controvertible como Ramón Corral y no haber sabido conciliar a tiempo las diferencias entre los grupos que le rodeaban. Otro error, más inmediato aún, fue haber permitido que Limantour se marchara a Europa a arreglar ciertos asuntos financieros antes de haber solucionado el problema del maderismo. Y, finalmente, no haber sido capaz de lograr un mínimo de eficacia en la movilización de sus fuerzas frente a la rebelión surgida en el norte; en los momentos de mayor necesidad no hubo ni los hombres ni las armas necesarias para hacer frente a un enemigo que contaba con pocos recursos y distaba mucho de estar bien organizado.

La base documental de esta obra es extremadamente rica. En la

bibliografía de fuentes secundarias se citan alrededor de 250 títulos. Por lo que se refiere a los materiales primarios, la fuente principal la constituye la Colección General Porfirio Díaz, que los herederos del dictador pusieron a disposición del autor. En el ensayo bibliográfico, se explican de manera detallada los motivos que llevaron a emplear unos archivos más que otros y el estado en que éstos se encontraban. Resulta casi inútil señalar que la extensión del estudio y sobre todo la base documental que los sustenta, lo convierten ya en la obra de consulta básica para todo aquel que se interese en la comprensión de la naturaleza del régimen porfirista. Díaz y su obra son tratados de manera equilibrada y objetiva, en la medida en que la objetividad es posible en la historia. El autor evita cuidadosamente la degradación innecesaria de la figura de Díaz, propiciada por razones ideológicas por los gobiernos revolucionarios y sus sucesores. Aparecen todos los rasgos negativos de la dictadura, pero de igual manera se encuentran las innegables dotes de estadista que caracterizaron a Díaz. El autor quiere ante todo comprender las acciones de Díaz, sin condenar ni justificar. Con esta obra se ha recorrido un largo camino: de la historiografía de la Revolución, que buscaba simplemente legitimar las acciones de los vencedores de Díaz, se ha llegado a la etapa en que es posible una historia que no pretender servir al poder político sino esclarecer un periodo de nuestro pasado cuya herencia llega hasta nosotros.

A pesar de su solidez, la obra no deja de presentar algunos problemas. Se trata de examinar el desarrollo político de México bajo el gobierno de Díaz. Sin embargo, el autor no indica explícitamente cuál es su concepto de la política, del desarrollo político o de sistema político; de aquí que la inclusión de ciertas variables y la exclusión de otras sea, aparentemente, arbitraria. El no partir de un modelo del proceso político más o menos formalizado tiene posiblemente la ventaja de no crear rigideces innecesarias. Pero también tiene desventajas, pues la falta de este recurso metodológico, que puede ser una guía más segura para el investigador que tiene que seleccionar y discriminar entre un mar de datos posiblemente interesantes, puede llevar a perder de vista algunas variables esenciales para la comprensión y explicación de los procesos que se están analizando. Así, por ejemplo, cuando uno trata de saber cómo se comportaron algunos de los actores más importantes del sistema político, se encuentra con una información relativamente escasa. Esto sucede con el ejército, una institución que desde la independencia y hasta la consolidación de Díaz en el poder, había desempeñado un papel crucial

en el proceso político. El lector saca muy poco en claro sobre cómo y hasta qué punto se llegó a limitar el poder político del ejército en el Porfiriato. En cambio, se estudia con gran esmero la evolución de la prensa de oposición, a pesar de que en algún momento el autor señala que su influencia real a todo lo largo del periodo fue muy reducida.

La división del estudio histórico por temas —historia política, historia social e historia económica— tiene indudables ventajas para facilitar el manejo del material, pero también presenta problemas. Esto se ve claramente al final de la obra. La explicación del derrumbe del sistema porfirista se da en función de factores puramente políticos, con lo que se restringe innecesariamente la explicación. Por ejemplo, las dificultades económicas que afectaron a una parte importante de la élite porfirista a principios del siglo, y que llevaron a muchos de sus miembros a culpar a Limantour y a los científicos de una buena parte de sus problemas, no son mencionados aquí. No es que se pretenda pedir una reproducción del análisis económico hecho ya en los otros volúmenes, pero sí parece necesario señalar —por ejemplo— la relación que pudo haber existido entre esa crisis económica y la lucha de facciones dentro del grupo en el poder. De la misma manera se puede decir que la explicación hubiera sido más completa si la rebelión maderista hubiera sido analizada con la ayuda de ciertas variables sociales. Los nombres de Orozco y Zapata sólo aparecen una vez y de pasada; es verdad que a las figuras de Madero y de sus lugartenientes de clase media se les pone un énfasis adecuado, pero el lector no llega a saber de dónde salieron ni por qué actuaron aquellos que, como Orozco y Zapata, se enfrentaron efectivamente al ejército porfirista. Sabemos por otras fuentes que sus motivos tuvieron poco que ver con aquellos que llevaron a Madero y a los dirigentes del partido antirreeleccionista a desafiar la autoridad de Díaz, pero ellos no se mencionan en esta obra.

A manera de conclusión, es conveniente notar que esta obra avala una tesis que el autor ha sostenido en varias ocasiones en otra parte: la similitud entre el sistema político porfirista y el que surgió después de la Revolución. Los rasgos autoritarios que caracterizan al sistema anterior a 1910 persisten después del triunfo revolucionario, sólo que el nuevo régimen aprendió de los errores del pasado; para evitar las rigideces de las últimas etapas de la paz porfiriana, creó un partido dominante que no sólo facilitó la transmisión pacífica del poder sino que incorporó, a la vez que controló, los grupos que

Díaz había dejado al margen de la vida política. Así pues, lo que caracteriza al sistema político mexicano actual no es una naturaleza muy diferente a la del anterior a la Revolución, sino precisamente su gran flexibilidad para obtener el mismo fin que perseguían Díaz y su grupo: desarrollo económico acelerado en un marco de estabilidad política. En menor medida, la flexibilidad de los gobiernos posrevolucionarios se explica por otra diferencia con relación al antiguo régimen. En éste, el grupo políticamente hegemónico lo era también en el campo económico, mientras que la Revolución, por su parte, estableció una cierta separación de funciones —separación cada vez más tenue— entre los dos grupos, lo que ha conferido a la élite política mayores visos de legitimidad y más posibilidades de acción. Aparentemente la Revolución de 1910 no acabó con la herencia porfirista sino que la enriqueció.

Lorenzo MEYER
El Colegio de México

Enrique FLORESCANO, *Estructuras y Problemas Agrarios de México (1500-1821)*. México, Secretaría de Educación Pública. Colección Sep-Setentas, 1971. 235 pp.

El nuevo libro de Florescano no es una recopilación más de documentos o comentarios inconexos sobre problemas agrarios de la Colonia. Siendo un texto de divulgación, se inscribe, sin embargo, en la breve lista de ensayos interpretativos que sobre el tema existen. La primera parte describe los fundamentos de la propiedad y el proceso de acaparamiento de la tierra. El resto del libro (caps. IV y V) constituye un análisis sugestivo y penetrante del funcionamiento interno de la hacienda y su papel dentro de la sociedad.

La investigación de Florescano se inicia ahí donde termina la de Chevalier: "El acaparamiento de la tierra por un grupo reducido de privilegiados —escribe el autor— y la constitución de latifundios fueron sin duda factores importantes... Sin embargo para comprender cabalmente esos procesos es necesario considerar otros factores que intervinieron poderosamente en el desarrollo del latifundio y que explican su funcionamiento dentro de la estructura agraria colonial." (p. 102).

El enfoque es estructural. No se trata de analizar tal o cual aspecto de la hacienda, sino el conjunto de factores y las relaciones

que entre ellos se establecen: "...las páginas que siguen, en lugar de cargar el acento sobre uno solo de estos aspectos —el latifundismo por ejemplo— buscan más bien establecer las relaciones existentes entre todos ellos y explicar su funcionamiento dentro de la estructura agraria de la Colonia". *(Ibid.)*

El punto de partida son las crisis agrícolas causadas por fenómenos meteorológicos. Ya en otro libro, el autor había demostrado su carácter cíclico y regular abriendo así un campo completamente nuevo al estudio de la economía colonial: el de la dinámica a corto y largo plazo. Como la economía capitalista, la economía feudal conoce el ciclo económico. Sin embargo, el origen de éste es totalmente diferente en los dos sistemas. En el capitalismo su raíz está en la contradicción entre el carácter social de la producción y el privado de la apropiación. Su expresión es la miseria dentro de la abundancia (sobreproducción). En la sociedad precapitalista, la crisis es resultado de la baja productividad, el predominio de la agricultura, el acaparamiento, las deficiencias de transporte y la consecuente vulnerabilidad a los fenómenos climatológicos adversos. Su expresión es el hambre y la muerte por escasez.

Sólo el origen de las crisis en las formaciones precapitalistas es natural. Sus repercusiones están determinadas por la estructura social. Mientras unos se enriquecen, otros se empobrecen y grandes masas son físicamente aniquiladas. Florescano esboza con penetración los efectos contradictorios de las crisis sobre el *status* económico, social y político de las diferentes capas sociales y las empresas económicas de la época. Los ciclos agrícolas constituyen una faceta importante del funcionamiento de la economía colonial vista como un todo. Es más bien curioso que la importancia de esta aportación y de las posibilidades científicas que encierra, no hayan sido aún debidamente aquilatadas por los historiadores y economistas mexicanos. Con la elaboración de las gráficas de precios agrícolas y la constatación del carácter cíclico de crisis y auges, Florescano abre la posibilidad del análisis de la dinámica económica, pone en claro una serie de contradicciones e intereses e inicia la profundización del estudio del nacimiento, estabilización y crisis de una serie de instituciones coloniales, arrojando nuevas luces sobre la cronología de los grandes movimientos políticos. Aun cuando el análisis cuantitativo no constituye por sí mismo una interpretación de la historia, se trata de un avance fundamental en la ardua tarea de introducir el análisis económico en los estudios históricos de la Colonia. La

observación de la coyuntura y sus efectos es una aportación básica al tema principal de la ciencia social en nuestros países: el crecimiento y el desarrollo.

El autor describe el efecto del aumento brusco de los precios del maíz en los diferentes sectores productivos.

En las ciudades, las masas semiocupadas se ven reducidas a la inanición. Los asalariados pasan hambre, porque sus salarios nominales permanecen fijos, mientras que los precios del maíz suben estratosféricamente. Los artesanos y trabajadores especializados se ven obligados a renunciar a todo lo que está por encima del nivel de subsistencia física. El descenso en la demanda de otros artículos afecta negativamente a comerciantes y manufactureros cuyas ventas se reducen. Muchas minas se ven obligadas a suspender la producción, por la imposibilidad de alimentar a los trabajadores. Sin embargo la existencia de pósitos en las principales ciudades y reales de minas, mitigan los efectos más destructivos del fenómeno. En el campo, en cambio, no existen mitigantes. Los indios mueren y los rancheros y comunidades que se ven obligados a vender a precios módicos son forzados a liquidar sus magras propiedades para luego remontarse al monte y vivir de raíces o emigrar a la ciudad. Los hacendados en cambio, especulan. Afirman su posición monopolista y la aprovechan para lucrar, expander sus propiedades y arruinar a los competidores más pequeños, aumentando su dominio sobre el mercado local.

Florescano ha logrado establecer la relación entre las crisis agrícolas y las epidemias, ayudando así a esclarecer uno de los problemas más debatidos de la historiografía colonial: las causas de la desaparición de la población indígena. Las epidemias aparecen *después* de las crisis agrícolas. La gran mortandad que causan las enfermedades no son simplemente resultado de la falta de inmunidad de los indios, sino de las condiciones de hambre y miseria social a los que son condenados por el sistema.

El último capítulo del libro —ya publicado en *Historia Mexicana*— se refiere a la crisis de la estructura agraria de los últimos años del virreinato. Se trata de un análisis muy sugestivo de las posiciones de los diversos sectores de las clases dominantes acerca del problema agrario. El final de la época colonial se caracteriza por un crecimiento importante de la población y el aumento de la producción minera y textil. Estos fenómenos entran en contradicción con la expansión voraz de las haciendas y el predominio

monopolista de éstas, que encarecen los productos alimenticios e impiden una utilización más racional de las tierras disponibles.

Acertadamente el autor señala que este fenómeno provoca una "división de la oligarquía". Los más articulados críticos de la hacienda son la burocracia virreinal y ciertos sectores de la Iglesia. Éstos ven con desconfianza el poderío creciente del hacendado que amenaza desplazar el centralismo despótico (político y económico) del sector dominante, burocracia-Iglesia. La desconfianza es acentuada por el hecho de que la mayor parte de los grandes hacendados son criollos. Burocracia e Iglesia sienten la inquietud de las masas y algunos de sus representantes más inteligentes intuyen el estallido. Para impedir éste y debilitar la posición de los hacendados se atacan los privilegios de éstos: se esboza un programa de reformas con los siguientes puntos:

a) Que los hacendados franqueen las tierras que no cultiven para que sean arrendadas con rentas moderadas a comunidades, indios, casta y mestizos que carecen de ellas (pp. 195-197).

b) Que se requisen las tierras realengas (tierras baldías que pertenecen a la Corona) que han sido usurpadas por los hacendados (pp. 195-196).

c) División gratuita de tierras realengas entre indios y castas (p. 197).

d) Aplicar drásticamente las leyes antimonopolistas contra el acaparamiento de granos (p. 209).

e) Distribución de la tierra de las comunidades en propiedad privada a los indios de cada pueblo (p. 197).

Al principio no se proponen medidas que afecten el derecho a la propiedad de los hacendados. No existen intenciones expropiatorias. ¿Cuáles hubieran sido los efectos reales de estas medidas? Al multiplicarse los pequeños productores se hubiera debilitado considerablemente el dominio monopolista de los hacendados sobre el abastecimiento de productos alimenticios en los mercados locales. La disponibilidad de mano de obra para las haciendas habría decrecido rápidamente. El fortalecimiento de la posición de las comunidades y los rancheros habría mellado la omnipotencia política local de los hacendados que se iban convirtiendo en caciques, desplazando la preeminencia de la burocracia y la Iglesia, que naturalmente hubieran sido los beneficiarios más inmediatos de la

Florescano se sorprende de que Abad y Queipo, San Miguel y otros liberales de la época propongan —para superar el atraso de los

indios—, no la extirpación de los latifundios, sino la disolución de la comunidad. Y sin embargo, la posición es lógica. La comunidad indígena es el sector más atrasado de la economía mexicana de los siglos XVIII y XIX. Para un ilustrado de la época, quien pone toda su fe y esperanza en la libre competencia y la iniciativa irrestricta del individuo (empresario), la comunidad indígena sólo puede ser superada por la propiedad privada, pequeña o mediana. Pero además, la comunidad forma parte del sistema corporativo establecido por el despotismo tributario de la Corona que ahoga la expansión de la propiedad privada irrestricta, así como de la actividad económica regida por el principio del lucro. Por eso debe desaparecer igual que las demás corporaciones: Iglesia, gremios, etc. Naturalmente, Abad y Queipo y San Miguel no podían figurarse que algunas décadas más tarde el argumento anticorporativo esgrimido contra la comunidad sería ampliado por los liberales a la Iglesia misma.

En la primera década del siglo XIX, a raíz de las grandes hambrunas y la profundización de las contradicciones ya citadas, el programa antilatifundista se radicaliza: se levanta el espectro de la expropiación (pp. 205-209). La argumentación se apoya en la idea de que la propiedad privada no puede oponerse al "bien general". Bustamante recoge así, hábilmente, el principio implícito en el sistema del despotismo tributario de la Corona, según el cual *toda* forma de propiedad es condicional, para darle un nuevo contenido y volverlo contra los hacendados.

No hay duda de que la constelación formada por los burócratas virreinales, eclesiásticos, comerciantes y manufactureros contra los hacendados, constelación que en los momentos de crisis agrícola amenaza con arrastrar a las masas, arroja a los hacendados al campo de la independencia. Cuando la amenaza expropiatoria estuvo a punto de hacerse realidad con la Real Cédula de Consolidación, muchos hacendados abrazan prácticamente el partido de los independentistas.

El nuevo libro de Florescano lleva al amplio público, ideas ya esbozadas ante el especialista. Su estilo llano y agradable, lo hará sin duda un texto imprescindible en todas las clases de historia económica de México.

Enrique SEMO
Departamento de Investigaciones Históricas, INAH

James D. Cockroft, *Precursores intelectuales de la Revolución mexicana (1900-1913).* México, Siglo XXI Editores, S. A., 1971, 290 pp.

Una investigación llevada a cabo por el norteamericano James D. Cockroft culminó con la publicación de *Intellectual Precursors of the Mexican Revolution, 1900-1913,* en 1968. Tres años después, en 1971, sale el libro en español bajo los auspicios de la editorial Siglo XXI.

Forma parte esta obra de un conjunto de estudios de norteamericanos acerca de la historia política del México del siglo xx. John Womack, Stanley F. Ross, Charles C. Cumberland, E. V. Niemeyer y muchos otros historiadores se alinean con Cockroft por su interés profesional en los personajes de la Revolución y en los problemas de este movimiento. Una característica en común tienen estas diversas investigaciones: las facilidades que sus autores buscaron y consiguieron para llevarlas a cabo. Cockroft, por ejemplo, contó con el consejo de sociólogos e historiadores norteamericanos, de especialistas mexicanos en la Revolución y el Porfiriato, hasta de europeos. Agrégase a ello el acceso fácil a fuentes difíciles: bibliotecas y archivos privados, ficheros no publicados, testigos presenciales, etc. ¡Ojalá que investigadores mexicanos entraran siempre por esta vía a su pasado!

Con tales instrumentos Cockroft se acerca a uno de los temas más famosos de la contienda de 1910: la Revolución Precursora. Todos los antecedentes políticos de la Revolución, desde la fundación del Club Ponciano Arriaga en 1905 hasta el estallido de la misma, se comprenden bajo ese nombre.

En esta "totalidad" James Cockroft escogió un aspecto especial: el de los intelectuales que actuaron en ese movimiento. Por lo menos así lo anuncia el título de la obra. Sin embargo éste no deja ver la forma en que el autor situó a esos seis miembros de la *intelligentssia* (Ricardo Flores Magón, Camilo Arriaga, Librado Rivera, Francisco I. Madero, Juan Sarabia y Antonio Díaz Soto y Gama), ni su análisis minucioso de todos los sucesos de la Revolución Precursora y la situación del país antes y después de ella.

Con esta advertencia cabe pasar a resumir el contenido del libro. Tres partes muy distintas lo integran, correspondiendo más o menos a una división temporal.

En la primera sección el autor ubica la Revolución Precursora

en el trasfondo porfirista. Empieza por describir el panorama social, económico y político de San Luis Potosí, cuna de ésta (capítulo I). El desarrollo de cada rama de la economía (de los ferrocarriles, la industria y el campo) es presentado con el fin de probar que allí existía un régimen capitalista y no feudal. La unión de los intereses políticos con los económicos, la existencia de monopolios, de una burguesía elitista y de trabajadores proletarios lo demuestran.

Habiendo pintado el cuadro general, en el segundo capítulo Cockroft se dedica a describir la situación de cada clase (la alta, la media, incluyendo a la intelectual y la baja), particularmente en los años críticos de 1907-1911. En estos momentos cada grupo está enfrentando problemas sociales y económicos peculiares; sin embargo todos están unidos contra el presidente Porfirio Díaz.

En el tercer capítulo un esquema similar sirve para presentar a los seis intelectuales, ya mencionados. Sigue siendo el factor "clase social" el principal, pues por él se distinguen dos "tipos" de intelectuales: los de la clase alta (Madero y Arriaga) y los de la clase media o baja (Sarabia, Díaz de Soto y Gama, Rivera y Flores Magón). Muchas variables supedítanse a esta clasificación: la procedencia familiar, la cultura, la ideología, la actitud política, las actividades personales y otras más. En realidad, una buena biografía de cada personaje va de acuerdo con esta división, que el autor cree aplicable a otros participantes de la Revolución Mexicana.

Muy diversa es la segunda parte de la obra (del capítulo IV al VI). La cuestión de las clases se sustituye en gran medida por una historia política detallada de cómo fue creciendo y radicalizándose el movimiento precursor durante los años de 1900-1910. Los sucesos internos y "externos" que le acontecieron figuran aquí.

Así, entre 1900 y 1903 (capítulo IV) vemos cómo se organiza el movimiento. Se hacen convenciones, periódicos, proclamas y manifiestos tanto en San Luis Potosí como en el resto del país. Esto, a pesar de la represión ejercida por el gobierno del presidente Díaz.

Entre 1904 y 1906 otro tipo de problemas ocupa al movimiento (capítulo V). El más grave es la pugna por el liderazgo de éste, entre Ricardo Flores Magón y el intelectual de clase alta —que no logra trascenderla— Camilo Arriaga. Coincide con ella la organización paulatina y difícil del movimiento en un partido: el PLM (Partido Liberal Mexicano). Con la explicación de su programa y la comparación de éste con la Constitución de 1917, termina este capítulo.

Actúa "detrás de la escena" el grupo precursor entre 1906 y y 1908 (capítulo VI). Ocupa este lugar en las huelgas laborales y revueltas que hubo en el país en esos dos años. Sus hombres y sus lemas inspiraron los conocidos sucesos de Cananea, Río Blanco, San Luis Potosí y las rebeliones de 1906 y 1908. Ésta es la perspectiva sobre la cual se exponen los detalles de estos levantamientos, así como sus causas, sus consecuencias y la represión que sufrieron. También los interpreta Cockroft como una demostración más de la índole popular y anticapitalista del movimiento revolucionario que se estaba gestando.

Vuelve a primera plana la facción precursora en el capítulo VII, para ponerse en relación con otros grupos políticos que actuaban entre 1906 y 1910: maderistas, reyistas, científicos, seguidores de Corral, de Arriaga, etc. Un estudio de estos distintos bandos, de sus intereses, ideología e integrantes; de su evolución destacando sus diferencias y semejanzas aparece aquí. Dos cosas se subrayan en este relato: primero, cuáles eran las fuerzas de izquierda (el PLM), de derecha (entre otros, los reyistas) y de centro (Madero); y, segundo, la fuerte división entre estos partidos y dentro de ellos, por la que no se pudo detener la revolución de los de "abajo".

Termina así la parte central de la investigación de Cockroft. Sin embargo hay todavía una tercera parte, en donde a modo de epílogo se intenta "jalar" esta historia hasta 1917. Cockroft traza los nexos entre el movimiento precursor y otros grupos durante los años de 1910-17, arguyendo que el primero determinó las divisiones de la guerra civil. El esquema "derecha-centro-izquierda" sigue sirviendo para enmarcar a los diversos contendientes: los maderistas, zapatistas, villistas, obregonistas, carrancistas, etc.

Éstos son algunos de los temas tratados por Cockroft, no todos. Sin embargo, en vez de insistir sobre ellos, vale la pena tocar dos aspectos metodológicos de esta obra.

Uno es el de las fuentes. Llama la atención la gran cantidad de documentación consultada según aparece en las notas de pie de página, el texto y la bibliografía. Su diversidad es también notable; hay fuentes secundarias junto a muchas de carácter primario, como censos, estatutos de fundación de empresas, estatutos de movimientos políticos, periódicos, archivos, cartas personales, memorias, entrevistas, etc. En muchos momentos se valoran y confrontan estos materiales, dejando ver, por ejemplo, cuál es mejor en un determinado punto o qué discrepancias hay entre ellos. En algunos epi-

sodios el autor se basó sobre todo en fuentes de primera mano (en la biografía de los intelectuales o en la estructura social de San Luis Potosí), mientras que en otros, los hechos que narra son muy conocidos, están en todas las historias del periodo y su aportación consiste en proporcionar otro enfoque (en toda la tercera parte por ejemplo).

Más importante que esta diferencia es el tipo de historia que ensayó hacer Cockroft. Es ante todo un intento de introducir y relacionar elementos muy diversos: biográficos, militares, regionales, políticos, sociales, económicos, ideológicos, etc. Muy completo y "comprehensivo" es el libro de Cockroft en este sentido.

Sin embargo el *quid* de este trabajo está en otra cuestión; muy vieja y bizantina. ¿Es la Historia, una descripción?, ¿o más bien un análisis y una interpretación?, ¿o tal vez una combinación entre ambas?

En *Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana* la Historia es, por una parte, un ejercicio analítico e interpretativo. Desde que el lector abre sus páginas, en el prólogo a las dos ediciones —la mexicana y la norteamericana— se adelanta un conjunto de "puntos de vista" acerca del proceso histórico que se va a narrar. Tales consideraciones se repiten en cada capítulo, lo abren y cierran o están intercalados. Son, en suma, los hilos de la narración. Por ello ya han sido parcialmente expuestos en el resumen anterior, pero enumeremos algunos:

1) La Revolución Mexicana cabe dentro de los lineamientos marxistas (ver p. 2). Es un "tipo" de revolución anticapitalista, en que los proletarios lucharon en contra de la burguesía. No es, como algunos autores han sostenido, un movimiento antifeudal. Tal carácter se palpa con matices y diferencias en la estructura socioeconómica del Porfiriato, así como en los líderes, programas y grupos que hubo en la lucha.

2) La burguesía en este "tipo" de movimiento estuvo en un dilema. Por una parte tendía al nacionalismo económico —y por tanto a luchar contra Díaz— y por otra a la estabilidad política y económica para conservar sus privilegios.

3) Los intelectuales pudieron moverse con mayor libertad con respecto a su clase social. Algunos se quedaron en ella, otros lograron rebasarla. Una serie de características sirven para pintar a este intelectual "revolucionario" que supera su origen (ver p. 8).

4) El movimiento precursor tuvo una gran influencia y significación sobre los sucesos posteriores. Influyó en los movimientos, ideologías y aun en los hechos militares de la Revolución. Tuvo por ejemplo, ligas con los movimientos maderista, zapatista, orozquista, vazquista, obregonista y obrero; con la Constitución de 1917 y con los conflictos y divisiones de la guerra civil. Incluso podríamos continuar con Jaramillo, los trabajadores cardenistas y los presos de 1968 (ver prólogo a la edición española).

Nadie puede negar que es una guía útil aprehender una realidad histórica concreta con criterios como los anteriores. Pero no puede eludirse que tiene algunos peligros usar este camino. El más obvio es tener que forzar y violentar datos y hechos para no desviarse de él. Tal es la objeción que despierta el último punto, que es probablemente el más frágil de todo el esquema: el de las influencias del movimiento precursor. Dudas como las siguientes surgen al respecto: ¿es válido "entretenerse" en buscar semejanzas entre ese movimiento y tantos hechos posteriores?, ¿no serán más importantes las diferencias?, ¿puede responsabilizarse a un determinado grupo de tantas acciones?, ¿no serían más bien banderas del ambiente?, ¿habrá dado el autor una significación desmesurada a su tema llevado por su entusiasmo en él? En última instancia es necesario insistir que hay que tener más cuidado al buscar "continuismos" y "rupturas" en el desarrollo histórico de un país. Éste es un espinoso problema que los historiadores discuten todavía.

Pasemos ahora al otro aspecto de la investigación de Cockroft, al relato histórico. Como lo hemos anticipado ya, él no sólo manejó ideas generales y teorías, sino que se lanzó a la recolección exhaustiva de datos e información. En todo el libro suele el lector toparse con ellos. Toparse y tropezarse porque no siempre se logró que esta exposición de nombres, fechas, acontecimientos y factores fuera legible y digerible. Algunas veces se cayó en lo que pocos historiadores saben evitar: el atiborramiento y el exceso. Que es un arte "ensamblar" datos, hacer una descripción suelta y bonita, es indudable.

Resumiendo, hay en este libro análisis y descripción. Éste es un intento muy serio de combinar ambos, de andar "a media calle" con todas las ventajas y desventajas que ello significa. Todo depende de quien lo juzgue. Para el historiador, probablemente se abusa del encasillamiento, del uso de la teoría. Para el sociólogo, en cambio, se cede con frecuencia a la descripción. El hecho es que,

salvo en la primera parte, el balance no se logra. Lo difícil que es llegar a él salta a la vista.

Este enfoque metodológico, en donde sentimos revivirse la antigua polémica entre "historia social" y "sociología histórica", hace muy interesante el libro. Definitivamente deben tomarlo en cuenta los historiadores mexicanos que se interesen por continuar el estudio de los intelectuales nacionales de cualquier época. Tema apasionante que apenas empieza a inspirar investigaciones serias, como la presente.

C. Vann Woodward, *Historia comparada de los Estados Unidos.* México, Editorial Letras, S. A., 1971. viii + 368 pp.

En este libro se revisan los principales periodos y temas de la Historia norteamericana haciendo comparaciones con otros países y regiones. La fase colonial, el Renacimiento del siglo xviii, la Revolución, las fronteras, la inmigración, la esclavitud, la guerra civil, la reconstrucción, la industrialización, la urbanización, los partidos políticos, los grandes negocios, el socialismo, el imperialismo, la socialdemocracia, la depresión, las dos guerras mundiales y la guerra fría son enfocados bajo esta luz.

Cada uno de estos 22 artículos merecería una reseña particular. Me conformaré, sin embargo, con anotar que son muy desiguales, y con hacer unos comentarios generales sobre el interés de la obra.

A primera vista, vale la pena por sus autores. Que varios "gigantes" de la Historia norteamericana comparen su área de estudio con la historia de otros lugares es una especie de garantía. Lo es porque son especialistas que han ayudado a descubrir y "redescubrir" una parte de su pasado, y que ahora se pueden dar el lujo de la comparación y de la síntesis. John Hope Franklin, Richard Hofstader y otros más están en ese caso. El mejor ejemplo es el compilador mismo: C. Vann Woodward. Su profundidad como analista histórico se aprecia en otras obras ("The Strange Career of Jim Crow", la introducción a "Cannibals all") y se ratifica por la forma en que abre y cierra este libro. Empieza por revisar cómo se ha hecho y evitado la historia comparativa, y termina valorando honestamente los resultados del volumen en "La comparación como prueba".

Mucho más importante es que un grupo de historiadores de esta categoría se hayan lanzado a un campo que no es muy prestigioso:

el de las comparaciones. Éstas tienen fama de "chocantes", "simplistas", "aventuradas", etc.

Este equipo sortea estos peligros con absoluta honestidad. Cuando la comparación es rica y posible se lleva a cabo. (Por ejemplo: en la fase colonial, la esclavitud negra, la revolución de Independencia, la guerra civil, etc.). En cambio, cuando las diferencias son las importantes, se confiesan (en la inmigración, la frontera, etc.). Y llegado el caso, los autores aceptan abiertamente que se encuentran ante fenómenos tan únicos y peculiares, que no hay comparación posible. (En la revolución conservadora de 1865, los partidos políticos, la industrialización, la urbanización, etc.)

En cualquiera de las dos situaciones, lo que salta a la vista es que la comparación resulta una buena oportunidad para revisar las diferentes interpretaciones de un suceso norteamericano, e incluso para descartar algunas de ellas. Sirve para seguir discutiendo el significado de la revolución de Independencia, para medir si fue una lucha contra la metrópoli o una revolución más profunda. La guerra civil adquiere también otra dimensión. Ya no es la consecuencia de la esclavitud o de las diferencias políticas, económicas y sociales entre el norte y el sur. Ahora al buscar un paralelismo se comprende como un movimiento nacionalista y liberal, contemporáneo a las luchas de esa índole que hubo en la Europa de 1870.

Así pues, en este libro, además de comparaciones originales, hay "reinterpretaciones" buenas y síntesis justas. Todo es parte de una respuesta abierta y personal de una serie de autores hacia su tema.

Como parte de esta actitud abierta debe entenderse la utilización de conceptos y teorías de otras ciencias sociales. R. Hofstadter, *v. gr.,* analiza los partidos políticos estadounidenses conforme a las caracterizaciones y clasificaciones de los partidos en general.

Si no fuera suficiente con lo anterior, por simples razones utilitarias el historiador de México e Hispanoamérica debería leer esta obra. Algo le pueden sugerir las comparaciones en que se alude a México. Por ejemplo, las ideas de Brion Davis sobre la esclavitud en nuestro país, el Caribe y Brasil no le serán superfluas. E incluso la ausencia es sugerente. Un caso llamó mi atención en este sentido. En dos capítulos se confronta el movimiento de independencia norteamericano con luchas anticolonialistas del siglo XX. Sólo en uno de ellos, y de pasada se mencionó la posibilidad de comparar esta lucha con las guerras de independencia hispanoamericanas, sus contemporáneas y según algunos sus "herederas". Esto me hace

pensar si será manía exclusiva de ciertos mexicanos y latinoamericanos, asociar a Washington con Hidalgo, Iturbide y Bolívar.

Por último, hay que entender esta obra como parte de una corriente norteamericana que agota los límites nacionales para volcarse al exterior. Porque en EE.UU. hay buenos centros de estudios latinoamericanos, asiáticos y africanos, aparecen obras como ésta.

Victoria LERNER
Departamento de Investigaciones Históricas, INAH

Jaime LITVAK KING, *El Valle de Xochicalco: Formación y análisis de un modelo estadístico para la arqueología regional*, tesis presentada para el doctorado en la UNAM, 1970.

La primera reacción que suscita la lectura de esta obra es de desconcierto: al arqueólogo profesional debe sin duda apabullarlo el tratamiento de una situación tan cotidiana para él en forma abstracta y plagada de términos y fórmulas insuperablemente ajenas a su campo; al matemático ciertamente le deja perplejo el manejo de sus teorías y técnicas especializadas en un problema cuya formulación precisa nunca llega a percibirse claramente en el desarrollo del trabajo. Hasta la fecha no han sido frecuentes ni fructíferos los contactos entre ambas disciplinas, y tal vez esto pueda explicarse por lo original y escurridizo de los problemas del arqueólogo, y la reticencia consecuente del matemático para invertir tiempo y esfuerzo en un área tan difícil y probablemente poco retributiva en resultados en su área. Despierta entonces interés un trabajo cuya intención manifiesta es explorar *las posibilidades de la aplicación de las matemáticas a la arqueología como técnica alterna.* Es, por supuesto, difícil intentar una revisión crítica del mismo, pues su carácter interdisciplinario requerida de un amplio dominio de ambas áreas si se quisiera tratar con toda justicia y objetividad al autor. Sin embargo, y a riesgo de incurrir en una leve falta de estas últimas, podemos intentar un examen a fondo de la obra desde el punto de vista de las matemáticas usadas, ya que esto constituye la parte medular de la misma, y que, si bien un juicio positivo no reflejaría totalmente la validez científica de la obra, uno negativo seguramente la descalificaría por completo.

El autor comienza por exponer, brevemente, el objetivo de su trabajo como la presentación de un sistema estadístico para el estudio de la arqueología regional. En esencia, pretende llegar a proponer una colección de valores numéricos relativos a características que puedan ser vistas como constantes culturales, y que supuestamente ayudarían a entender mejor aspectos como el patrón de asentamiento. Este objetivo es, sin duda, muy importante, y no necesitaría apoyarse en una larguísima disquisición, como la que se hace en el capítulo 3, acerca de la naturaleza y el uso de los modelos en la ciencia, y que resultaría superflua, en el mejor de los casos. El autor no ha resistido la tentación, sin embargo, y ha elegido incursionar en campos que le son desconocidos, presentando en apoyo de su tesis una serie de citas de autores famosos (Hertz, Levi-Strauss, von Neumann, etc.), que no guardan realmente mucha relación con el tema, y en ocasiones presenta algunas ideas de su propia cosecha que son simplemente desatinos. Tal son, por ejemplo: "...la probabilidad de establecer relaciones causa-efecto, basadas en datos dados, es normalmente estadística..." (p. 27); "...los modelos matemáticos se derivan generalmente de una matriz de datos (?) de donde, por medio de técnicas normales como la regresión, distribución de frecuencias, desviaciones a la media, etc., se extraen las unidades de información que son pertinentes y se convierten en componentes de sistemas articulados a base de variaciones simples..." (p. 28); y otras por el mismo tenor.

El objetivo expuesto por el autor se persigue fundamentalmente en el capítulo 5, donde se hace la descripción del modelo que él propone. En este capítulo se utiliza con largueza la simbología matemática, y ciertamente con muy poca fortuna, pues resulta raro encontrar una fórmula ya no correcta sino simplemente inteligible. Es evidente que el autor no posee una formación matemática, y esto le ha llevado, naturalmente, a proponer fórmulas y a utilizar un lenguaje que resultan confusos y a menudo ingenuos. Una breve muestra de lo que sucede en dicho capítulo es la siguiente:

a) Evidentemente se ha omitido un signo "=" en las fórmulas 2, 3 y 4, pero lo más grave es el utilizar el mismo símbolo, *f*, para denotar a 3 funciones que son (puesto que el autor así lo quiere) distintas.

b) Las fórmulas 5, 6 y 7 son ininteligibles; en particular, la 6 contiene un símbolo que no existe en matemáticas: "$\cdot\!\!\cdot\!\!\cdot$". Si, por otra parte, la 5 y la 7 son definiciones, resultan redundantes.

c) Las fórmulas 8 y 9 no tienen sentido, pues tratan al símbolo *U* como un escalar, y *U* fue previamente definido, en la fórmula 1, como una cantidad vectorial.

d) Las fórmulas 10A, 11, 11A, 12, 12A, 12.1, 13 y 14A son totalmente incomprensibles. Nótese que ahí se usa el símbolo T_{nux}, que no ha sido definido previamente.

e) Se habla, en la página 182, del "valor de modelo C", una frase incomprensible, aunque la forma de calcularlo, descrita a continuación, lo es aún más.

f) Las descripciones que se dan en las páginas 187 y siguientes de la "estadística de la mediana" y la "correlación" son sumamente confusas, y no se sabe a ciencia cierta a qué números se están aplicando.

Ahora bien, es evidente que el autor, de una manera u otra, ha utilizado todas esas fórmulas para realizar una serie de cálculos y obtener una colección de tablas que, a su juicio, proporcionan la información que le permitirá establecer las conclusiones relativas al objetivo propuesto. Sin embargo, aun ahí ha caído en errores crasos, como tratar de interpretar gráficas construidas sobre los números de serie que arbitrariamente se asignaron a los sitios arqueológicos, en términos de la "pendiente de las curvas" (*cf.* p. 216). Claramente, una renumeración de los sitios, que no tienen ninguna relación de orden numérico, conduciría a gráficas completamente diferentes, lo que echa por tierra toda su argumentación.

La anterior relación de hecho es suficiente para invalidar el trabajo. Las objeciones que se han hecho son, desde el punto de vista matemático, sumamente serias, y conducen a una reflexión muy desfavorable sobre el autor y, peor aún, sobre la aceptación del trabajo como una tesis doctoral. No puede, desde luego, exigirse que un arqueólogo esté en condiciones de juzgar sobre la validez y seriedad de un trabajo desarrollado en términos aparentemente matemáticos, aunque resulta extraño el no haber recurrido al juicio de un experto en la materia. Pero ya Lucrecio, hace 2 000 años, se refería a quienes "admiran más las cosas mientras más escondidas estén en lenguaje incomprensible, y determinan que son verdaderas aquellas que halagan al oído y están recubiertas con frases grandes y sonoras".

Tomás Garza
UNAM

Bartolomé de las Casas in history. Toward an understanding of the man and his work. Edited by Juan Friede and Benjamin Keen, DeKalb, Illinois, Northern Illinois University Press, 1971.

Juan Friede y Benjamin Keen prepararon un volumen para honrar la memoria de fray Bartolomé de las Casas en el cuarto centenario de su muerte (1966) que hoy ve la luz pública. Presentan al público de habla inglesa un conjunto de estudios en lengua inglesa sobre Las Casas y su obra. Son once artículos de especialistas lascasianos, de los cuales sólo dos eran conocidos con anterioridad.

Consideran los editores que la reputación de Las Casas ha llegado a gran altura en estos tiempos. Que sus enseñanzas sobre la igualdad de todos los hombres, los principios de autodeterminación, el derecho de todos los hombres a la satisfacción de sus elementales necesidades materiales y culturales han adquirido nueva relevancia y actualidad en esta época que ha contemplado la derrota del fascismo, que ve liquidar los sistemas coloniales fundados sobre principios antilascasianos, tales como el racismo y el derecho del fuerte de dominar al débil. Ahora los ideales de fray Bartolomé son objeto de completa vindicación.

Queda, por tanto, fuera de este volumen la voz disidente de don Ramón Menéndez Pidal.

El volumen está dedicado a la memoria de Manuel Giménez Fernández (1896-1968), biógrafo y discípulo ejemplar de Las Casas. El libro diseñado por Gary Gore tiene muy bonita presentación. Lo adornan láminas tomadas de muchos libros de diferentes épocas, finamente reproducidas. Contiene una bibliografía selectiva de Las Casas y sobre el dominico, un glosario de términos e índice analítico.

María del Carmen Velázquez
El Colegio de México

Extremos de México. Homenaje a don Daniel Cosío Villegas. México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, Nueva Serie, 14. 1971. 588 pp.

Casi al mismo tiempo que el último tomo de la *Historia Moderna* se dio a luz este volumen de homenaje para su autor, con

veintisiete colaboraciones de diversos especialistas. El conjunto resulta sumamente dispar —en verdad extremoso—, tanto por los temas (desde una semblanza de Cosío Villegas, hasta una reflexión sobre los Juegos Olímpicos de 1968) como por la calidad. Cuatro de los trabajos están dedicados a don Daniel (una semblanza finísima, un *curriculum,* una bibliografía y un análisis de su labor periodística). Trece versan sobre el México revolucionario y contemporáneo, predominando los estudios de politólogos e historiadores políticos y los trabajos sobre relaciones de México con E.U.; cuatro, se dedican a la época independiente o sus vísperas; tres más son de carácter historiográfico; otro es sobre medicina en el siglo XVI y uno sobre aspectos lingüísticos del "español mexicano".

Carlos FUENTES, *Tiempo mexicano.* México, Joaquín Mortiz, 2ª ed. 1972. 193 pp.

Fuentes desenvuelve en este libro, con mayor o menor coherencia, la idea de que el tiempo mexicano es varios tiempos simultáneos o, por mejor decir, "un tiempo sin historia". Tendríamos adelante a la Malinche y detrás el futuro, puesto que de algún modo nuestro horizonte histórico inmediato no es la libertad para la construcción del futuro sino la fatalidad que nos hará repetir, con algún truco, nuestro pasado. El proyecto implícito en el libro, y especialmente en el último ensayo que aborda con verdadera pasión sexenal el régimen de Díaz Ordaz, es precisamente el de romper ese ciclo, vincular los Méxicos dispersos y sumar, por la acción, otras urgentes realidades: "imaginación, crítica, libertad, justicia y crecimiento", para formar "no un paraíso: simplemente una comunidad" (p. 192). Más allá de los fáciles elogios (también sexenales) o de las fáciles negaciones (el muy mexicano carrito del ataque personal), este libro de Fuentes, que se inicia en la más libre asociación de ideas y termina en la más ideológica proposición política, pide un examen crítico que no expulse de su ruta, como Fuentes lo ha hecho de su *Tiempo Mexicano,* los avatares de "la imposible e indeseable objetividad".

Investigaciones contemporáneas sobre historia de México. Memorias de la Tercera Reunión de Historiadores Mexica-

nos y Norteamericanos. Oaxtepec, Morelos. 4-7 de noviembre de 1969. Universidad Nacional Autónoma de México y El Colegio de México, 1971. 721 pp.

De gran interés para el especialista resultarán estas *Memorias* que conforman un balance general del estado de las investigaciones históricas sobre México, en los más variados campos y disciplinas. Éste ha sido, sin duda, el más fructífero de los tres Congresos hasta ahora celebrados. Las *mesas* o temas en que fue dividido son: Historiografía prehispánica, biográfica, de la vida económica, de la vida social, de la vida política, de los siglos XVI y XVII, del siglo XVIII y la revolución de independencia y de las relaciones internacionales; síntesis de historia de México, problemas comunes de la investigación entre México y E.U., problemas de la historia de las ideas, nuevos métodos y técnicas de investigación y contenido social de la literatura y las artes. Cada *mesa* contó con varias ponencias y sus respectivos comentaristas, más una relatoría que dio cuenta de los debates. Las *Memorias* habrían sido mucho más vivas e interesantes si en lugar de las meras relatorías, casi siempre planas y triviales, los debates se hubieran presentado tal como se dieron en las salas de reunión. Algunos resultaron tan interesantes como las ponencias mismas, vgr.: el de Síntesis de Historia de México.

Héctor AGUILAR CAMÍN

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

NUEVA SERIE

Títulos publicados:

1. Luis González, *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia,* 2ª edición, 340 pp.
2. Alejandra Moreno Toscano, *Geografía económica de México (siglo xvi),* 178 pp.
3. Jan Bazant, *Historia de la deuda exterior de México (1823-1946),* XII, 280 pp.
4. Enrique Florescano, *Precios del maíz y crisis agrícolas en México (1708-1810),* XX, 256 pp.
5. Bernardo García Martínez, *El Marquesado del Valle. Tres siglos de régimen señorial en Nueva España,* XIV, 178 pp.
6. Javier Ocampo, *Las ideas de un día. El pueblo mexicano ante la consumación de su independencia,* X, 378 pp.
7. Álvaro Jara [Ed.], *Tierras nuevas. Expansión territorial y ocupación del suelo en América (siglos xvi-xix),* X, 142 pp.
8. Romeo Flores Caballero, *La contrarrevolución en la independencia. Los españoles en la vida política, social y económica de México (1804-1838),* 204 pp.
9. Josefina Vázquez de Knauth, *Nacionalismo y educación en México,* X, 294 pp.
10. Moisés González Navarro, *Raza y tierra. La guerra de castas y el henequén,* X, 294 pp.
11. Bernardo García Martínez *et al.* [Eds.], *Historia y sociedad en el mundo de habla española. Homenaje a José Miranda.* X, 398 pp.
12. Berta Ulloa, *La revolución intervenida. Relaciones diplomáticas entre México y Estados Unidos (1910-1914).* XII, 396 pp.
13. Jan Bazant, *Los bienes de la Iglesia en México. Aspectos económicos y sociales de la revolución liberal.* XIV, 366 pp.
14. Centro de Estudios Históricos, *Extremos de México, Homenaje a don Daniel Cosío Villegas.* X, 590 pp.

EL COLEGIO DE MÉXICO
DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES
Guanajuato 125, México 7, D. F.

Revista de
HISTORIA DE AMÉRICA

Publicación semestral de la Comisión de Historia
del Instituto Panamericano de Geografía e Historia

Es distribuida en canje a las instituciones científicas

Suscripción anual: 7.00 dólares.

COMISIÓN DE HISTORIA DEL I. P. G. H.
Ex-Arzobispado Nº 29
México 18, D. F.

BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR, S. A.

CENTRO NACIONAL DE INFORMACIÓN SOBRE COMERCIO EXTERIOR

(establecido en septiembre de 1965)

El Centro Nacional de Información sobre Comercio Exterior ofrece a los exportadores mexicanos, sin costo alguno, los siguientes servicios:

información sobre oportunidades de exportación en todo el mundo.

asesoría sobre la elección de canales de distribución y contactos comerciales en el extranjero.

información sobre medios de transporte y costo de fletes y seguros.

asesoría sobre procedimientos de exportación y financiamiento de ventas al exterior.

El Centro Nacional de Información sobre Comercio Exterior distribuye gratuitamente un boletín quincenal *(Carta para los Exportadores)*, que puede solicitarse a las oficinas del Centro:

Centro Nacional de Información sobre Comercio Exterior
Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A.
Venustiano Carranza Nº 32